

León Tolstoy

El matrimonio

0-12-430-10

G3367

S5

3

T65A



1020015512

CONDE LEÓN TOLSTOY

El Matrimonio

TRADUCCIÓN

de

FRANCISCO CARLES



BARCELONA

Casa Editorial Maucci. — Calle de Mallorca, 226 y 228

BUENOS AIRES

MÉXICO

Maucci Herms. Cuyo 1070

Maucci Herms. 1.^a Relox 1

1902

54954

Núm. Clas. N
Núm. Autor T654 m
Núm. Adg. 59954
Procedencia 1
Precio _____
Fecha agosto 1965
Clasificó _____
Catalogó 659

P63367

55

H3

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, N.L.



Barcelona Imp. de la Casa Editorial Maucci

ACERVO DE LITERATURA

116292



EL MATRIMONIO

I

Estábamos de luto por mi padre, que había fallecido el otoño anterior, y pasamos todo el invierno en el campo solas las tres, Macha, Sonia (1) y yo. Macha era una antigua amiga de casa y había sido nuestra aya y la que nos educó á todos; y mis recuerdos, al igual

(1) Apócopes familiares de María y Sofía.

que mi cariño, eran tan antiguos como los que de mí misma conservaba. Sonia era mi hermana menor.

El invierno fué para nosotros de lo más sombrío y triste en nuestra vetusta vivienda de Pokrovski. Hizo un tiempo frío, ventoso hasta el extremo que la nieve se amontonó á mayor altura que la de las ventanas, y éstas se hallaban constantemente cubiertas de hielo, empañadas y, aparte de esto, no pudimos apenas, durante casi toda la estación invernal, salir á paseo. Era muy raro que nos fuesen á ver y aquellos que nos visitaban no llevaban ni alegría, ni jovialidad á nuestra casa. todos ponían una cara muy triste, hablaban en voz baja, del mismo modo que si temiesen despertar á alguien, procurando no reir, suspirando, y con frecuencia llorando al mirarme y sobre todo al contemplar á mi pobre Sonia vestida con su trajecito negro. En la casa, y de una ú otra manera, todo revelaba que había pasado la muerte por ella, la aflicción y el horror de la pérdida de una persona queri-

da; todo estaba como suspendido en el aire. El cuarto de mamá no se había abierto aún y su vista me producía á la vez un malestar cruel, y al mismo tiempo un deseo irresistible de dirigir una mirada al interior de aquella habitación, fría y desierta, cuando, al irme á acostar, pasaba por delante de su puerta.

En esa época tenía yo diecisiete años y en el mismo año en que murió, tuvo intención mamá de acompañarme á la capital para presentarme en sociedad. La pérdida de mi madre fué, para mí, causa de profundo dolor, pero debo confesar que, al lado de ese dolor y siendo joven y hermosa, como me lo daban á entender á todas horas, experimentaba cierto desconsuelo al verme condenada á vegetar en el campo en medio de tan árida soledad durante un segundo invierno. Antes de llegar al fin de ese mismo invierno, el sentimiento de pena, de aislamiento, y para decirlo con más claridad, el del aburrimiento, crecieron en mí de tal manera, que no salía de mi cuarto, pasándome las horas sin abrir el piano, ni ho-

jear un libro. Cuando, á veces, me aconsejaba Macha que me ocupase de esto ó lo otro, la respondía que no quería ni podía y en el fondo de mi alma me preguntaba una voz para que había de hacerlo, ¿para qué dedicarme á nada cuando lo mejor de mi vida se consumía inútilmente? ¿Para qué? Y este *para qué* no hallaba en mi más respuesta que la de las lágrimas. Decíanme que me afeaba y que enflaquecía, mientras tanto, pero esto no me preocupaba en manera alguna: ¿por qué y para qué había de interesarme? Parecíame que toda mi vida debía deslizarse en aquel desierto, en el seno de esas angustias sin apelación y, entregada á mis solos y propios recursos, no tenía fuerzas y ni siquiera deseos de librarme de esa situación.

Al terminar el invierno, empezó Macha á experimentar algunas inquietudes al verme en un estado semejante y tomó la resolución, temiendo me sucediese algo, de emprender un viaje al extranjero; pero para esto se necesitaba dinero y apenas sabíamos lo que queda-

ba de la herencia de nuestra madre y todos los días esperábamos la llegada de mi tutor que debía ir á examinar el estado de nuestros asuntos. Al cabo llegó durante el mes de Marzo.

—Gracias á Dios,—me dijo Macha un día que yo vagaba como un alma en pena por todos los rincones, ociosa, sin una idea en la beza, ni un deseo en el corazón,—que al cabo llega Sergio Mikailovitch. A la hora de comer estará aquí. Es preciso que hagas algo, querida Katia, (1) que hagas algo sino qué pensaría de tí... ¡Os quiere tanto á las dos!

Sergio Mikailovitch era nuestro vecino más cercano y había sido un íntimo amigo de mi difunto padre, á pesar de tener muchos menos años que aquel. Aparte del cambio favorable que su llegada decía producir en nuestra manera de vivir, facilitándonos el medio de abandonar el campo, estaba yo muy acostumbrada desde la infancia á quererle y respetarle; para no seguir el consejo de Macha

(1) Apócope de Catalina.

que, al decirme que cambiase, adivinó que debía operarse en mi otro cambio y que entre todos nuestros conocidos, aquel ante el cual me habría sido más doloroso presentarme bajo un aspecto desagradable; era aquel porque no sólo le profesaba una amistad muy antigua, como sucedía á todos en la casa, que le apreciaban mucho, desde Macha y Sonia, que era su ahijada, hasta el último cochero; pero en mí ese cariño tenía un carácter especial, debido á unas palabras que mi madre pronunciara en tiempos, en mi presencia. Dijo un día que un marido semejante á él, era lo que deseaba para mí. En semejante ocasión esa idea me parecía extraordinaria y hasta desagradable, porque el héroe por mí soñado era completamente distinto de aquel; mi héroe debía ser un joven delgado, esbelto, pálido y melancólico, y Sergio Dikailovitch no tenía nada de joven, era de elevada estatura, corpulento y, á juzgar por lo que yo podía apreciar, estaba dotado de un carácter muy amable. No obstante, esas palabras de mi madre hicieron mu-

cha mella en mi ánimo. Hacía seis años que aquello había pasado, pues fué en la época en que yo no tenía más que once, y él me trataba de *tú*, me acompañaba al piano y me apodaba *violetita*, y desde entonces experimenté cierto miedo; y muchas veces me pregunté qué haría si de pronto se le ocurría la idea de casarse conmigo.

Un poco antes de la comida, á la que Macha mandó añadir un plato de espinacas y otro de dulce, se presentó Sergio Mikailovitch. Estaba asomada á la ventana en el momento en que él se acercó con su trineo y cuando llegó á la puerta me apresuré á pasar al salón no queriendo que pudiesen figurarse que le había estado esperando; pero al oír primero que en la antesala se movían, después su voz sonora y llena y los pasos de Macha, se me acabó la paciencia y le salí al encuentro. Tenía entre las suyas la mano de Macha y hablaba en alta voz y sonriendo. En cuanto me vió se quedó parado mirándome durante algunos segun-

dos sin saludarme, por lo que me quedé como cortada y sentí que mis mejillas enrojecían.

—¡A! ¿Es posible que seáis vos, Katia?— me dijo con un acento sencillo y decidido desasiendo su mano y acercándose á mí.—¡Será verdadero semejante cambio! ¡Ayer diminuta violeta, hoy rosa en todo su desarrollo!

Me estrechó con su gran mano la mía, pero con tanta efusión y franqueza que casi me hizo daño. Creí que me iba á besar y me incliné delante de él que me cogió la mano por segunda vez y fijó en mis ojos su mirada franca á la par que decidida. Hacía seis años que yo no le había visto y durante ese tiempo cambiara mucho su aspecto; estaba más viejo y más moreno y llevaba patillas que le sentaban muy mal; pero, en cambio, conservaba los mismos modales, el mismo rostro franco y abierto de rasgos pronunciados con ojos chispeantes de ingenio é igual sonrisa, tan llena de gracia que se habría podido decir que era la de un niño.

A los cinco minutos abandonó su actitud de

visitante para tomar la de un huésped tratado con cariño y confianza por todos nosotros y hasta por aquellas otras personas que, con su apresuramiento en servirle y complacerle, daban pruebas de la alegría que experimentaban con su llegada. No se trataba en modo alguno del vecino que va á la casa inmediata después de la muerte de una madre, creyendo conveniente presentarse con un rostro adecuado á las circunstancias, sino que por el contrario, se mostraba alegre, decididor sin hablar ni una sola palabra de la difunta por más que á mi me empezase á chocar aquella indiferencia encontrándola extraña y hasta inconveniente por parte de un hombre que nos trataba con tanta intimidad. Pronto, sin embargo, reconocí que eso no era por su parte indiferencia y que en el fondo de su pensamiento había un propósito que debía agradecerle.

Por la noche Macha mandó servir el té en el salón en el mismo sitio en que lo tomábamos en la época en que vivía mi madre. Sonia y yo nos sentamos al lado de aquella y el an-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Revol. 1625 MONTERREY N.

ciano Gregorio presentó una antigua pipa de mi padre que dijo haber encontrado y lo mismo que en aquellos pasados tiempos la cargó y encendió mi tutor poniéndose á pasear por el salón.

—¡Qué cambios más grandes ha habido en esta casa! ¡Cuando pienso en ello!...—exclamó de pronto deteniéndose.

—Sí,—respondió Macha suspirando y colocando en su sitio la tapa del azucarero, y mirando á Sergio Mikailovitch y dispuesta á echarse á llorar.

—¿Os acordais, sin duda, algo de vuestro padre?—me preguntó.

—Un poco.

—¡Qué bueno hubiera sido para vos que viese aún!—dijo con lentitud y mirando muy pensativo y de una manera vaga por cima de cabeza.—Y con más lentitud aún, añadió:—He querido mucho á vuestro padre.

Se me figuró que al mismo tiempo que decía esto brillaba su mirada de un modo extraordinario.

—¡Y Dios también se llevó á vuestra madre!—exclamó Macha que echó la servilleta sobre la tetera, sacó el pañuelo y se enjugó las lágrimas.

—Sí, hubo cambios muy grandes en esta casa,—dijo Sergio y se volvió, añadiendo poco después en voz alta:—Katia Alexandrovna, sentaos al piano y tocad alguna cosa.

Me dejó muy satisfecha el que hiciese la petición con unas palabras tan sencillas y al mismo tiempo amistosamente imperativas. Me levanté acercándome á él.

—Tocad esto,—me dijo abriendo un cuaderno de Beethoven por el adagio de la sonata. *Quasi una fantasia*.—Veamos que tal lo hacéis,—añadió y se fué á tomar su taza de té á un rincón del salón. No sé por qué, pero comprendí que no habría podido negarme ni ni atreverme á hacer la interesante bajo pretexto de que no tocaba bien. Y por el contrario me senté con mucha sumisión ante el piano y empecé á tocar como pude y supe, por más que me inspirase algún temor su crítica,

sabiendo lo conocedor que era de la música y el gusto que tenía. En el tono de ese adagio reinaba un sentimiento que me llevaba, por una especie de reminiscencia, hacia las conversaciones sostenidas antes del té y dominada por esa impresión parece que toqué regularmente, pero no permitió que pasase al *scherzo*.

—No, no le tocariais bien,—me dijo acercándose;—no paseis de este primer trozo que no salió del todo mal. Ya veo que comprendéis la música.

Ese elogio, que indudablemente era muy moderado, me satisfizo tanto, que sentí me ponía muy encarnada. Era una cosa tan nueva y tan agradable para mí que el amigo, el *igual* á mi padre me hablase á mi sola en serio y no sólo como á una niña que me puse contenta. Habló de mi padre contándome cuanto se habían apreciado y de qué manera habían vivido juntos de un modo muy agradable en la época en que yo no me ocupaba aún más que de muñecas y de libros de estu-

dio, y por primera vez en esos relatos se me apareció mi padre como un hombre sencillo y bueno al que no había podido apreciar. Me hizo preguntas acerca de aquello que yo quería, de lo que leía ó pensaba hacer y me dió muchos y buenos consejos. No me hallaba al lado de un hombre frívolo al que agradaba la charla insustancial ó la murmuración, sino de uno dotado de un carácter sério, franco y cariñoso que me inspiraba involuntario respeto, al par que una gran simpatía. La impresión que todo esto me producía era dulce, agradable y al hablarle, sentía en mí como una cierta é inconsciente tensión. Cada palabra que pronunciaba me dejaba como temerosa y habría deseado conquistar por mis propios personales merecimientos, esa estimación que hasta entonces sólo me concedían como á hija de mi padre.

Después de acostar á Sonia vino Macha á reunirse con nosotros y se quejó á Sergio Mi-

kailovitch respecto á mi apatía y de esto resultó que yo no tenía nada que decir.

—Entonces Katia no me contó lo más importante,—respondió mi tutor sonriendo, meneando la cabeza y mirándome con cierto aire de reproche.

—¿Y qué era lo que tenía que contar?—respondí.—¿Qué me aburría mucho? Pues bien eso pasará. (Y en efecto, á la sazón me parecía que no sólo desaparecía mi aburrimiento sino que esto era cosa ya hecha y que no volvería más).

—No está bien eso de no saber soportar la soledad; ¿es posible que realmente seais ya una señorita?

—Yo, al menos, me figuro que sí,—respondí echándome á reír.

—No, no, ó al menos nada más que una maligna señorita que no vive más que para ser admirada y que, desde que se encuentra aislada, se cansa y no le parece nada bueno; todo para exhibirse, nada para ella.

—Teneis una idea no muy buena formada de mí,—dije por decir algo.

—No,—replicó pasado un momento en silencio,—porque no en vano os pareceis á vuestro padre, pues hay algo en vos.

Y su buena y cariñosa mirada ejerció de nuevo su encanto sobre mí, causándome una turbación singular. En ese momento únicamente fué cuando me dí cuenta de que á través de aquel rostro que á la primera ojeada parecía alegre, tras aquella mirada que no pertenecía más que á él y en la que sólo se creía leer la severidad, se traslucía en seguida y siempre de más en más un fondo de gran reflexión y un poco de tristeza.

—No debéis ni podéis aburriros,—me dijo poco después,—puesto que tenéis la música que sabéis comprender, los libros, el estudio. Tenéis además por delante toda una vida, siendo ahora el momento más propicio para prepararos para ella con el fin de que más adelante no tengáis de que quejaros. Dentro de un año ya será muy tarde.

Hablóme de esta manera como un padre ó un tío y comprendí que hacía un esfuerzo grande para no elevarse demasiado del nivel á que yo me hallaba. Esto de que me creyese tan inferior á él, me ofendió un poco, siéndome por otra parte muy agradable el que, en obsequio mío, tuviese que hacer ese esfuerzo. El resto de la velada se consagró á una conversación de negocios que sostuvieron Macha y él.

—Y ahora, buenas noches, querida Katia, —me dijo poniéndose en pie, acercándose á mí y cogiéndome la mano.

—¿Cuando nos volveremos á ver?—preguntó Macha.

—Por la primavera, —respondió sin soltarme la mano; —ahora me voy á Danilovka (que era otra hacienda nuestra) y me enteraré de lo que pasa allí arreglando lo que pueda. Después iré á Moscou por asuntos míos y luego podremos vernos en el verano.

—¿Y por qué marcharse para tanto tiempo? —pregunté con mucha pena y, en efecto, con-

fiaba en verle en adelante todos los días y experimenté una horrorosa opresión en el corazón, al pensar que tenía que habérselas otra vez con mi aburrimiento. Probablemente todo esto se reveló en la emoción de mi voz y en mis miradas.

—Vamos, —me dijo con un acento que me pareció demasiado plácido y frío; es preciso que os distraigais y ocupeis más, y en la primavera os examinaré, —añadió soltándome la mano y sin mirarme.

En la antecámara, á la que le acompañamos, se apresuró á ponerse su pelliza y una vez más pareció que su mirada evitaba el cruzarse con la mía.

—¡Qué trabajo más inútil se toma! —me dije —¿Será posible que se haya figurado que me causaba tanta alegría mirándome? Es un hombre muy bueno, excelente, pero á eso se reduce todo.

Aquella noche, sin embargo, Macha y yo tardamos mucho en quedarnos dormidas y pasamos el rato charlando, no de él, sino del

empleo del tiempo durante el verano siguiente; del sitio en que pasaríamos el invierno y de qué manera. Esta era una cuestión grave ¿y por qué? En cuanto á mí me parecía tan sencillo como evidente, que la vida debía consistir en ser dichosa y en el porvenir no podía figurarme otra cosa más que la felicidad como si de pronto nuestra vetusta y sombría mansión de Pokrovski se inundase de luz y vida.



II

Mientras tanto había llegado la primavera y mis aburrimientos de antaño se desvanecieron trocándolos por esas tristezas soñadoras y primaverales tejidas con esperanzas desconocidas y deseos borrosos no satisfechos. Y, sin embargo, mi vida no era la que había llevado al empezar el invierno: me ocupaba de Sonia, de música, de estudios y con mucha frecuencia ibame al jardín por el que vagaba durante largo rato sola á través de los paseos

ó me sentaba en un banco. Sólo Dios sabe en lo que pensaba, deseaba ó ansiaba. Algunas veces pasaba noches enteras asomada a la ventana de mi cuarto, sobretodo en las noches de luna, permaneciendo así hasta el amanecer. Otras veces, sin que Macha lo supiese y con mi traje de noche, bajaba al jardín yéndome al estanque pisando la hierba cubierta de rocío, y una vez me salí al campo ó pasé la noche dando la vuelta al parque. Ahora me es muy difícil comprender y mucho menos explicarme los ensueños que por aquella época agitaban mi imaginación. Si alguna vez consigo acordarme, me cuesta mucho trabajo convencerme de que esos ensueños fuesen realmente míos, tan extraños y tan alejados de la vida real eran.

A fines de Mayo, y conforme lo había prometido, regresó Sergio Mikailovitch de su viaje y la primera vez que estuvo á visitarnos, fué durante una tarde en ocasión en que no le esperábamos. Estábamos sentadas en la terraza y disponiéndonos á tomar el té. El

jardín hallábase todo él ya cubierto de verdor y en Pokrovski, en todos los macizos cubiertos de hojas, habían establecido su domicilio los ruisñores. Acá y acullá frondosas matas de lilas elevaban sus cabezas como esmaltadas con tintas blancas y violáceas, mientras que sus flores se preparaban á abrirse. Las hojas, en los paseos bordeados de árboles, parecían transparentes, iluminadas al soslayo por los rayos del sol poniente y en la terraza se iba extendiendo una sombra fresca, mientras que el abundante rocío del atardecer inundaba los verdes céspedes. En el patio, detrás del jardín, se oían los últimos ruidos del día y los balidos de los ganados que volvían al establo; el pobre loco Nikone pasaba por el sendero al pie de la terraza empujando un carretón con un tonel, y muy pronto escapáronse torrentes de agua fría de las regueras, trazando círculos negruzcos sobre la tierra recién removida al pié de las dalias y de las demás flores. Delante de nosotras, en la terraza y encima de un blanquí-

simo mantel, resplandecía una tetera que parecía, por lo limpia, bruñida, de la que se escapaban chorros de vapor y á la que rodeaban unos cuantos platitos con nata, pastas y confituras. Macha, como mujer hacendosa, lavaba las tazas con sus manos regordetillas y en cuanto á mí, sin esperar el té, porque el baño que acababa de tomar me había abierto el apetito, me entretenía en comer pan untado con una nata fresca y muy espesa. Llevaba una blusa de tela con mangas abiertas y tenía la cabeza envuelta con un gran pañuelo para que no se me empolvase el pelo aún húmedo. Macha fué la primera que le vió á través de la ventana.

—¡Ay! ¡Es Sergio Mikailovitch! Precisamente ahora estábamos hablando de vos.

Me puse en pie con el propósito de irme á cambiar de traje, pero me alcanzó en el momento en que llegaba á la puerta.

—Vamos, Katia, estaos quieta que en el campo no hay que hacer ceremonias,—me dijo, y contempló sonriendo mi cabeza y el

pañuelo que la cubría.—Con seguridad que no hareis tanto cumplimiento delante de Gregorio y no quiero ser para vos ni más ni menos que Gregorio.

Al mismo tiempo, empero, me pareció que no me miraba como debía haberlo hecho Gregorio y esto me apuró un poco.

—Vuelvo en seguida,—dije alejándome.

—¿Y qué hay de malo en esto?—preguntó siguiéndome los pasos.—Cualquiera que os viese os tomaría por una aldeana.

—De qué manera más extraña me miró,—me dije al mismo tiempo que subía la escalera apresurada para irme á mudar.—Gracias á Dios que al cabo ha vuelto y que vamos á estar más alegres.

Después de mirarme un momento al espejo, volví á bajar muy alegre y sin disimular mi apresuramiento, llegué sin aliento á la terraza. Mi tutor estaba sentado al lado de la mesa hablando con Macha de nuestros negocios. Al verme se sonrió y continuó hablando. A juzgar por lo que decía, nuestros asuntos se ha-

llaban en un estado sumamente satisfactorio. No teníamos que hacer más, que esperar á que concluyese el verano, que pasaríamos en el campo, y en seguida podríamos ir á San Petersburgo para la educación de Sonia ó bien al extranjero.

—Todo eso estaría muy bien si pudieseis acompañarnos al extranjero,—observó Macha,—porque solas va á parecer que nos hemos extraviado.

—¡Ah! ¡Pluguere á Dios que pudiese dar la vuelta al mundo con vosotras!—replicó medio en broma medio en serio.

—¡Sea!—dije entonces.—¡Vamos á dar la vuelta al mundo!

—¿Y mi madre y mis negocios?—replicó sonriendo y meneando la cabeza.—Vamos, dejemos esto á un lado y contadme de que manera pasasteis el tiempo; ¿será posible que os hayais aburrido aún?

Cuando le conté que, sin su compañía, había sabido entretenerme y no aburrirme y Macha se lo confirmó, me elogió mucho diri-

giéndome miradas y palabras para alentarme, lo mismo que si yo fuese una niña y él tuviese realmente derecho á hacerlo. Me pareció que era conveniente le contase detalladamente, y sobre todo con mucha sinceridad, todo cuanto había hecho bueno y revelarle, como en confesión todo lo malo y que por el contrario podía merecer su censura. Era tan hermosa la noche, que después de servido el té permanecimos mucho tiempo en la terraza, y me pareció tan interesante la conversación, que no me di cuenta de que, poco á poco, habían ido apagándose de una manera insensible todos los ruidos de la casa. De todas partes desprendíase el penetrante perfume de las flores, el rocío, cada vez más abundante, humedecía los céspedes y los ruiseñores lanzaban al aire sus trinos casi á nuestro lado, ocultos entre los macizos de lilas, y se callaban á veces al oír el rumor de nuestras voces. El cielo estrellado parecía ir bajando sobre nuestras cabezas. Lo que me hizo comprender que se acercaba la noche, fué el oír

de pronto, bajo el toldo que cubría la terraza, el ruido sordo producido por el vuelo de un murciélago que atontado daba vueltas al redor de mi vestido blanco. Me arrimé á la pared y me faltó muy poco para lanzar un grito, pero el murciélago, tan silenciosamente como había entrado, se escapó de debajo del toldo y se perdió entre las sombras del jardín.

—¡Cuánto me gusta Pokrovski!—dijo Sergio Mikailovitch interrumpiendo la conversación.—¡Se podría dar cualquier cosa por detenerse toda la vida en esta terraza!

—Pues bien,—contestó Macha,—deteneos.

—¡Ah! ¡Sí, detenerse, detenerse; pero la vida no se para nunca!

—¿Porqué no os casais?—preguntó Macha.—Seríais un marido excelente.

—¿Por qué?—dijo sonriendo.—Hace mucho tiempo he dejado de considerarme como un hombre en estado de casarme.

—¡Cómo!—exclamó Macha.—¿A los treinta y seis años pretendéis que estais ya cansado de vivir?

—Sí, por cierto, y de tal modo cansado que no pienso más que en el descanso. Para casarse es necesario poder ofrecer otra cosa. Preguntad á Katia,—añadió, señalándome con la cabeza;—ahí teneis á quien es preciso casar y á nosotros no nos queda más papel que desempeñar que el de gozar de su felicidad.

En la entonación de su voz se revelaba una secreta melancolía, una tensión especial que no me pasó inadvertida. Durante un momento se quedó silencioso y ni Macha ni yo le dijimos nada.

—Figuraos,—empezó á decir acercándose á la mesa,—que de pronto, no sé porque deplorable accidente me casaba con una muchacha de diecisiete años como Katia Alexandrovna! Ahí teneis un hermoso ejemplo y celebros mucho que pueda aplicarse tanto á las circunstancias... no podía haber otro mejor...

Me eché á reir, pero no pude comprender del todo por que se mostraba tan contento ni por qué el ejemplo tenía tan buena aplicación.

—Pues bien, decidme la verdad, poniéndoos la mano sobre el corazón—añadió volviéndose hácia mí con aire de broma,—¿acaso no sería una gran desgracia para vos el unir vuestra vida á la de un hombre viejo ya, que hizo cuanto podía y que no quiere continuar en el estado en que se halla, cuando vos, en cambio, sabe Dios á donde puede llevaros vuestra fantasía?

No me encontraba á gusto y no le respondí, no sabiendo qué decirle.

—No vengo á pedir os vuestra mano,—siguió diciendo y echándose á reir,—pero á la verdad ¿no sería una gran desgracia que fuese el marido en que soñais cuando os paseais de noche por el desierto jardín?

—No sería una gran desgracia...—empecé á decir.

—Ni tampoco un gran bien,—terminó él.

—Sí, pero me puedo equivocar.

Volvióme á interrumpir.

—Ya lo veis; tiene razón y yo le agradezco la franqueza, celebrando mucho que hayamos

hablado de este modo y añadiré que eso hubiese sido una gran desgracia para mí.

—¡Qué hombre más especial sois! Ya estoy viendo que no cambiasteis en nada,—exclamó Macha que se marchó de la terraza para mandar que sirviesen la cena.

Nos quedamos silenciosos después de retirarse Macha, y todo cuanto nos rodeaba parecía mudo. Un ruiseñor empezó un canto, no ese canto cortado é indeciso del atardecer, sino ese otro canto prolongado, lento y tranquilo, cuyos trinos llenaban todo el jardín, mientras que en el fondo de una torrentera le contestaba otro ruiseñor que cantaba por vez primera. El más cercano se callaba entonces, como si se pusiese á escuchar, y después volvía á lanzar al aire trinos más altos y penetrantes. Y sus cantos resonaban con una calma suprema en el seno de ese mundo de la noche que les pertenece á ellos y al que nosotros somos completamente extraños. El jardinero se marchó alinvernadero para acos-

tarse, y bajo sus gruesas botas rechinaba la arena del sendero al hollarla con tardo paso y ese ruido se alejaba cada vez más. En medio del silencio profundo de la noche oyéronse dos agudos silbidos y después todo quedó como antes, no oyéronse apenas el rumor producido por las hojas al moverse; de pronto se movió el follaje, henchíendose el toldo de la terraza agitado por un soplo de aire y un perfume más penetrante se esparció á nuestro alrededor. Aquel tan prolongado silencio me molestaba; pero no sabía que decir. Le miré y sus ojos, que brillaban en la sombra, estaban fijos en mí.

—¡Qué cosa más buena es vivir en este mundo!—murmuró.

No sé aún por qué, mas, al oír esas palabras, suspiré.

—¿Cómo?

—Sí, que es muy bueno vivir en este mundo,—repetí.

Y volvimos á quedarnos silenciosos y otra vez no me encontré á gusto. Me dominaba

continuamente la idea de que le había hecho sufrir al convenir con él en que era viejo; habría deseado consolarle y no sabía como hacerlo.

—¡Adiós!—me dijo poniéndose en pie.—Mi madre me estará esperando para cenar y apenas hablé hoy con ella.

—Y yo que habría querido que oyeseis una nueva sonata.

—Otra vez será,—me contestó con frialdad, ó, á lo menos, á mí me lo pareció, y dando un paso me dijo con acento sencillez:—¡Adiós!

Más que nunca sospeché entonces que le había hecho sufrir y me quedé muy triste. Macha y yo le acompañamos hasta la escalinata y nos quedamos en lo alto de ésta mirando hacia el lado que había desaparecido. Cuando dejamos de oír el ruido que producían los cascos de su montura al golpear el suelo, me paseé alrededor de la terraza poniéndome más tarde á contemplar el jardín y, á través de la húmeda bruma en el seno de la que palpaban todos los rumores de la noche, perma-

necí aún durante largo tiempo viendo y oyendo todo aquello que, á mi fantasía, se la antojó ver y oír.

Volvió Mikailovitch una segunda y una tercera vez y el malestar que me produjera la extraña conversación sostenida entre ambos, no tardó en desvanecerse para no volverse á presentarse más. Durante el curso del verano fué á vernos dos ó tres veces por semana y de tal modo me acostumbré á su compañía, que, cuando pasaba algún tiempo sin parecer por nuestra casa, se me hacía muy penoso el vivir tan sola; en mi fuero interno me incomodaba con él y me parecía que no obrara bien abandonándome de aquella manera. Respecto á mi se transformó en una especie de amigo ó compañero que me hacía preguntas á las que, por mi parte, respondía con entera franqueza, con gran sinceridad, que, además, me daba consejos, me alentaba y, hasta á veces, me reprendía conteniéndome en caso de necesidad. Empero, á pesar de todos los esfuerzos hechos para mantenerse á mi nivel,

no podía yo por menos de comprender que, al lado de todo cuanto de él conocía, había en su fondo otro mundo entero al que era yo completamente extraña y en el que él no creía conveniente admitirme. Y esto, más que nada, era lo que sostenía, conservándola, la deferencia con que le trataba y al mismo tiempo servía para atraerme hacia él. Sabía por Macha y por algunos amigos de la vecindad que, aparte de los cuidados á su madre, con la que vivía, y aparte de los quebraderos de cabeza que podían producirle nuestra tutela y la administración de sus propias haciendas, tenía además á su cargo varios asuntos concernientes á la nobleza, asuntos que le causaban muchos disgustos y no pude conseguir jamás averiguar como consideraba toda esa situación, qué pensamientos le inspiraba ni cuáles eran sus planes ó esperanzas.

Si alguna vez intenté hacer que recayese la conversación acerca de sus asuntos, plegábase su frente de cierta manera como si quisiese decirme: «Dejemos eso á un lado y, después de

todo, ¿á vos que os importa? Y en seguida cambiaba de conversación. Al principio esto me ofendió, pero después adquirí de tal manera la costumbre, que jamás le hablaba más que de lo que me convenía á mí y al cabo lo encontré, al hacerlo así, lo más natural del mudo.

Al principio me desagradaba bastante, pero más tarde encontré en ello cierto placer, al ver la perfecta indiferencia, diré más bién llamándolo desprecio con que miraba mi exterior. Nunca, ni por sus palabras, ni por sus miradas, me dió á entender que le parecía linda; al revés, fruncía el entrecejo ó se echaba á reir cuando alguien me decía en su presencia que yo no estaba del todo mal. Otras veces se complacía en hallar defectos de mi rostro y en burlarse de ellos. Los trajes de moda, los sombreros ó peinados con que Macha hacía que me engalanase los días de fiesta no hacían más que provocar sus burlas, lo que naturalmente, apenaba mucho á la buena de Macha y en los primeros tiempos, como era

muy puesto en razón, me desconcertaba á mi también.

Macha, á quien la parecía que yo no desagradaba á Sergio Mikailovitch, no acertaba á explicarse como no quería que aquella mujer, que le gustaba, se presentase de la manera que resultaba más favorecida, pero pronto me di cuenta de lo que convenía más con él; quería creer que yo no era coqueta y cuando lo comprendí así, no quedó en mí ni sombra de coquetería en materia de trajes, peinado ó manera de presentarme y la coquetería quedó reemplazada, y esto fué una ligera artimaña hilvanada con el hilo blanco, por otra coquetería, la de la sencillez, aún en aquel caso en que yo misma no conseguía ser sencilla. Veía que me amaba y que si me quería como á mujer ó como á niña no me lo había preguntado hasta entonces. Aquel cariño me era muy querido y comprendiendo que me tenía por la muchacha mejor del mundo, no podía por menos de desear que aquel fraude continuase cegándole.

Y, en efecto, le engañaba casi involuntariamente; pero al engañarle hacíame yo mucho mejor aún. Comprendí que sería muy preferible y mas digno de él desarrollar más las cualidades de mi alma que no de mi cuerpo. Se me figuraba que una sola mirada le habría bastado para apreciar mis cabellos, mis manos, mi rostro y mis modales, fuese todo ello lo que quisiese, pues le cortaba que, aun cuando hubiese querido engañarle, no habría podido añadir nada á mi exterior. Por el contrario, no conocía mi alma, por qué la amaba, por qué precisamente en ese mismo tiempo se hallaba en pleno período de crecimiento y de desarrollo y por último, por qué en semejante materia me era fácil engañarle y, en efecto, le engañaba. ¡Qué consuelo tuve y como me sentí como aliviada de un gran peso cuando así lo comprendí! Aquellas agitaciones sin causa, aquella necesidad de movimiento que en cierto modo me oprimían, desaparecieron completamente, pareciéndome desde entonces que, sea de frente, sea de costado, en pie ó

sentada, que estuviese peinada con el pelo liso ó rizado, me miraba Sergio siempre con alegría, pues que, á la sazón, me conocía por completo, y me figuré qué estaba tan satisfecho de mí como yo misma lo estaba. Creo realmente que si, contra lo que acostumbraba, me hubiese dicho de pronto como los demás, que era muy linda me habría incomodado un poco quizás; más en cambio, que alegría, que serenidad experimentaba en el fondo de mi alma cuando después, de oirme decir algunas palabras, me miraba con mucha atención y me decía con un acento conmovido, que quería hacer placentero:

—Sí, si, hay en vos alguna cosa. Sois una buena muchacha y debo confesarlo.

¿Y por qué recibía esas recompensas que llenaban mi corazón de alegría y de orgullo? Unas veces por haber manifestado que me era simpático el cariño que demostraba el anciano Gregorio á su nietecita, otras por qué me conmovía hasta el extremo de derramar lágrimas leyendo unas poesías ó una novela ó por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

54954

que había preferido á Mozart dejando á Schulloff. Era para mí una cosa que me admiraba esa intuición desacostumbrada que hacía adivinase yo lo que estaba bien y lo que se debía amar en aquella época en que no sabía yo de una manera perfecta lo que era *lo bueno*, ni lo que hay que amar. La mayor parte de mis costumbres pasadas y de mis gustos, le desagradaban y bastaba un movimiento imperceptible de su entrecejo, una mirada suya para que comprendiese yo que no aprobaba lo que quería hacer, ó bien un pequeño mohín de compasión un tanto desdeñosa, que le era peculiar, para que me figurase que no amaba ya lo que antes amara.

Si se le ocurría el pensamiento de darme algún consejo acerca de cualquier cosa, fuese la que quisiera, sabía por anticipado lo que tenía que decirme. Me interrogaba con la mirada, y esa sola mirada bastaba para arrancarme el pensamiento que quería conocer. Todos mis pensamientos, todos mis sentimientos en aquellos tiempos fueron su pensamiento

y su sentimiento que de pronto se hicieron míos, penetrando en mi vida é iluminándola hasta cierto punto. De una manera completamente insensible para mí empecé á ver las cosas bajo otro aspecto, lo mismo á Macha que á cuantos me rodeaban, y hasta á Sonia misma, y mis propias ocupaciones y hasta los libros que, en otra época, leyerá para combatir el aburrimiento, se me aparecieron de pronto como uno de los más grandes encantos de la vida, y esto, nada más que por la sencilla razón de que con Sergio hablábamos de libros, que juntos leíamos éstos y que él me los llevaba. Antes de suceder esto, había considerado yo siempre como un trabajo penoso y pasado lo que hacía con Sonia, las lecciones que la daba, llevándolo á cabo todo impulsada solamente por el sentimiento del deber; pero entonces que, algunas veces, presenciaba él esas lecciones, una de las cosas que más me complacían era observar los adelantos de mi hermanita. Siempre me había parecido imposible aprender por completo una obra entera

de música, y al presente, sabiendo que él quizás la escucharía y que muy bien podría también aplaudirme, no vacilaba en tocar cuarenta veces seguidas el mismo pasaje, tanto que la pobre Macha acababa por taparse los oídos con algodón en rama, mientras que á mí, por el contrario no me aburría la cosa. Aquellas angustias sonatas se parafraseaban entonces bajo mis dedos de una manera muy distinta y muchísimo más superior é inteligente. Hasta Macha, á la que tan á fondo conocía y á la que tanto quería, había cambiado mucho á mis ojos. Entonces fué únicamente cuando comprendí que nada ni nadie había obligado á Macha á ser lo que fué para nosotras, una madre, una amiga, una esclava de nuestros caprichos.

Comprendí toda la abnegación, toda la adhesión de aquella criatura tan cariñosa y toda la grandeza de mis obligaciones para con ella y la quería cada vez más. Me había enseñado á tratar con consideración á nuestra servi-

dumbre, á nuestros labradores drorovies (1) y criadas, mirándolos bajo otro punto de vista muy distinto que hasta entonces. Será todo lo cómico que se quiera al decirlo, pero á los diecisiete años vivía entre ellos lo mismo que una extraña entre personas á las que no hubiese visto nunca y sin haberseme ocurrido ni una sola vez que pudiesen ser seres susceptibles ellos también de amor, de deseos y de pesares como yo misma. Nuestro jardín, nuestros bosques y campos, que conocía desde que tenía uso de razón, convirtiéronse para mí de pronto en objetos nuevos y cuya belleza empecé á admirar.

No en vano se dice, y no está mal dicho, que en la vida sólo hay una felicidad cierta, la de vivir para los demás. Esto me parecía extraño y no lo comprendía, pero esa convicción, á pesar de mi pensamiento, iba penetrando poco á poco hasta la mas íntimo de mi co-

(1) Servidumbre muy numerosa del exterior de la casa y que componía, antes del úkase imperial que decretó la libertad de los siervos, lo que se llamaba corte entre los ricos hacendados del campo.

razón. En una palabra, que Sergio Milkailovitch abrió para mí una nueva era de vida, pero una vida nueva, llena de goces al presente y sin haber cambiado nada mi existencia anterior ni añadido nada á ella y sin hacer más que desarrollar en mí cada una de sus sensaciones. Todo, desde mi infancia había quedado envuelto á mi alrededor en una especie de silencio y esperado únicamente á su presencia para levantar la voz hablar á mi alma y llenarla de goces.

Con mucha frecuencia y en el curso de aquel verano, subía á mi cuarto y me echaba en mi cama y allí, en lugar de mis antiguas angustias de la primavera, llenas de deseos y de esperanzas del porvenir, me oprimía otra turbación, la de la felicidad presente. No podía quedarme dormida y me levantaba, sentándome en la cama de Macha á la que decía que me consideraba completamente dichosa lo que cuando lo recuerdo, hoy, me dijo que era completamente innecesario por que ella misma lo estaba viendo. Respondíame que

ella tampoco tenía nada que desear, que era también dichosa y me abrazaba. La creía por que me parecía necesario y justo que todos fuesen felices; pero Macha además podía ceder á las exigencias del sueño y haciéndose la incomodada me decía me apartase de allí y la dejase dormir mientras que yo, por el contrario permanecía largo tiempo despierta dando vueltas á las razones que tenía para no dormir. En algunas ocasiones me levantaba y empezaba por segunda vez mis oraciones pues en la abundancia de mi corazón rezaba para dar mejor gracias á Dios por toda la felicidad que me concedió.

Reinaba en mi cuarto una profunda tranquilidad y sólo se oía la respiración regular de Macha durante un sueño, el tic tac del reloj que tenía colocado á la cabecera de la cama y me volvía pronunciando algunas palabras persignándome ó besando la crucecita que llevaba colgada al cuello. Estaban cerradas las puertas, los postiguillos ocultaban las ventanas y no sé que zumbido de mosca, que

se agitaba en un rincón se percibía y llegaba hasta mi oído. Habría deseado no abandonar aquella habitación y que la mañana no disipara aquella atmósfera toda impregnada de mi alma y en la que me sentía como envuelta. Parecíame que mis sueños, mis pensamientos y mis besos, eran otras tantas esencias animadas que, en medio de aquellas tinieblas, revoloteaban al rededor de mi lecho y se extendían sobre mi cabeza. Y cada pensamiento era su pensamiento; cada sentimiento, su sentimiento. No sabía aún que era el amor; figurabaseme que podía ser siempre así y que semejante sentimiento se daba sin exigir la recíproca.



III

Un día, en la época de la recolección de los trigos, bajamos á pasar la tarde en el jardín Macha, Sonia y yo, yéndonos á sentar á nuestro banco favorito á la sombra de los tilos, y en un altillo del que se podían ver los campos y los bosques.

Hacia tres días que Sergio Milkailovitch no iba á vernos y le esperábamos aquel día con tanto mayor motivo cuanto que había prome-

tido á nuestro intendente ir á enterarse de la recolección. Y en efecto, á eso de las dos le vimos que cruzaba una altura por entre un campo de cebada. Macha, que me miró sonriendo, mandó que llevasen melocotones y cerezas, frutas que á él le gustaban mucho y después se recostó en el banco y se quedó adormilada.

Arranqué una rama de tilo, cuyas hojas y corteza estaban impregnadas de sávia y es-pantando las moscas á Macha continué mi lectura no sin volverme á cada momento há-cia el camino que atravesaba los campos por donde debía llegar.

En cuanto á Sonia, sentada en una añosa raíz de tilo, se entretenía en hacer con hierbas una cuna para su muñeca.

Hacia un día cálido y sin viento y está-bamos como en una estufa; las nubes, que for-maban un vasto circulo en el horizonte, se habían ensombrecido desde por la mañana, y había en el aire una amenaza de tempestad que, como de costumbre en casos semejantes

exitaba mis nervios. Después del mediodía, esas nubes se iban dispersando, el sol se re-cortaba, en el seno de un cielo puro y el true-no no se oía más que en un solo punto rodan-do sus roncós ruidos en las profundidades de una pesada nube que, en el límite mismo del cielo y de la tierra, se confundía con el polvo de los campos, y de vez en cuando aparecía cruzada por las pálidas serpentinas de un le-jano relámpago. Era indudable que, allí don-de estábamos no era de temer la tempestad por aquel día. Al mismo tiempo y por la par-te del camino que se podía descubrir detrás del jardín, no dejaban de oirse los lentos y prolongados chirridos de un carreta llena de haces, ó los rápidos vaivenes de las telegas (1) vacías que se cruzaban, ó se veía á sus conductores, cuyas camisas hinchaba el vien-to. El polvo espeso no volaba ni caía, sino que quedaba suspendido por cima de los setos á través de la transparente hojarasca de los ár-boles del jardín. Más allá; en lontananza se

(1) Carro empleado en el campo, y que algunas veces sirve para el transporte de viajeros.

elevaba el ruido de otras voces, hacia la parte de la granja el chirrido de otras ruedas y allí los dorados haces, llevados lentamente y amontonados al pie del cercado volaban por el aire é iban apilándose, y muy pronto mis ojos distinguieron una especie de edificios ovales rematados por agudos techos techos y las siluetas de los mozos de labranza que pululaban á su alrededor. Además de esto, en medio de los campos polvorientos, circulaban otras telegas, desfilaban nuevos amarillentos haces y desde allá lejos y entre el chirrido de las ruedas, llegaba hasta nosotros el rumor de las voces y de los cantares.

El polvo y el calor lo invadían todo, á excepción de nuestro rinconcito favorito del jardín y, sin embargo, en todas partes, en medio de aquel polvo y de aquel calor, y bajo los ardientes rayos de aquel sol que quemaba, se movía todo un pueblo de trabajadores que charlaban, bromeaban ó cantaban. En cuanto á mí, contemplaba á Macha que se había dormido, resguardándose la cara con su pañuelo

debatista, sobre nuestro banco; las cerezas bien negras, y jugosas, que se destacaban sobre el fondo del plato, nuestros trajes ligeros y resplandecientes de limpieza, en la jarra de cristal el agua límpida en la que se quebraban irisándose los rayos del sol y experimentaba un gran bienestar. ¿Qué hay que hacer? —me pregunté.—¿Soy, pues, culpable por considerarme tan dichosa? ¿De qué manera hacer para esparcir al rededor esa dicha? ¿Cómo y á quién consagrarse por completo una misma y toda su dicha?...

El sol había desaparecido ya detrás de las copas de los frondosos árboles del camino, el polvo había caído al suelo, dejando al descubierto las lontananzas del pasaje más recordadas y más luminosas, bajo la acción de los oblicuos rayos del sol; y en cuanto á las nubes, se habían disipado por completo. Y veía, al otro lado de los árboles, tres nuevas pilas de haces y los mozos de labranza bajar de ellas y, en fin, por la última vez en ese día, pasar rápidamente las telegas, haciendo reso-

nar el aire con el ruidoso concierto de una marcha estrepitosa. Las mujeres, que mezclaban sus voces á la algazara general, regresaban á su casa, llevando el rastrillo al hombro y las cuerdas á la cintura. Y Sergio Mikailovit no llegaba aun á pesar de haberle yo vuelto á ver hacía mucho tiempo al pie de la montaña. De pronto se presentó á un extremo del camino, en un sitio por el que no le esperaba porque había tenido que dar la vuelta al altillo. Al acercarse y mostrarme un rostro alegre y verdaderamente radiante, se dirigía hácia mí. Al ver á Macha, que seguía aún dormida, se mordió los labios, guiñó los ojos y se acercó andando de puntillas. Observé en seguida que se hallaba en aquel momento en una de esas disposiciones especiales de alegría, que no tienen una causa precisa, que á mí me agradaban tanto como á él y que entre nosotros solíamos llamar el «transporte salvaje». En aquel momento, parecíase á un colegial escapado de la clase y todo su sér, de la cabeza á los pies, respiraba dicha y alegría.

—Buenas tardes, querida Violeta; ¿cómo va esto? ¡Bien!—dijo en voz baja acercándose y estrechándome la mano... —Y yo también me encuentro perfectamente bien,—añadí lo mismo que si respondiese á una pregunta semejante hecha por mí, pues me parece que no tengo más que trece años y ganas de jugar á los caballitos y encaramarme á los árboles.

—¡El transporte salvaje!—exclamé mirando sus ojos sonrientes y comprendiendo que aquello me iba contagiando á mí también.

—¡Sí!—murmuró Sergio, y al mismo tiempo me hizo un guiño con los ojos y un esfuerzo para no echarse á reir.—Pero ¿por qué tenéis tan mala voluntad á esa pobre Macha Karlovna?

No me había fijado, efectivamente, en que, por mirarle, seguía yo moviendo la rama de tilo llena de hojas, con las que rozaba el pañuelo de batista y el rostro de Macha. Me eché á reir.

—Y luego dirá que no ha dormido,—añadí en voz baja como si tratase de no despertar á

Macha, pero en realidad, no lo hacía por esto, sino porque me parecía muy agradable cuchichear hablando con él. Sergio, por su parte, contraía los labios imitándome, como si me dijese en voz baja alguna cosa de la que convenía que no se enterase nadie. Viendo de pronto el plato de cerezas, fingió que se apoderaba de él á hurtadillas, como hacía Sonia, y fué á sentarse bajo el tilo, en el puesto de la muñeca. Sonia quiso incomodarse al principio, pero pronto organizaron un juego en el cual debían comerse entre ambos, y á más y mejor, las cerezas.

—¿Deseáis que mande á buscar más, ó queréis que vayamos á buscarlas nosotros mismos?—pregunté.

Cogió el plato, colocó las muñecas encima, y los tres nos fuimos á donde estaban los cerezos. Sonia, riéndose, corría detrás de él, tirándole del gabán para que le devolviese sus muñecas que la devolvió encarándose con mucha gravedad conmigo.

—¿Cómo es posible no convenir en que sois

la Violeta?—me dijo en voz baja, por más que no había por allí nadie á quien se pudiese despertar.—Desde que me acerqué á vos, después de haber arrostrado tanto polvo, calor y cansancio, creí percibir el perfume de la violeta, pero no ese perfume penetrante y fuerte de la violeta hecha ya, sino el de esa otra que es la primera que crece modesta y que respira á la vez las nieves postreras y las hierbas primaverales...

—Pero decidme, ¿marcha bien la recolección?—le repliqué para ocultar en seguida la alegre confusión que experimentaba con sus palabras.

—Marcha perfectamente. En todas partes es excelente este pueblo, y cuanto más se le conoce, más se le estima.

—Sí, hace un momento, antes de que llegáseis y desde el sitio en que me hallaba, seguía con la mirada el trabajo y tenía conciencia de que yo me estaba entregada á la ociosidad mientras ellos hacían tantos esfuerzos...

—No juguéis con esos sentimientos, Katia,

—me dijo interrumpiéndome con mucha gravedad, al mismo tiempo que me dirigía una mirada cariñosa,—porque el trabajo es una obra santa. ¡Que Dios os libre de aparentar en eso lo que no sentís!

—Por eso mismo es á vos sólo á quien lo digo.

—Ya lo sé. ¿Y las cerezas?

El cercado de las cerezas estaba cerrado y había ni un solo hortelano porque Sergio los había mandado á todos que fuesen á ayudar á los demás. Sonía se marchó corriendo en busca de la llave, mas Sergio no esperó á que volviese y encaramándose á uno de los ángulos y agarrándose á las plantas trepadoras saltó al otro lado.

—¿Queréis darme el plato?—me preguntó desde allí.

—No; porque quisiera cogerlas yo misma. Voy á buscar la llave que sin duda Sonía no encuentra.

Pero al mismo tiempo tuve el antojo de enterarme de lo que allí hacía, lo que miraba, su

manera de ser, en una palabra, cuando suponía que no le vela nadie. O tal vez más sencillamente puede muy bien ser que yo tuviese deseos, en aquel momento, de no perderle de vista ni un solo minuto. Empinándome, y á través de las ortigas, di la vuelta al cercado de las cerezas y llegué al extremo opuesto en el que la valla era más baja y subiéndome entonces sobre un cubo vacío, de manera que la parte alta de la valla sólo me llegaba al pecho, me incliné. Recorrí con la mirada todo lo que encerraba, los añosos árboles encorvados con sus largas hojas dentadas entre las que aparecían los grandes racimos de frutas negruzcas y jugosas que colgaban verticalmente, y metiendo la cabeza por entre las mallas vi á Sergio Mikailovitch, á través de las retorcidas ramas de un cerezo viejo. Estaba convencido de que me había marchado y de que nadie podía verle. Con la cabeza descubierta y los ojos cerrados estaba sentado sobre los restos carcomidos de un árbol caído y daba vueltas indolentemente entre sus dedos á un pedacito

de goma de goma de un cerezo. De pronto abrió los ojos y murmuró alguna cosa, sonriendo. Aquella palabra y aquella sonrisa se parecían tan poco á todo lo que había visto en él, que casi me dió vergüenza espiarle. Me había parecido, en efecto, que aquella palabra había sido «¡Katia!» Esto no puede ser, pensé. «¡Querida Katia!» repitió aun más bajo y con más ternura y esa vez no me equivoqué porque lo oí con toda claridad. El corazón me latió con tal fuerza y me sentí como penetrada por una emoción tan alegre, que me sobrecojí de tal manera, que tuve que agarrarme con las dos manos á la valla para no caer y revelar así mi presencia.

Oyó el ruido producido por el movimiento que hice, y miró como asustado á su alrededor y después bajó de pronto los ojos, enrojeció y se puso encarnado como un niño. Quiso decirme alguna cosa, pero no pudo lograrlo y su rostro se puso cada vez más encarnado. Sonrió, sin embargo, al mirarme y sonreí yo también.

Todo en su fisonomía respiraba felicidad; no, entonces era un anciano tío que prodigaba consejos y enseñanzas; sino que tenía yo ante mis ojos á un hombre que se hallaba á mi propio nivel, que me amaba y me temía; un hombre al que yo misma amaba y temía también.

No nos dijimos nada limitándonos á mirarnos el uno al otro; pero de repente frunció el entrecejo y con risa y centelleo de los ojos se borrarón al mismo tiempo para recobrar en mi presencia su actitud fría y paternal, como como si hubiésemos hecho alguna cosa mal hecha y se concentrase en si mismo, invitándome á mí á que hiciera otro tanto.

—Bajaos de ahí, que os haréis daño—me dijo—y arreglaos un poco ese pelo; ¡si viéseis á quién os parecéis!

¿Por qué disimulaba de aquella manera? ¿Por qué quería que yo sufriese así? pensé con despecho. Y aquel momento experimenté vivos deseos de turbarle aun más y de ver hasta donde llegaba mi influencia sobre él.

—No me bajo, sino que quiero cogerlas yo misma,—dije, y agarrando con las dos manos una rama inmediata, salté por encima de la valla. Antes de que hubiese tenido tiempo para acudir á contenerme, ya me hallaba al otro lado y entre los cerezos.

—¿Qué locura estáis haciendo?—me preguntó, poniéndose muy encarnado otra vez, y haciendo esfuerzos para ocultar su turbación tras el enfado.—Pudisteis haberos hecho daño. Y ahora ¿cómo váis á salir de aquí?

Estaba aún más cortado que antes; pero al presente aquella turbación no me hacía gozar, sino que por el contrario me asustaba y atemorizaba aún más. A su vez hizo presa en mí y me puse encarnada, me separé de su lado y no sabiendo qué decir, me puse á coger fruta que no tenía en donde colocar. Echábame en cara lo hecho, me arrepentía, tenía miedo y me parecía que con aquello me había perdido para siempre ante sus ojos, y permanecimos los dos sin decirnos ni una palabra, pesándonos á ambos aquel silencio tan embarazoso.

Sonia, que vino corriendo y trajo la llave, nos sacó del apuro, haciendo que cesase tan embarazosa situación. Persistimos, sin embargo, en no hablarnos, dirigiéndonos con preferencia el uno y el otro á Sonia.

Cuando volvimos al lado de Macha, que nos juró que no había dormido y sí oído todo, me tranquilicé y Sergio intentó de nuevo recobrar su tono de protección paternal; mas el ensayo no le salió bien y no consiguió engañarme porque tenía aún muy presente el recuerdo de cierta conversación que habíamos sostenido dos días antes. Había emitido Macha la opinión de que un hombre ama con más facilidad que una mujer y con más facilidad también que ésta manifiesta su amor, y concluyó diciendo:

—Un hombre puede decir que ama, una mujer no.

—Y á mi me parece que un hombre no puede ni debe decir que ama,—replicó Sergio.

Le pregunté por qué.

—Porque eso será siempre una mentira;

¿qué es ese descubrimiento de que un hombre ama? Como si no tuviese más que hacer que pronunciar ese nombre y hubiese de salir de allí cualquier fenómeno ó no sé qué cosa extraordinaria haciendo explosión todo de una vez! A mí me parece que esas personas que dicen solemnemente: «Os amo,» ó se engañan á sí mismas, ó lo que es peor, engañan á los demás.

—De modo que, en vuestro concepto, una mujer sabrá que la aman, aunque no se lo digan jamás,—observó Macha.

—Eso es lo que yo no sé. Cada hombre tiene su manera de hablar; pero hay sentimientos que saben hacerse comprender. Cuando leo una novela procuro siempre figurarme qué cara ponen en un apuro el teniente Crelski ó Alfredo cuando dices: «¡Leonor, te amo!» y que se figuran que va á suceder algo extraordinario, mientras que no les sucede nada, absolutamente nada, ni á él ni á ella, pues rostro, miradas y demás, todo sigue siendo igual que antes.

Entonces me figuré que tras esa broma se ocultaba algo muy serio y que se refería á mí, pero Macha no le permitió que hiciese mucho hincapié sobre los héroes de novela.

—¡Siempre con paradojas!—exclamó.—Vamos, sed franco, y confesadnos si alguna vez le dijisteis á una mujer que la amabais.

—No se lo dije jamás, ni nunca doblé la rodilla por ninguna,—respondió, echándose á reir,—y no lo haré en mi vida.

—Sí, no tiene para que decirme que me ama,—pensé, y al presente me acordaba perfectamente de aquella conversación.—Me ama y lo sé, y por más esfuerzos que haga para parecer indiferente, no me convencerán de lo contrario.

Durante aquella velada me habló muy poco, pero en cada una de sus palabras y en cada uno de sus movimientos y de sus miradas, adivinaba yo el amor y no tenía la menor duda acerca de ello. La única cosa que me produjo algún despecho y pena, fué el ver que creía

necesario aún el ocultarlo y fingir cierta frialdad cuando todo estaba tan claro y cuando tan sencillamente habríamos podido fácilmente ser dichosos más allá de lo posible: empero, por otra parte, me reprochaba yo como una falta el haber saltado al cercado de las cerezas para reunirme con él pareciéndome que debía haberme dejado de estimar y á resentirse conmigo. Después de tomar el té, me acerqué al piano y me siguió.

—Tocad alguna cosa, Katia, pues hace mucho tiempo que no os oigo,—me dijo reuniéndose conmigo en el salón.

—Deseaba..... Sergio Mikailovitch....—dije, y de pronto le miré á los ojos,—¿no estáis incomodado conmigo?

—¿Por qué?

—Por no haberos obedecido esta tarde,—contesté sonrojándome.

Me comprendió, meneó la cabeza y se sonrió y esa sonrisa decía bien á las claras que me habría regañado un poco; pero que ya no se sentía con ánimo de hacerlo.

—¿Todo pasó, no es verdad? ¿Somos amigos como antes?—pregunté al mismo tiempo que me sentaba al piano.

—¡Así lo creo!

En aquella sala espaciosa y elevada de techo no había más que las dos velas que iluminaban el piano y el resto de la habitación quedaba sumido en una media obscuridad. Por las abiertas ventanas se descubrían los luminosos aspectos de una noche de verano, reinando en todas partes la calma más perfecta que sólo turbaba de vez en cuando el crujido de los pasos de Macha por el salón que no estaba iluminado, y abajo el golpear de los cascos del caballo de Sergio Mikailovitch que estaba atado al pie de una de las ventanas y relinchaba como impaciente.

Habíase Sergio sentado detrás de mí, de tal manera, que no me era posible verle; pero en el seno de las incompletas tinieblas de aquella habitación, en los sonidos que las llenaban, en el fondo de mi misma, sentía yo su presencia. Cada una de sus miradas, de sus movimien-

tos, que, sin embargo, no podía ver, penetraban y resonaban en mi corazón. Toqué la sonata fantasía de Mozart, que él me había regalado y que aprendiera delante de él y para él. No pensaba ni mucho menos en lo que estaba tocando, pero según parece, lo hice bien y me pareció que aquello le gustaba. Participé del goce que él experimentaba y desde mi sitio, sin verle, adiviné, que desde donde estaba sus miradas se fijaban en mí.

Obedeciendo á un movimiento completamente involuntario, y mientras que mis dedos continuaban recorriendo el teclado sin tener conciencia de lo que estaba haciendo, le miré yo también y ví que su cabeza sobresalía sobre el fondo luminoso de la noche. Estaba sentado, teniendo la frente apoyada en la palma de la mano y me contemplaba con mucha atención, fijando en mí sus ojos inteligentes. Sonreíme al sorprender esa mirada y dejé de tocar. Sonrióse también, inclinó la cabeza sobre el papel con aire de reproche y como si me pidiese que continuase. Cuando terminé,

la luna, que había llegado al punto más alto de su carrera, despedía plateados resplandores y al lado de la tenue luz de las bujías, entraba en el salón á torrentes, por las ventanas, otra claridad blanquecina que hacía resplandecer el pavimento con sus reflejos.

Macha dijo entonces que lo que yo hacía no se parecía á nada y que me había parado en el trozo más interesante, aparte de que, hasta entonces, había tocado muy mal. Protestó Sergio, diciendo que, por el contrario, nunca lo había hecho tan bien como aquella noche y después de decir esto, empezó á pasearse desde la sala al salón, que estaba á oscuras, y así continuó mirandome y sonriendo cada vez que se acercaba á mí. Sonreíme también y hasta sin motivo alguno; tenía grandes deseos de reír y tan dichosa me consideraba con lo que había pasado antes, durante aquella tarde, y con lo que estaba sucediendo en aquel momento. Una vez, en un momento en que le ocultaba la puerta, me arrojé al cuello de Macha y empecé á besarla en mi sitio favorito, en su

redondo cuello y debajo de la barbilla, y después, en cuanto él volvió á acercarse, recobró mi rostro su seriedad y hube de hacer grandes esfuerzos para contener mis ganas de reír.

—¿Qué es lo que la pasa hoy?—le preguntó Macha, pero no la respondió y se limitó á bromear á mi costa: sabía perfectamente qué era lo que me sucedía.

—¡Ved qué noche más hermosa que hace!—nos dijo desde el salón en que estaba de pie delante de las puertas del balcón que daba al jardín. Nos fuimos á reunir con él y efectivamente era aquella una noche como jamás vi nunca una igual.

La luna llena resplandecía detrás de nosotros, por cima de la casa, con un brillo que después no observé jamás; la mitad de las sombras proyectadas por los techos, los pilares y el toldo de la terraza se recortaban al sesgo y como en escorzo en el enarenado sendero y en el gran óvalo formado por el césped. Todo lo demás estaba resplandeciente de luz y cubierto de un rocío que plateaban las

claridades de la luna. En un ancho sendero, todo él bordeado de flores, que cortaba todo aquello al través en una de sus orillas, la sombra de las dalias y sus tentemozos, verdadero camino luminoso y fresco en el que brillaban los angulosos guijarros, las sombras se alargaban en el espacio y entre la bruma. Se veía además brillar detrás de las copas de los árboles el techo del invernadero y desde el fondo de la torrentera se elevaba una niebla que se iba espesando por momentos. Las matas de lilas ya un tanto deshojadas hastaban iluminadas hasta el pie de sus tallos y humedecidas por el rocío distinguíanse unas flores de otras. En los paseos la sombra y la luz se confundían de tal manera, que no se hubiera dicho que eran árboles y senderos, sino edificios transparentes agitados por continuas vibraciones. A la derecha, en la sombra de la casa, todo se veía negro indistinto, casi imponente, y más allá resaltaba, pero más resplandeciente aún sobre el fondo de esa zona oscura, la copa fantástica de un álamo, que no sé por qué ex-

traño efecto, se detenía cerca y por cima de la casa en una aureola de clara luz en vez de terminar en las profundas lontananzas de aquel cielo de un azul sombrío.

—Vamos á pasearnos,—dije.

Consintió Macha, pero manifestó que debía ponerme chanclos.

—No, no es necesario,—dije;—Sergio Mikailovitch me dará el brazo.

¡Como si eso hubiese podido impedir que me mojase los pies. En aquel momento para cada uno de nosotros era muy admirable semejante locura y no tenía nada de extraño. No había dado nunca el brazo y entonces yo me apoyé en él sin que esto le causase sorpresa. Bajamos los tres á la terraza. Se me figuraba que todo ese universo, ese cielo, ese jardín y ese aire que respirábamos, no se parecían en nada á los que hasta entonces conociera.

A medida que avanzábamos, sin embargo, esa muralla encantada formada de belleza pura, se separaba de nosotros, á nuestro paso, y entonces me encontraba rodeada de objetos

familiares, jardín, árboles, senderos, hojas secas. Y era en aquellos senderos en los que nos paseábamos atravesando círculos luminosos alternados con otras esferas de tinieblas, pisando las hojas secas que crujían bajo nuestros pies al mismo tiempo que las ramas nuevas y los retoños nos daban en la cara. Sí, era él quien iba á mi lado andando á paso lento é igual dejando que descansase con reserva y circunspección mi brazo sobre el suyo. Era la luna que desde lo alto de los cielos nos iluminaba á través de las ramas inmóviles. Miré un momento á Sergio al llegar á un sitio en el que no se elevaba ningún tilo, y su rostro se me apareció completamente iluminado. Era muy hermoso, expresivo y teñía un aire tan feliz...

Me decía: «¿No tenéis miedo?» Y yo imaginaba que me decía: «¡Te amo, querida niña! ¡Te amo! ¡Te amo!» Su mirada lo repetía y su brazo también; la luz y la sombra, el aire y todas las cosas lo repetían también. Recorrimos de este modo el jardín yendo Macha dan-

do pasos cortitos y respirando con pena porque se había cansado. No manifestó que ya era hora de volvernos y me daba pena, pero mucha pena la pobre: «¿Por qué no siente lo mismo que nosotros?—pensé.—¿Por qué todo el mundo no es siempre joven y dichoso? ¡Esta noche se respira juventud y dicha y nosotros con ella!»

Volvimos á casa, pero Sergio tardó aún mucho tiempo en marcharse, y Macha se olvidó de recordarnos que era tarde y nos estuvimos hablando de distintas cosas, bastante fútiles algunas de ellas, sentados unos muy cerca de los otros sin sospechar nosotros mismos lo más mínimo que fuesen las tres de la madrugada. Los gallos habían lanzado al aire su tercer canto, cuando Sergio se marchó. Se despidió de nosotros lo mismo que siempre y sin decir nada de particular; mas yo sabía, sin que pudiese abrigar la menor duda, que á contar desde aquel momento era mío y que no podía perderle y en cuanto reconocí que le amaba se lo conté todo á Macha. Se puso muy conten-

ta y se conmovió tanto que ¡pobre mujer! aquella noche no pudo dormir, y en cuanto á mí permanecí largo tiempo, muchísimo tiempo, paseándome por la terraza, recorriendo el jardín procurando acordarme de las palabras dichas y todos los hechos, volviendo á pasar por los mismos sitios que habíamos recorrido antes. No me acosté en toda la noche, y por la primera vez en mi vida vi la salida del sol y supe lo que era el amanecer. Lo único que entonces me preocupaba era preguntarme por qué no me decía sencillamente que me amaba. ¿Por qué,—pensaba yo,—inventa tal ó cual dificultad, por qué dice que es viejo cuando es tan sencillo y tan apuesto? ¿A qué perder así un tiempo precioso que puede que no vuelva jamás? Que diga que me ama, que lo diga con las palabras propias del caso, que coja mi mano entre las suyas, que incline la cabeza y me diga: «¡Amo!» Que enrojeciendo baje los ojos delante de mí y entonces se lo diré todo. O mejor no le diré nada, le estrecharé entre mis brazos y me echaré á llorar; pero ¿y si me

equivocase? ¿Y si no le amaba? Esa idea acudió de pronto á mi mente y me asusté de mi propio sentimiento que sólo Dios sabe á donde habría podido llevarme y el recuerdo de su confusión y de la mía dentro del cercado de las cerezas, cuando de un salto me coloqué á su lado, me pesaba, oprimiéndome el corazón. Las lágrimas humedecieron mis ojos y recé. Se me ocurrió entonces un pensamiento muy extraño que me produjo un gran alivio é hizo que la esperanza renaciese en mí. Resolví empezar mis ejercicios religiosos y escoger el día de mi natalicio para desposarme y ser su prometida. ¿Cómo y por qué? ¿Cómo podía ocurrir esto? No sabía nada; pero desde aquel momento me figuré que sucedería así. Habíase hecho completamente de día y todos se levantaban cuando me retiré á mi cuarto.



IV

Nos hallábamos en la *Cuaresma de la Asunción* (1) y por esta razón no sorprendió á nadie en casa mi proyecto de empezar desde luego mis ejercicios religiosos. Durante una semana y lejos de sorprenderme, alarmarme ó incomodarme con él, me satisfizo que no se presentase y sólo le esperaba el día de mi cumpleaños. Durante esa misma semana, me

(1) Esa expresión muy vulgar en Rusia, corresponde á los que se llama en los países católicos, hacer un retiro preparatorio ejercicios piadosos y prepararse con examen de conciencia.

levantaba todos los días muy temprano y mientras que enganchaban el coche, sola y recordando el pasado, ó meditando en lo que tenía que tenía que hacer para que al llegar la noche estuviese satisfecha del día y tranquila por no haber cometido faltas, me paseaba por el jardín.

Cuando se adelantaba el coche, subía á él acompañada de Macha ó de una doncella y nos íbamos á la iglesia que distaba unas tres verstas. Al entrar en la iglesia acordábame siempre de que se ruega por aquellos «que entran con santo temor de Dios» y hacía esfuerzos para elevarme hasta ese pensamiento, sobretodo en el momento en que subía los escalones del atrio que estaba cubierto de hierba. Generalmente, á aquellas horas, no había en la iglesia arriba de diez ó doce personas, aldeanos y siervos, que se preparaban para hacer sus ejercicios piadosos y me desvivía para responder con apresurada humildad y en persona me acerqué, y lo consideraba como una hazaña, al cajón de los cirios para coger

algunos de manos de veterano soldado que desempeñaba las funciones de *Starosta* (1) y luego íbame á colocarlos ante las imágenes. A través de la puerta del santuario, veía la sábana del altar que mi madre había bordado y encima de la pintada imagen (2) había dos ángeles, que recuerdo que cuando era niña me parecían inmensos y una paloma rodeada de una dorada aureola que, también en aquella época, me llamaba la atención de una manera extraordinaria. Detrás del coro veía la pila bautismal redonda y grande en la que tantas veces había yo servido de madrina á los hijos de nuestros colonos y siervos y en la que me habían bautizado. Se presentó el anciano presbítero llevando puesta una casulla sacada del paño mortuorio que cubriera el

(1) «Starosta». Cargo semejante al que en las iglesias católicas de las aldeas desempeñan los mayordomos de la obra ó de las cofradías, y es el encargado en Rusia de recoger las limosnas, ofrendas, etc.

(2) La religión cismático-griega, es iconoclasta y no admite en su culto imágenes de talla y si sólo pinturas sobre tabla, piedra, etc., que adoran ó enganzan con pedrería, habiendo algunas imágenes de esta clase que se han hecho célebres, aparte de su mérito artístico, por la riqueza de sus adornos.

ataúd de mi padre y empezó á cantar el oficio con aquella voz, que, allá en lo más remoto de mis recuerdos, encontraba yo que era la misma con que cantara en nuestra casa los fúnebres oficios de la iglesia, en el bautizo de Sonia, en los responsos de mi padre y en los funerales de mi madre. Después oí resonar en el coro aquella otra voz cascada de chantre, voz que tanto conocía. Veía, del mismo modo que viera siempre, á cierta anciana plegada en dos que asistía á todos los oficios, que arremada á la pared y estrechando entre sus manos cruzadas un pañuelo desteñido, miraba fijamente y con los ojos empañados por las lágrimas, una imagen de los cuadros del coro, al mismo tiempo que mascullaba entre su boca desdentada no sé qué oración. No era la sola curiosidad ó únicamente las reminiscencias del recuerdo lo que acercaba á mí todos esos seres, sino que todos se mostraban á mis ojos grandes y santos, todos ellos llenos de un repeto profundo.

Escuchaba con mucha atención todas y ca-

da una de las palabras de la plegaria que leían, procurando poner mis sentimientos de acuerdo con ellas, y si no las comprendía, pedíale mentalmente á Dios que me iluminase ó bien substituía con mis propios rezos aquellos que no entendiera bien. Cuando leían las plegarias de la penitencia, acordábame de mi pasado y aquel pasado de inocente infancia me parecía tan negro con respecto al estado de serenidad en que se hallaba mi alma en aquel momento que, asustada, lloraba en aquellos instantes sobre mi misma. Comprendía al mismo tiempo, sin embargo, que todo me había sido perdonado, y que aún cuando en aquel entonces hubiese tenido muchas más faltas que reprocharme, el arrepentimiento habría sido muchísimo más agradable.

Al terminar el oficio, y en el momento en que el sacerdote pronunciaba las palabras de «la bendición del Señor sea con vosotros», parecíame experimentar instantáneamente en mí un sentimiento de bienestar hasta físico,

del mismo modo que si una corriente de luz y de calor me hubiese de pronto penetrado hasta el corazón. Terminado el oficio, si el sacerdote se acercaba á mí y me preguntaba si tenía que ir á casa á celebrar las vísperas y cuando le daba las gracias emocionándome, lo que pensaba hacer en mi obsequio y le contestaba que yo iría á pie ó en coche.

—De manera que queréis tomaros esa molestia, —me respondía.

Y no sabía qué decirle, temiendo pecar por exceso de orgullo.

Al llegar á la iglesia, mandaba generalmente que se retirase el coche, y si no estaba Macha conmigo, volvíame sola á pie, saludando profunda y humildemente á todos los que encontraba, buscando las ocasiones para favorecerles, dándoles consejos, sacrificándome por ellos, ayudándoles á levantar algún carro volcado, teniendo un niño en brazos ó metiéndome entre el barro para facilitar un paso. Una tarde oí decir al intendente, que estaba hablando con Macha, que un aldeano, un tal Si-

món había ido á pedirle una tabla de pino, para hacer un ataúd para su hija y un rublo en metálico para pagar los funerales y que se lo había facilitado todo.

—Pero ¿tan pobres son?—pregunté.

—Tan pobres, señorita, que no prueban la sal (1)—me contestó el intendente.

Se me oprimió el corazón y al mismo tiempo me regocijé hasta cierto punto de haberme podido enterar de aquello. Hice creer á Macha que me iba de paseo y me subí á mi cuarto, en donde cogí todo el dinero que tenía (que era muy poco, pero que era todo lo que poseía) y saliendo después me marché sola atravesando la terraza y el jardín, encaminándome hacia la aldea para ir á la choza de Simón. Hallábase ésta á un extremo, y sin que nadie me viese me acerqué á la ventana, en la que dejé el dinero, llamando después. Rechinó entonces la puerta, salió alguien que me llamó, pero yo, helada y temblando de miedo, lo mismo que si

(1) «No probar la sal, Vivir sin sal», expresiones populares rusas que se emplean para expresar una gran miseria.

hubiese cometido un crimen, hui corriendo, volviéndome á casa. Preguntóme Macha qué era lo que tenía y que de dónde venía; mas no comprendí completamente lo que me preguntaba, alejándome, y no la respondí. Todo me parecía en aquellos momentos cosa de poca importancia y sin consecuencias. Me encerré en mi habitación y me puse á pasear durante largo rato á lo ancho y á lo largo comprendiendo que el estado en que se hallaba mi ánimo no me permitía hacer nada ni pensar en nada, no siéndome posible darme cuenta de mis propios sentimientos. Figurábame la alegría de toda una familia; las palabras que se habrían escapado de su boca dirigidas á la persona que había dejado allí el dinero, y me daba hasta pena el no habérselo entregado yo misma. Me preguntaba lo que, en aquel caso, habría dicho ó pensado Sergio Mikailovitch, al enterarse de aquello, y gozaba al pensar que no lo sabría jamás. Y experimentaba una alegría tal y hallábame tan penetrada de la imperfección de todos y de la mía propia, me conside-

raba á mí misma y á los otros con tanta dulzura que, en semejantes momentos, la muerte se ofrecía á mí como una visión de dicha. Sonreíame, rezaba lloraba, y entonces amaba á todos los seres que hay en el mundo, y amábame á mí misma con extraño ardor. Leyendo mis libros piadosos y de preces, hallé muchos pasajes del Evangelio, y todo lo que leía de este libro era para mí más y más inteligible; más conmovedora y más sencilla me parecía que era la historia de esa vida divina, más temibles é impenetrables esas profundidades de sentimiento y de pensamiento que descubría á través de aquella lectura. Después de terminada ésta y cuando meditaba acerca de ella, parecíame todo claro y fácil cuando consideraba de nuevo la vida á que me lanzara y recapacitaba acerca de ella. Me pareció imposible no poder vivir bien y tan sencillo amar al prójimo como ser amado por por éste. Todo el mundo, por otra parte, es muy bueno y cariñoso para mí; hasta Sonia, á la que seguía dando lecciones, y que se ha-

bia metamorfoseado por completo, haciendo esfuerzos para comprenderlo todo, procurando dejarme satisfecha y no apenándome. Lo que quería yo ser para los demás trataban los demás de serlo para mí.

Ocupándome enseguida de mis *enemigos*, de los que debía obtener el perdón antes de que llegase el gran día, acordéme únicamente de una señorita de la vecindad, de la que, hacía cosa de un año, hablame yo burlado delante de las personas que se hallaban de visita, y con la que desde entonces no nos tratábamos. Escribíle una carta reconociendo mi falta y pidiéndole perdón por ella. Respondióme solicitando el mío y perdonándome. Al leer aquellas líneas tan sencillas como sentidas, que me parecieron entonces impregnadas de un sentimiento muy profundo y tierno, derramé lágrimas de alegría. Mi criada lloró también cuando la pedí perdón; ¿por qué eran todos tan buenos para mí?—¿Qué habré hecho para merecer tanto cariño?—me preguntaba.

Acordéme involuntariamente de Sergio Mi

kailovitch, y pensé en él; no podía ser de otra manera, y no conté con esa distracción como con una ligereza. Es verdad que no pensé hasta entonces en él como lo hice aquella noche en la que, por vez primera, descubrí que la amaba; pensé en él lo mismo que en mí, asociándolo, á pesar mío, á todas y á cada una de las preocupaciones de mi porvenir. La influencia dominante que su presencia ejerciera en mí, se borraba enteramente en mi imaginación. A la sazón comprendía que era su igual, y desde lo alto del edificio ideal en que me cernía, tenía plena comprensión de él, haciéndose inteligible para mí todo aquello que en tiempos no acertara á explicarme por parecerme extraño. Apreciaba perfectamente entonces aquel pensamiento suyo de que la dicha verdadera consiste en vivir para los demás, y me hallaba completamente de acuerdo con él, pareciéndome que nosotros dos podríamos gozar de una dicha tranquila é ilimitada. Y no imaginaba ni un viaje al extranjero, ni la sociedad ni los esplendores de

ésta, sino una existencia tranquila, vida de familia en el campo, abnegación pésima de la propia voluntad, amor perpetuo del uno para el otro y reconocimiento eterno y absoluto de la dulce y misericordiosa providencia.

Conforme me lo había propuesto hice mis devociones y prácticas religiosas el día de mi cumpleaños y de mi corazón se desbordaba de tal manera la alegría en esos momentos, cuando volví de la iglesia, que experimenté toda clase de temores, temor de la vida, temor de cada sensación, temor de todo lo que podía turbar esa dicha. Apenas nos apeamos de nuestro carruaje al pie de la escalinata, oí resonar en el puentecillo el ruido, tan conocido de todos nosotros, del cabriolé de Sergio Mikailovitch, y poco después vi á éste. Entramos juntos en el salón, me felicitó, y nunca, desde que le conocí, me hallé tan tranquila á su lado ni tan independiente como aquel día. Comprendía que llevaba todo un mundo en mí, mundo enteramente nuevo que él no se explicaba y que le era superior. A su lado no

experimenté la menor agitación. Tal vez puede que, sin embargo, lo que pasaba en mi fuero interno, fuera porque me mostró una dulzura y una delicadeza especial y una religiosa deferencia. Me acerqué al piano, pero Sergio lo cerró guardándose la llave en el bolsillo y diciéndome:

—No distraigáis hoy el espíritu ni echéis á perder el estado de ánimo en que veo en estos momentos, en los que hay en vuestra alma; una música á la que ni aun remotamente se acerca ninguna de las armonías de este mundo.

Mucho le agradecí estas palabras, y al mismo tiempo me desagradó algo el que comprendiese así y con tanta facilidad como claridad, todo lo que, en los dominios de mi alma, sucedía, y que debía ser un secreto para todos.

Después de comer, manifestó que había ido para felicitarme, y al mismo tiempo para despedirse, porque al día siguiente pensaba marcharse á Moscou.

Al pronunciar estas palabras, miró á Macha y en seguida me dirigió una mirada rápida, como si temiese hallar en mi rostro la huella de alguna emoción; pero yo no me presenté como emocionada ni turbada, y ni siquiera le pregunté si sería muy larga su ausencia. Sabía que se expresaría de aquella manera y también que no se marcharía. ¿Cómo lo sabía? No puedo explicarlo, pero me parecía que aquel día memorable sabía todo lo que había sido y todo lo que sería. Hallábame como en uno de esos ensueños venturosos en los que se goza de una especie de visión luminosa que abarca tanto el porvenir como el pasado. Quería Sergio marcharse en cuanto terminase la comida, pero no pudo hacerlo, porque Macha se levantó de la mesa, marchándose á dormir la siesta, y tuvo que esperar á que se despertase para poderla decir adiós.

El sol daba de lleno en el salón y nos salimos á la terraza. Apenas nos instalamos allí, entablé en seguida, y con una calma perfecta la conversación que debía decidir de la suer-

te de mi amor. Empecé, pues, á hablar y, ni antes ni después, sino en el momento preciso en que nos hallamos frente á frente, y no se dijo nada de más sin que se deslizase en la conversación tampoco, nada que fuese contrario al carácter general de la misma, ni que pudiese empezar lo que pensaba decir. Yo misma no acierto á explicarme de donde saqué aquella calma ni la resolución y precisión de mis palabras.

Habriase dicho que no era yo el que hablaba y que un no sé qué independiente de mi voluntad, era lo que me hacía hablar. Estaba sentado enfrente de mí, y habiendo atraído hacia sí una rama de lilas, la arrancó con hojas y todo. Cuando comencé á hablar, soltó la mata y se cubrió el rostro con la mano, y semejante postura podía ser muy bien la de un hombre completamente tranquilo, así como también la de una persona dominada por profunda agitación.

—¿Por qué pensáis marcharos?—empecé á

decir con acento resuelto, y me callé, mirándole fijamente á los ojos.

En el primer momento, no me respondió.

—Un negocio,—dijo al cabo bajando los ojos.

Comprendí que le parecía muy difícil fingir ante una pregunta formulada tan categóricamente.

—Escuchadme,—añadió.—Ya sabéis lo que representa para mí el día en que nos hallamos. Bajo muchos puntos de vista es un gran día. Si os interrogo, no es únicamente para daros una prueba de interés (ya sabéis que me acostumbro á veros y que estimo mucho), sino porque me conviene saberlo. ¿Por qué os marcháis?

—Me es por todo extremo difícil deciros la verdad y daros cuenta del por qué me voy. Durante esta semana pensé mucho en vos y en mí mismo, y decidí que me convenía marcharme... ¿Me comprendéis?... ¿Por qué? Pues si me amáis, no me interroguéis más.

Se enjugó la frente con la mano y con esta misma se cubrió los ojos, añadiendo:

—Esto me es muy penoso, Katia, pero lo comprendéis...

El corazón me empezaba á latir con mucha fuerza en el pecho.

—No puedo comprenderlo,—repliqué,—no puedo, pero vos habladme en nombre de Dios por el día que es hoy, habladme, que lo podré oír todo con mucha calma.

Cambió de postura, me miró y levantó la rama de las lilas.

—Además,—añadió pasado un momento en silencio y con una voz que en vano quería aparentar que era firme,—á pesar de que sea aburrido y casi imposible traducirlo en palabras y me cueste mucho trabajo, intentaré daros explicaciones,—y al acabar de decir estas palabras, frunció el entrecejo lo mismo que si hubiese experimentado un dolor físico.

—Oigamos,—dije.

—Figuraos que hay un señor del que supondremos que se llamaba A, y que estaba

envejecido y cansado de la vida, y una señora B, joven y dichosa, que no sabía aún ni una palabra del mundo ni de la vida. A consecuencia de diversas relaciones de la vida, la quería como á una hija y no temía que ese cariño pudiese cambiar de naturaleza.

Se calló y yo no le interrumpí.

—Pero, — siguió diciendo de pronto con acento breve y resuelto y sin mirarme á la cara,—habíase olvidado de que B era joven, que la vida no era para ella más que un juego, que muy fácilmente podía suceder que él la amase y que B podía divertirse. Se equivocó, y un hermoso día se apercibió de que otro sentimiento, tan pesado de llevar como un remordimiento, se había deslizado en su alma y se asustó. Temió, al ver esto, que sus buenas y antiguas relaciones de amistad sufriesen, y se alejó antes de que tuviesen tiempo para cambiar de naturaleza.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, se pasó otra vez la mano por los ojos

con un ademán de aparente negligencia, y se los tapó.

—¿Y por qué tenía miedo de querer de otra manera?—pregunté en seguida dominando mi emoción y con voz firme, pero, á la cuenta, le pareció frívola porque me replicó con el acento de un hombre ofendido:

—Sois joven y yo no; tal vez os guste jugar y á mí es otra cosa la que me conviene. Lo que os aconsejo es que no os burléis porque os aseguro que eso no sería bueno para mí y para vos un cargo de conciencia. Ahí tenéis lo que dijo A,—añadió;—pero todo eso es un absurdo. Ahora comprenderéis porque me marcho; os suplico que no hablemos más de eso.

—¡Sí, sí, hablemos!—exclamé; y las lágrimas ahogaron mi voz.—¿La amaba ó no?

No me respondió.

—Y si no la amaba ¿por qué se burlaba de ella como de una niña?

—Sí, sí, A fué culpable,—respondió interrumpiéndome;—pero todo concluyó y se separaron como buenos amigos.

—[Eso es horroroso! ¿No tiene otro final?— pregunté asustada de lo que decía.

—Sí, lo hay,—dijo, y descubrió su rostro trastornado mirándome cara á cara.— Hay hasta dos finales distintos; mas, por el amor de Dios, no interrumpais y escuchadme tranquilamente. Dicen unos,—empezó á decir levantándose y sonriendo con expresión triste y dolorida,—que A se volvió loco, que amaba á B con un amor insensato y que se lo dijo... pero que ella se contentó con echarse á reir. Para ella todo aquello no fué más que divertida charla, para él negocio de toda la vida.

Estremecíme y traté de interrumpirle diciéndole que no debía hablar de mí de aquella manera; empero me lo impidió y poniendo su mano sobre la mía:

—Esperad,—añadió con voz temblona.— Otros dicen que tuvo compasión de él y que imaginó [pobrecilla, que no sabía lo que era el mundo! poderle en realidad amar y consentir en ser su esposa. Y él, lo mismo que un insensato, lo creyó, se figuró que su vida toda

empezaba de nuevo; empero ella misma fué la que se apercibió de que le engañaba... No hablemos más de todo esto,—dijo á manera de conclusión y hallándose indudablemente en un estado que no le permitía seguir hablando, y en silencio volvió á colocarse delante de mí.

Decía «no hablemos más» y era evidente que, con todas las fuerzas de su alma esperaba á que yo le dijese una palabra. Quería, en efecto, hablar, y no podía porque había algo que me oprimía el pecho. Le miré y ví que estaba muy pálido y que el labio inferior temblábale. Me dió pena verle así. Hice un esfuerzo y de pronto, consiguiendo romper el silencio que me paralizaba, con voz lenta, concentrada y que, á cada momento temía ver quebrantada, dije:

—Esa historia tiene otro final (me detuve un momento y Sergio no dijo nada) y ese final es que él no la amaba, que hizo mal, pero muy mal, que se figuró tener el derecho y que

Matrimonio—7

se fué é hizo aún más; se mostró orgulloso. No fué por mi parte sino por la vuestra por parte de quien hubo charla, entretenimiento. Desde el primer día os amé, sí, os amé,—repetí, y al decir estas palabras «os amé», mi voz cambió involuntariamente su expresión lenta y concentrada para convertirse en una especie de grito salvaje que me asustó á mi misma.

Estaba delante de mí en pie y muy pálido; su labio temblaba cada vez más y por sus mejillas deslizáronse silenciosas dos lágrimas.

—¡Eso está mal!—exclamé con pena, sintiendo que las ganas de llorar, no saciadas, me ahogaban.—¿Y por qué?—continué poniéndome en pie para alejarme; pero me lo impidió acercándose á mí, y muy pronto su cabeza descansó sobre mis rodillas y sus labios besaron y volvieron á besar mis manos temblonas que humedecía con sus lágrimas.

—¡Dios mío, si lo hubiese sabido!...—murmuró.

—¿Por qué? ¿Por qué?—repetía maquinal-

mente y henchía mi alma una de esas dichas que se desvanecen en seguida, una de esas felicidades de las que no se goza más vez en la vida.

Al cabo de cinco minutos, Sonia echaba á correr en busca de Macha, y después por toda la casa, diciendo á gritos que Katia se iba á casar con Sergio Mikailovitch.



VI

No había razón alguna que nos hiciese diferir nuestra boda y ni Sergio ni yo lo deseábamos. A decir verdad Macha habría deseado poder ir á Moscou para comprar y encargar el equipo de la desposada, y la madre de Sergio pidió á su hijo que, antes de casarse, comprase un coche nuevo y muebles, haciendo además que tapizasen la casa con telas nuevas; solicitamos, sin embargo, los dos, que eso se dejase para más tarde y que el casamiento

se celebrase dos semanas después del día de mi cumpleaños, sin algazara, equipo, convidados, numerosos padrinos, cena de boda, champagne y sin ninguno de esos atributos que parecen esenciales y tradicionales en el acto del casamiento. Me manifestó que su madre estaba descontenta porque en la boda no iba á haber música y sin una avalancha de cajas y sin que en la casa se hubiese renovado y trastornado todo como en la época de su propia boda, en la que se gastaron treinta mil rublos. Contóme además cuantos registros había hecho en todos los armarios y cofres, y cuantas conferencias había celebrado con Marionchka, el ama de gobierno, respecto á ciertos tapices y alfombras, cortinajes y vajillas necesarias, á lo que parece, para nuestra felicidad. Por nuestra parte, Macha hacía lo mismo con mi criada Konzminihna y acerca de esto no consentía bromas; pues creía estar segura de que, cuando Sergio y yo hablásemos de nuestro porvenir, no hacíamos más que decirnos ternezas como cuadra en nues-

tra mútua posición, y se figuraba que la substancia misma de nuestra dicha futura, dependía únicamente del buen corte y de los bordados de mis vestidos, así como del dobladillo y de la cenefa perfectos de nuestras mantele-rías.

Entre Pokrovski y Nikolski todos los días y muchas veces durante el día, se comunicaban misteriosamente ciertas informaciones acerca de como se preparaba todo, y por más que entre mi querida Macha y la madre de Sergio mediasen unas relaciones con las más amistosas apariencias se comprendía estaba latente bajo todo aquello, cierta refinada y hostil diplomacia.

Tatiana Semenovna, que así se llamaba la madre de Sergio, con la que á la sazón había trabado más amplia amistad, era una señora del antiguo regimen, muy rígida y dueña muy severa de su casa.

Sergio no solo la quería por deber como hijo sino además por sentimiento, porque veía

en ella la más tierna, la mejor y la más amable de las mujeres.

Había sido siempre muy buena para todos nosotros y sobre todo para mí y se mostraba muy satisfecha porque su hijo se casaba; pero cuando me convertí en la futura esposa de su hijo, parecíame que deseaba hacerme comprender que aquel podía haber encontrado un partido mucho mejor y que debía yo tenerlo siempre muy presente. Lo comprendí así perfectamente y confieso que era de su misma opinión.

Durante esas dos últimas semanas nos vimos todos los días; venía á comer y permanecía á nuestro lado hasta una hora muy avanzada de la noche. Por más que, con mucha frecuencia, me lo dijo y á mí me constaba perfectamente, que no podía vivir sin mí, nunca pasó á mi lado todo al día y procuraba, en cierta medida, no abandonar el cuidado de mis asuntos. Nuestras relaciones siguieron siendo, hasta que llegó el día en que nos casamos, lo que habían sido hasta entonces; con-

tinuamos empleando el *vos*, tanto el uno como el otro, no me besaba la mano y no sólo no buscaba mi compañía, sino que además evitó siempre las ocasiones de hallarse á solas conmigo como si temiese dejarse arrastrar demasiado por la grande y peligrosa ternura que se encerraba en su corazón.

El tiempo que hizo durante esos días fué muy malo y la mayor parte de ellos los pasamos en el salón, y nuestras entrevistas se verificaban en el rincón formado por el piano y la ventana.

—¿Sabéis que hay una cosa de la que hace mucho tiempo que quiero hablaros?—me dijo un día que nos reunimos muy tarde y nos hallábamos en ese mismo rincón. — Mientras estábais tocando el piano no dejé de acordarme.

—No me digáis nada porque ya lo sé todo, —respondí.

—En efecto, no hablemos más.

—No, al contrario, hablad ¿de qué se trata? preguntó.

—Voy á decíroslo. ¿Os acordáis de cuando os conté la historia de A y de B?

—¡Y cómo no acordarse de una historia tan tonta! Hay que confesar que es una suerte que terminara así.

—A poco más destruyo con mis manos la propia dicha; me salvásteis, pero lo mejor del caso es que entonces mentía y como tengo conciencia quiero decíroslo hoy todo.

—¡Por favor no lo hagáis!

—No temáis nada,—me contestó sonriendo; —y únicamente necesito justificarme. Cuando empecé á hablaros es que quería discutir.

—¿Y por qué discutir? ¿Para qué? Eso es precisamente lo que no hay que hacer nunca.

Se calló mirándome y luego continuó:

—En último resultado todo aquello no era más que un absurdo, lo que os decía entonces. Indudablemente habrá por qué temer y tenía derecho á ello. ¡Recibirlo todo de vos y daros tan poco en cambio! Sois aún una niña, capullo de flor que no se abrió, amáis por vez primera, mientras que yo...

—¡Ah! ¡sí! ¡sí! ¡Decidme la verdad!—exclamé; pero de pronto tuve miedo á lo que iba á contestarme y dije apresuradamente:—No, no me contéis nada.

—¿Qué si he amado antes de ahora? ¿Es eso lo que decís?—dijo adivinando instantáneamente mi pensamiento.—Sí, puedo decíroslo; no he amado jamás... nunca experimenté nada que se pareciese á este sentimiento... ¿Comprendéis ahora cuánto había que reflexionar antes de deciros que os amaba? ¿Qué es lo que os doy? El amor, es verdad...

—¿Y es eso tan poco?—le contesté mirándole á la cara.

—Sí, es muy poco, amiga mía, tratándose de vos que ponéis la juventud y la hermosura. Con mucha frecuencia la felicidad me impide dormir de noche y sin cesar pienso en como vamos á vivir juntos. He vivido mucho, y no obstante, me parece que acabo recientemente de encontrar lo que hace la dicha. Una vida reposada, tranquila, en nuestro apartado rincón, con la posibilidad de hacer bien á

aquellos á quien es posible hacérselo, y que, sin embargo, están tan poco acostumbrados á ello. Después de esto el trabajo, ese trabajo que, como se sabe, produce siempre algún provecho; luego el descanso recreativo del cuerpo y del alma, la Naturaleza, los libros, la música, la afección de alguna persona de la intimidad de uno; he ahí mi dicha, mi felicidad, una elevada dicha cual nunca la soñé. Y por cima de todo esto una amiga tal cual vos sois, tal vez mañana una familia, en una palabra ¡cuánto el hombre puede desear en la tierra!

—Sí,—dije.

—Para mí que ya dejé de ser joven, sí, pero no para vos que aún lo sois,—siguió diciendo.

—No habéis vivido aún; en cualquier otra cosa tal vez hubiéseis podido andar en pos de la dicha, y en esa otra cosa quizás la alcanzarais. Os parece al presente que todo esto es en efecto, la felicidad, porque me amáis.

—No, jamás amé ni deseé otra cosa más que esa reposada vida de familia y precisa-

mente acabáis de decirme aquello mismo que yo pienso.

Se sonrió.

—Sí, sí,—añadí.

—Os parece así, amiga mía, pero todo eso es poco para vos que poseéis la juventud y la hermosura,—repitió meditabundo.

Empezaba, sin embargo, á irritarme al ver que no quería creerme y que, hasta cierto punto, parecía como que me echaba en cara mi hermosura y juventud.

—Vamos á ver, ¿por qué me amáis?—dije con alguna cólera.—¿Por mi juventud ó por mi misma?

—No lo sé, pero amo,—respondióme fijando en mí una mirada observadora y llena de seducción.

No le respondí nada, é involuntariamente le miré á los ojos y de pronto me sucedió una cosa extraña. Dejé de ver lo que me rodeaba y hasta su mismo rostro desapareció ante mí y no ví más que el fulgor de sus ojos delante de los míos; figuróseme luego que esos mismos

ojos penetraban en mí y después todo se hizo confuso, no viendo nada más y teniendo que cerrar á medias los párpados para arrancarme de ese sentimiento mezcla de goce y de temor que produjera en mí aquella mirada.

El tiempo aclaró hacia la tarde de la víspera del día señalado para el casamiento, y después de las lluvias, con las que había empezado el verano, se presentó la primera hermosa tarde del otoño. El cielo estaba sereno, pálido y despejado. Me fui á acostar considerando dichosa al pensar que al día siguiente haría un buen día para la boda. Aquella mañana me desperté con la luz del sol y con la noción ó idea de que era para aquel día... como si eso me atemorizase y admirase... Me fui al jardín. Acababa de salir el sol y resplandecía á través de los tilos del paseo, cuyas ramas amarillentas se balanceaban desprendiéndose de ellas las hojas que cubrían el suelo. En el cielo, despejado y frío, no se podía descubrir ni una sola nube.

Pero ¿es posible que sea para hoy?—me pre-

gunté, no atreviéndome á dar crédito á mi propia dicha.—¿Será posible que mañana no me despierte aquí, sino que amaneceré en esa otra casa de Nikolski con sus columnas y adornos y hasta ahora extraña para mí? ¿Será posible que en adelante no le espere más, que no le salga á su encuentro y que no hable más por la noche con mi querida Macha? ¿Qué no me siente más al piano al lado de él en nuestro salón de Pokrovski? ¿No le acompañaré más y temblando detrás durante la noche obscura? No obstante, acordábame de que la víspera me dijera que aquella noche era la última en que iba á verme, y por otra parte, que Macha me había indicado que tenía que probarme el traje de boda. De manera que había unos momentos en que dudaba y otros en que creía para luego volver otra vez á dudar. Era realmente cierto que aquella misma noche iba á vivir con una suegra, sin ver á Nadina, al anciano Gregorio y sobre todo á Macha, que por la noche no besaría á mi doncella, siguiendo la costumbre de la niñez, después de

persignarme, y que según el uso antiguo me decía: «Buenas noches, señorita.» ¿No daría más lecciones á Sonia? ¿No golpearía en el tabique para que se despertase? ¿No jugaría más con ella? ¿Era posible que fuese aquel día en que tenía que convertirme, por así decirlo, en una extraña á mí misma, y que empezase para mí una nueva vida, realización de mis esperanzas y de mis votos? ¿Y era ha-cedero que esa nueva vida empezase y fuese para siempre?

Esperé con impaciencia á Sergio; tan imposible me era el permanecer á solas con mis pensamientos. Llegó muy temprano, y únicamente cuando estuvo allí, me convencí de una manera evidente de que aquel mismo día iba á ser su esposa, y en esa idea no había nada que me atemorizase.

Antes de comer, fuimos á nuestra iglesia para oír los responsos y preces que debían decirse á la memoria de mi padre.

¿Por qué no estará aún en este mundo!— pensé cuando volvíamos á casa, y silenciosa

me apoyaba en el brazo del hombre que había sido el mejor amigo de aquél cuyo recuerdo llenaba mi mente. Mientras que se rezaban las preces y en los momentos en que tenía apoyada la cabeza sobre las frías losas de la capilla, me representé de tal manera á mi padre, que en verdad creí que su alma me comprendía y bendecía mi elección, y hasta me figuré que en aquellos momentos esa misma alma se cernía sobre nuestras cabezas, reposando su bendición sobre la mía. Y esos recuerdos, esas esperanzas, la dicha y la tristeza, se confundían para mí en un sólo sentimiento solemne y á la par dulce, con el cual se encuadraban aquel aire vivo é inmóvil, aquella calma y desnudez de los campos, aquel cielo pálido y el sol, cuyos rayos brillantes, pero muy débiles, intentaban en vano calentar mis mejillas. Me persuadí de que aquel que me acompañaba comprendía mis pensamientos y participaba de ellos. Andaba con mucha lentitud y en silencio, y en su rostro, que yo observaba de

vez en cuando, revelábase ese intenso estado del alma, que no es ni la alegría ni la tristeza, y que estaba en armonía con la naturaleza y con mi corazón.

De pronto se volvió hacia mí y comprendí que tenía que decirme alguna cosa. ¡Y cómo! ¿Por qué no me había de hablar de lo que ocupaba mi pensamiento? Pero precisamente me habló de mi padre, y sin nombrarlo, me dijo:

—Hubo un día en que, bromeando, profirió:

«¡Te casarás con mi hijita Katia!»

—¡Qué dichoso habría sido hoy!—repliqué apretándome más contra su brazo, que servía de apoyo al mío.

—Sí, érais aún una niña,—siguió diciendo mirándome fijamente á los ojos, que inclinó,—y entonces besaba vuestros ojos y les tenía cariño, porque eran parecidos á los míos y estaba muy distante de figurarme que me fueran tan queridos por sí mismos.

Seguimos andando muy despacio por aquel campestre sendero, apenas trillado, á través

de las matas pisoteadas y tumbadas, y no oímos más ruido que el de nuestros pasos, ni más rumor que el de nuestras voces. El sol esparcía oleadas de una luz desprovista de calor. Cuando hablábamos, resonaban nuestras voces en el seno de aquella atmósfera quieta y se habría dicho que nos hallábamos solos en el seno del mundo entero, bajo aquella bóveda celeste azulada, en la que se quebraban las resplandecientes vibraciones de un sol sin ardor.

Cuando llegamos á su casa encontramos á su madre que se nos había adelantado, lo mismo que aquellas otras personas á las que no habíamos podido por menos de invitar, y no volví á encontrarme á solas con Sergio hasta el momento en que, al salir de la iglesia, subimos al coche para ir á Nikolski. La iglesia estaba casi vacía, y una ojeada me bastó para ver á su madre que estaba en pie sobre una alfombrita colocada cerca del coro, á Macha con su cofia adornada con cintas de seda de color lila y las mejillas humedecidas por las

lágrimas, y á tres ó cuatro fieles que me contemplaban cariñosamente. Escuchaba las peticiones y las repetía de una manera maquinal, pero sin que resonasen en mi alma. No podía rezar y contemplaba estúpidamente las imágenes, los cirios, la cruz bordada de la casulla con que el sacerdote estaba revestido, los cuadros, y no comprendía nada de aquello, diciéndome únicamente que se estaba llevando á cabo alguna cosa extraordinaria que me concernía. En el momento en que el sacerdote se volvió hacia nosotros con la cruz y nos felicitó diciendo que me había bautizado y que Dios permitió que me casara; cuando Macha y la madre de Sergio me besaron: cuando oí la voz de Gregorio que ordenaba que se acerca el coche, me quedé como asombrada y me asusté al pensar que todo había concluido, sin que nada extraordinario ni correspondiente al sacramento que acababa de practicarse se hiciese luz á través de mi alma. Nos besamos los dos, y ese beso me pareció tan singular y tan extraño á nuestros sentimientos íntimos,

que no pude por menos de pensar: «¿no es esto?» Volvimos al enlosado atrio, y el ruido de las ruedas resonó con sonoridad bajo las bóvedas de la iglesia, y un airecillo fresco embalsamó mi rostro mientras que Sergio, con el sombrero bajo el brazo, me ayudaba á tomar asiento en el coche. A través de los cristales de éste ví la luna resplandeciente en su órbita de las noches glaciales. Se sentó á mi lado y cerró tras sí la portezuela. No sé qué cosa me atravesó en aquel momento el corazón, como si la seguridad con que llevaba á cabo aquel tan sencillo acto, me hubiese lastimado. Las ruedas tropezaron en un piedra, y después entraron en un camino más suave y aumentaron la velocidad. Acurrucada en un rincón del coche contemplé los campos que se extendían á lo lejos inundados por la luz y el camino que, al parecer, huía delante de nosotros. Sin mirarle sentía que estaba á mi lado, muy cerca de mí. «¿Y es esto lo que trae consigo ese primer minuto, del que esperaba yo tantas cosas?» —pensé y experimenté una

humillación y como una ofensa al encontrarme sentada así á solas y tan cerca de él. Me volví hacia Sergio con intención de decirle no sé qué; pero mis labios no pudieron articular ninguna palabra, y habríase dicho que no quedaban en mí luchas de la antigua ternura, habiéndola reemplazado aquella otra impresión de ofensa y de temor.

—Hasta hace un momento me costó trabajo creer que esto era posible,—dijo mirándome con ternura.

—Y yo tengo miedo sin saber por qué.

—Miedo, ¿de mí?—me replicó cogiéndome una mano y apoyando en ella la cabeza.

Mi mano descansaba sin vida en la suya, y mi helado corazón dejó dolorosamente de latir.

—Sí,—murmuré.

En aquel mismo momento, empero, mi corazón empezó á latir con más fuerza, tembló mi mano y asió la suya, recobrando otra vez el calor. Mis miradas, en la semi obscuridad que nos rodeaba, buscaron las suyas, y de

pronto comprendí que no me inspiraba miedo, que ese terror era el amor, pero un amor nuevo, aún más tierno y más poderoso que antes. Comprendí que era completamente suya, y me consideré dichosa al verme así en su poder.



VI

Los días, las semanas, dos meses enteros pasados en el campo haciendo una vida muy solitaria se deslizaron sin sentir y así nos lo pareció; pero habríamos tenido bastante con las sensaciones, las emociones y la dicha encerrada en esos dos meses para llenar toda una vida. Mis ensueños y los suyos acerca de la manera de organizar nuestra existencia, no se realizaron tal y conforme los habíamos concebido; mas, sin embargo, la realidad no

estaba por debajo de aquellas aspiraciones. No fué aquella vida de trabajo estricto, llena de deberes, de abnegación y de sacrificios que imaginé cuando me desposé, sino que, por el contrario, fué el sentimiento absorbente egoísta del amor, las alegrías sin causa y sin fin y el olvido de todas las cosas de este mundo. Es cierto que, algunas veces, ibase á su despacho para ocuparse de algún trabajo; que algunas otras marchaba á la ciudad para sus negocios ó al campo para dirigir las labores agrícolas, pero veía que siempre que se alejaba lo hacía con mucha pena, y él mismo me confesaba que allí en donde yo no estaba á su lado todo le parecía tan desprovisto de interés, que le admiraba haberse podido ocupar en algo. Y á mí me sucedía lo mismo. Poníame á leer, á trabajar, ocupándome de música, labores con mi madre política, de las escuelas, pero todo esto lo hacía porque cada una de esas ocupaciones se relacionaba con él y obtenía su aprobación, y en cuanto su pensamiento no se encontraba asociado de una manera ó de otra

cualquiera de esas cosas, caían inertes mis brazos. Sergio era lo único que existía para mí en el mundo, y le tenía por el sér más hermoso y el más puro que en él pudiese existir, así que no podía vivir más que para él y para seguir siendo á sus ojos aquello por lo que tanto me estimaba: sí, porque me tenía también él á mí por la primera y más seductora de las mujeres, dotada de todas las perfecciones posibles, y hacía todos los esfuerzos imaginables para ser para él esa primera y excelente criatura del mundo entero.

Era nuestra casa una de esas antiguas mansiones campestres en la que, estimándose y amándose los unos á los otros, habíanse sucedido muchas generaciones de antepasados. Todo en ella respiraba los buenos y puros recuerdos de la familia que, en cuanto puse los pies en ella, convirtiéronse en seguida en mis propios recuerdos. El arreglo y el orden de aquella casa habíalos dispuesto Tatiana Semenovna á la antigua usanza, no pudiéndose decir que todo era elegante ni bonito, pero

desde la vajilla hasta el mobiliario y los manjares, todo era bueno y abundante al mismo tiempo que limpio, sólido y de tal modo regular, que inspiraba una especie de respeto. Los muebles estaban ordenadamente colocados en el salón, las paredes cubiertas simétricamente de cuadros y el pavimento cubierto con antiguas alfombras, propiedad de la familia, y con telas enceradas, en algunas de las cuales habían pintado paisajes. En un saloncito inmediato veíase un piano de cola, dos chineros de distintas formas, un diván y unos cuadros adornados con incrustaciones de cobre. Mi gabinete, de cuyo adorno había cuidado Tatiana Semenovna, encerraba muebles los más distintos y los más hermosos de diversas épocas, distinguiéndose entre ellos un gran tremol con su espejo que ocupaba todo el hueco de una puerta y que al principio contemplaba con tímida mirada, y al que después quise como á un amigo antiguo. Jamás se oía la voz de Tatiana Semenovna y, sin embargo, en la casa marchaba todo con un orden admirable,

con la regularidad de un reloj bien montado, por más que en ella se albergaba más gente de la que era necesaria para el servicio; todos aquellos criados usaban calzado de suela blanda y sin tacón, porque Tatiana Semenovna sostenía que el crujir de las suelas y el ruido de los tacones eran las cosas más desagradables del mundo, y estaban como orgullosos de su clase, pero temblaban en presencia de la anciana señora, y á mi marido y á mí nos daban pruebas de una benevolencia protectora, al mismo tiempo que cada uno de ellos parecía cumplir su deber con una satisfacción especial. Con perfecta regularidad lavábanse todos los sábados los suelos y se sacudían las alfombras, y los primeros días del mes se cantaba el *Te Deum*, rociándose con agua bendita, y los días de los santos de Tatiana Semenovna y de su hijo (y en el mío, que se celebraba aquel año por primera vez), se daba un banquete á todos los amigos de las cercanías, realizándose todo esto con la misma fijeza que

en los tiempos más remotos de que se acordaba la excelente señora.

No se mezclaba para nada mi marido en el gobierno de la casa, limitándose á ocuparse de la dirección de los trabajos agrícolas y de los que en ellos se empleaban, lo cual le daba bastante qué hacer. Hasta durante el invierno se levantaba muy temprano, de manera que muchas veces, al despertarme, no le veía. Volvía generalmente á la hora del té, que tomábamos solos. Y en aquellos momentos, después de haber terminado los quehaceres y quebraderos de cabeza que le producía la gestión de sus asuntos, se sumía en ese estado de ánimo especialmente jovial á que habíamos dado el nombre de «transporte salvaje». Preguntábale con mucha frecuencia qué era lo que había hecho por la mañana, y solía narrarme tales locuras, que nos desternillábamos de risa... Algunas veces le pedía que me contase las cosas en serio y lo hacía reprimiendo las ganas de reír. En cuanto á mí, contemplaba sus ojos, el movimiento de sus

labios, sin comprender nada, habiéndome divertido viéndole y oyéndole hablar.

—Veamos, ¿qué es lo que he dicho? Repítelo,—me decía,—y yo no podía hacerlo.

Tatiana Semenovna, que tomaba á solas y en su cuarto el té, no se presentaba hasta la hora de comer, y sólo por medio de embajadores nos enviaba los buenos días. Costábame mucho trabajo contenerme y echarme á reír, cuando se presentaba la doncella, con las manos una encima de la otra, y, con tono muy mesurado, preguntaba, de parte de su señora, cómo habíamos pasado la noche y qué nos parecían las pastas que nos sirvieron con el té. Rara era la vez que permanecíamos juntos hasta la hora de comer, pues tocaba el piano ó leía á solas mientras que Sergio escribía ó volvía á salir; pero á la hora de la comida, que era la de las cuatro, bajábamos todos al salón, y mi madre política salía de su cuarto y se presentaban entonces los pobres hidalgillos, los peregrinos, de los que siempre había tres ó cuatro hospedados en casa. Por lo

general, y siguiendo en esto la antigua costumbre, mi marido ofrecía el brazo á su madre para pasar al comedor, pero había exigido que yo me apoyase en el otro. Presidía mamá la comida, y la conversación tomaba en seguida un tono serio, meditativo, que no estaba exento de cierta solemnidad, siendo únicamente las palabras más sencillas las que cambiábamos con mi marido, las que daban un sesgo más alegre á aquel aspecto tan ceremonioso de nuestras sesiones en la mesa. Terminada la comida, sentábase mamá en un gran sillón en el salón y se entretenía en cortar las hojas de los libros que habían llegado por el correo; y en cuanto á nosotros, los leíamos en voz alta ó pasábamos al saloncito inmediato para tocar el piano. Durante ese tiempo, leímos juntos muchas obras, pero, á pesar de eso, era la música nuestra diversión favorita y más preciada, pues cada vez hace vibrar nuevas cuerdas en nuestros corazones, revelándonos el uno al otro bajo un aspecto siempre nuevo. En aquellas ocasiones en que

tocaba una de sus obras favoritas, íbase á sentar á un diván alejado, á un sitio en el cual yo no podía verle, y allí, por una especie de pudor del sentimiento, hacía esfuerzos para ocultar las impresiones que experimentaba con la música, pero con frecuencia, y en los momentos en que menos lo esperaba, abandonaba yo el piano, me acercaba á él y procuraba sorprender en su rostro las huellas de su emoción, el resplandor casi sobrenatural de sus miradas empañadas por la humedad de alguna lágrima que quería ocultarme. Volvíame luego al gran salón para servir el té de la noche, y toda la familia se encontraba reunida de nuevo alrededor de la mesa. Durante largo tiempo me impresionó mucho aquella solemne sesión al lado de la tetera y ante una especie de tribunal al que tenía que distribuir vasos y tazas. Parecíame siempre que no era digna aún de semejantes honores y que era demasiado joven y aturdida para abrir la espita de la gran cafetera, para poner un vaso

en un plato y decir: «Este para Pedro Ivanovitch y este para María Minichna», preguntando al mismo tiempo: «¿Está bastante azucarado?» y después dar unos cuantos terrones de azúcar á la anciana criada y á los otros criados viejos. «¡Está muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Lo mismo que una persona mayor!» solía decir mi marido, y esto contribuía á intimidarme más y más.

Después del té, mamá mandaba disponer una mesilla y hacía que María Minichna la echase las cartas, y más tarde nos besaba á los dos, bendiciéndonos, y nos retirábamos á nuestras habitaciones. La mayor parte del tiempo, sin embargo, prolongábamos la velada á solas hasta más de las doce y éstas eran las horas mejores y más agradables para nosotros. Me contaba su pasado, hacíamos planes, algunas veces filosofábamos y procurábamos decirnos lo que pensábamos, todo sin ruido para que nadie nos oyese. Tanto él como yo, puede decirse que vivíamos como extraños en aquella vetusta mansión, sobre la que parecía

cernerse el espíritu severo del tiempo pasado y de Tatiana Semenovna.

No era esta sola la que me inspiraba respeto, sino además todas aquellas gentes, los criados ancianos, los muebles y los cuadros, teniendo al mismo tiempo conciencia de que mi marido y yo no ocupábamos nuestro sitio y que nos era preciso vivir con mucha circunspección. Tanto como hoy lo recuerdo me parece que, lo mismo á Sergio que á mí nos costaba trabajo soportar aquel orden tan severo y aquel prodigioso número de gentes ociosas y curiosas como había en nuestra casa; pero esa misma especie de opresión contribuía á vivificar nuestro mutuo amor. No sólo yo, sino también Sergio, hacíamos todo lo posible para no revelar nuestro disgusto si veíamos algo que nos desagradase. Algunas veces esa calma y esa indulgencia y esa especie de indiferencia, hacía todas aquellas cosas que me irritaban y esa conducta tildábala yo de debilidad.

—¡Ah! ¿Acaso, querida Katia.—me respon-

dió una vez que le manifesté mi aburrimiento, —es posible que pueda manifestar descontento, sea quien quiera el que lo experimente, cuando se es tan feliz como lo somos nosotros? Es mucho más fácil ceder á los otros que hacerlos plegar á nuestros caprichos, y esa es una cosa de que hace mucho tiempo que estoy convencido y también de que no hay en este mundo posición alguna en la que no se pueda ser feliz; ¡todo va tan bien para nosotros! No sé cómo hacer para enfadarme, pues hoy, para mí no hay nada que sea malo; no hay más que cosas tristes y extrañas; pero por cima de todo *lo mejor es enemigo de lo bueno*. ¡Querrás creer que, cuando oigo la campanilla, recibo una carta ó sencillamente al despertarme, tengo miedo, sí, se apodera de mí el miedo de esa obligación de vivir, el miedo de que cambie alguna cosa porque no encontraré nada que valga tanto como el momento presente!

Lo creía, pero no lo comprendía; me encontraba bien y se me figuraba que todo aquello

era como debía ser, no pudiendo ser de otro modo y que así era para todos y que en alguna parte debía haber otras dichas, no mucho más grandes, pero sí distintas.

Fué de este modo como transcurrieron dos meses, sucediéndoles el invierno con sus fríos y sus borrascas, y por más que Sergio estuviese á mi lado, empecé á creermelo muy sola; comprendía que la vida no hacía más que repetirse, que no ofrecía nada nuevo ni para mí ni para él, sino al contrario, parecía que volvíamos sin cesar sobre nuestros propios pasos. Empezó á ocuparse más y más de sus asuntos apartándose más de mí que en lo pasado, y se me figuró otra vez que existía en él, allá en el fondo de su alma, un mundo reservado en el que no quería admitirme, irritándome su inalterable serenidad. No le quería menos que antes, no me consideraba menos dichosa que en tiempos anteriores, pero mi amor se había estacionado y no crecía más y que, fuera del amor, no sé que sentimiento nuevo, lleno de turbación, se deslizaba en mi corazón.

Era muy poco para mí el seguir amando después de haber experimentado la dicha inefable y grande de amarle una primera vez, pues necesitaba agitación, peligro y hasta el sacrificio de mí misma en el orden de los sentimientos. Había en mí una exuberancia de fuerzas que no encontraban su empleo en nuestra existencia tranquila; tenía momentos de tristeza, que procuraba ocultarle como si fuesen una cosa mala y arranques de ternura furiosa y de alegría que no hacían más que asustarle. Como antaño seguía estudiando las disposiciones de mi espíritu y llegó un día en que me propuso que marcháramos á la ciudad; mas yo le supliqué que no fuésemos y que no cambiásemos en nada nuestra vida por temor á no tocar la dicha de que gozábamos. Y, en realidad, era yo feliz, pero me atormentaba el ver que esa dicha no llevaba consigo ningún trabajo ni sacrificio cuando estaba íntimamente convencida de que languidecían en mí todas las fuerzas del sacrificio y del trabajo. Le amaba, veía que lo era

todo para él; pero experimentaba deseos vivísimos de que todos viviesen nuestro amor, que me quisiesen impedir que le amase y amarle á pesar de todo y de todos. Mi espíritu, y hasta mis sentidos encontraban allí su campo de acción; pero había siempre un *sin embargo*, el sentimiento de la juventud, cierta necesidad de movimiento que no encontraba satisfacción posible en nuestra vida tranquila. ¿Por qué me decía que podíamos ir á la capital tan luego como se me antojase? Si no me lo hubiese dicho tal vez habría comprendido que aquel sentimiento, que me oprimía, era una quimera perniciosa, una falta de la que era culpable. El creer que podía librarme del aburrimiento no más que marchando á la capital, hacía no obstante, que algunas veces acudiese á mi mente esa idea, y por otra parte, como aquéllo equivalía á arrancarle á todo lo que amaba, sentía como vergüenza y al mismo tiempo me apenaba que tuviese que hacerlo por mí.

El tiempo seguía su marcha y la nieve se

amontonaba cada vez más contra las paredes de la casa y nosotros seguíamos viviendo solos, enteramente solos y siempre el uno enfrente del otro mientras que allá abajo... lejos... no sabía en donde, la muchedumbre se agitaba y bullía en medio de la agitación y el barullo, sufriendo ó divirtiéndose sin acordarse de nosotros ó de nuestra existencia como desaparecida. Era para mí lo peor de todo el comprender que cada día la cadena de la costumbre nos embutía en un molde preciso y que hasta nuestros propios sentimientos iban á entrar en esa misma servidumbre y someterse á la ley monótona é impasible del tiempo: estar alegres por la mañana, manifestarse respetuosos á la hora de comer y tener momentos de ternura. ¡Hacer bien! me decía; esto es cosa maravillosa, hacer bien y vivir honradamente, como lo dice él, para eso tenemos aún tiempo; pero había otras muchas cosas para las cuales, á la sazón únicamente me sentía con fuerzas. No era esto que me faltase, sino que lo que echaba de menos era

la lucha y el que fuese el sentimiento el que nos sirviese de guía en la vida y no que la vida dirigiese nuestros sentimientos. Habría deseado entonces acercarme con él al abismo y decirle: un paso más y me tiro, un movimiento y perezco, y que él entonces, palideciendo al verme al borde del abismo me cogiese con su mano nerviosa teniéndome suspendida al aire de tal manera, que mi corazón se sintiese helado y que después me hubiese llevado á donde se le antojara.

Este estado de mi ánimo influyó, y mucho, hasta en el de mi salud y empezaron á resentirse los nervios. Una mañana, en que yo me encontraba peor que de costumbre, volvió Sergio á casa de muy mal humor, cosa que á él le sucedía raras veces. Me llamó esto la atención; le pregunté lo que le sucedía, y no me lo quiso decir, manifestando que no valía la pena. Más tarde pude averiguar que el ispravnik (1) había citado á varios de nuestros colonos exigiéndoles alguna cosa ilegal, pues

(1) Magistrado encargado de la policía del distrito.

tenía mala voluntad á mi marido, al que envió además algún mensaje amenazador. A Sergio le desagradó mucho aquel procedimiento, y como en el fondo todo era ridículo y lamentable, no quiso hablar á nadie del asunto. Se me figuró, sin embargo, que si no me había querido decir nada era porque me consideraba como á una niña que no podía, en su concepto, entender de lo que se trataba. Me alejé en silencio sin decir ni una palabra mientras que él se marchaba á su despacho cuya puerta cerró tras sí. En cuanto dejé de oírle me senté en un diván sintiendo grandes deseos de echarme á llorar. ¿Por qué, me pregunté, persiste en humillarme con esa calma solemne y en querer siempre tener razón delante de mí? ¿Es que no tengo yo también razón cuando me aburro, sobre todo cuando siento el vacío y quiero vivir, moverme, no permanecer todos los días en el mismo sitio y no ver que el tiempo pasa sin que yo le siga en su marcha? Quiero ir adelante, cada día, cada hora; quiero cosas nuevas, mientras que

Sergio quiere permanecer estacionario teniéndome á su lado; ¡y no obstante, cuán fácil le sería contentarme! Para lograrlo no necesitaba llevarme á la capital; se necesitaba únicamente que fuese como yo, que no tratase de dominarse quebrantando con sus esfuerzos sus propios sentimientos, en una palabra, y sencillamente; que viviese. Esto era lo que él me aconsejaba y, sin embargo, no parecía él tan sencillo. Sentía que las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos y que mi irritación contra él iba en aumento. Tuve miedo de esa cólera y fuíme á buscarle. Estaba sentado en su despacho y escribiendo. Al oír el ruido de mis pasos se volvió un momento para mirarme con aire tranquilo é indiferente y siguió escribiendo. Aquella mirada me desagradó más que nada y en vez de acercarme á él me quedé al lado de la mesa en que escribía y cogiendo un libro empecé á leer. Se volvió entonces por segunda vez y me miró.

—Hoy no estás en tu centro, Katia,—me dijo.

Contesté sólo con una mirada muy fría que quería decir: «¡Vaya una observación! ¿De dónde sale tanta amabilidad?» Meneó la cabeza y tímida, tiernamente me sonrió; mas, por primera vez, mi sonrisa no respondió á la suya.

—¿Qué te ha pasado esta mañana? ¿Porqué no me dijistes nada?—pregunté.

—Nada, una cosa que no vale la pena,—me respondió.—Ahora ya puedo contártelo. Dos mozos de labranza fueron á la ciudad...

Le interrumpí sin darle tiempo para concluir.

—¿Y por qué no me lo contastes cuando te lo pedí?

—Por qué te habría dicho alguna tontería; tan incomodado estaba.

—Pues era en aquel momento cuando precisamente convenía hacerlo.

—¿Y porqué razón?

—¿Es que te crees que nunca podré ayudarte en nada?

—¿Qué yo pienso eso?—respondió tirando

la pluma.—Lo que pienso es que no podría vivir sin tí. En todas las cosas, absolutamente en todas, no sólo eres una ayuda para mí, sino que además es por tí por quien todo se hace. En verdad que llegaste á punto,—añadió echándose á reír.—Es por tí por quien únicamente vivo yo y se me figura que nada está bien cuando no te hallas tú delante, porque has de saber...

—Sí, ya lo sé, porque soy una chiquilla caprichosa á la que hay que tranquilizar,—dije con un tono tal que se me quedó mirando con mucha sorpresa.—¡No quiero más; tanta tranquilidad me sobra!

—Entonces escúchame y te enterarás de lo que se trata,—empezó á decir con mucha precipitación é interrumpiéndome como si tuviese miedo de darme tiempo para decirlo todo.—Veamos, ¿qué es lo que piensas?

—Ahora no quiero decirlo,—respondí y por más que era para mí muy agradable el oírle en aquel instante, gocé perturbando su tranquilidad.—No quiero jugar con los goces de

la vida,—añadí,—lo que deseo es vivir; lo mismo que tú. Su rostro en cuyos rasgos se revelaban todos los efectos con tanta rapidez y viveza, dejó traslucir un sufrimiento y una atención poderosamente excitadas.

—Quiero vivir contigo con perfecta igualdad... No pude empero continuar, porque observé que su rostro adquiría una expresión de profundo dolor. Por un momento se calló.

—¿Y en qué no vives bajo un pie de absoluta igualdad conmigo?—me dijo.—Es á mí y no á tí á quien concierne ese malhadado asunto del ispravnik y de los mozos de la branza borrachos...

—Sí, pero no se trata sólo de ese caso,—repliqué.

—¡Por el amor de Dios haz por comprenderme, amiga mía!—siguió diciendo.—Sí; y me consta que los quebraderos de cabeza son siempre una cosa dolorosa para nosotros; he vivido mucho, tengo más años que tú y lo aprendí á mi costa. Te amo y por consiguiente quisiera libertarte de toda cavilación. Hé

ahí cuales son: mi vida y mi amor para tí y como esto es así no me impidas que viva.

—Siempre tienes razón,—contesté sin mirarle porque me molestaba una vez más que su alma estuviese serena y tranquila, cuando la mía estaba llena de despecho y de un sentimiento que se parecía en algo al arrepentimiento.

—Pero, Katia, ¿qué es lo que tienes?—me dijo.—No se trata aquí de saber cual de los dos tiene razón, sino de otra cosa ¿qué es lo que tienes en contra mía? No me lo digas en seguida, reflexiona y luego me dirás todo lo que piensas. Estás descontenta de mí y sin duda tendrás razón; pero explícate y sepamos en que soy culpable.

Mas ¿cómo era posible que pudiese decirle todo lo que sentía en el fondo del alma? La idea de que una sola mirada le había bastado para comprenderme y que me encontraba delante de él otra vez como una chiquilla; la idea de que no podía hacer nada sin que lo

comprendiese ó previese, me torturaba más que nunca.

—No puedo decir nada en contra tuya,—respondí,—y lo único que hay es que me aburro mucho y no quisiera aburrirme; pero dime que es necesario que esto suceda así y una vez más tendrás razón.

Al mismo tiempo que decía estas palabras le miraba habiendo logrado lo que me proponía. Desapareció su serenidad y el terror y sufrimiento se revelaban en su rostro.

—No es jugar ni charlar insustancialmente lo que hacemos en este momento, Katia, sino que en este momento se decide nuestro destino,—me dijo con voz conmovida y trémula.—Te suplico que no digas nada y que me escuches: ¿por qué quieres atormentarme de ese modo?

Le interrumpí diciendo con mucha frialdad como si no fuese yo misma y un genio malo inspirase mis palabras.

—No me digas nada; tienes razón.

—¡Si tú supieses lo que estás haciendo!—exclamó con voz ahogada.

Me eché á llorar y sentí mi corazón como aliviado. Habíase sentado á mi lado sin decir nada y le tuve compasión, avergonzándome de mi misma por la pena que le causaba. No le miré y se me figuró que debía contemplarme en aquellos momentos con una mirada ó severa ó perpleja. Me volví para verle y observé que su mirada, cariñosa y tierna, se fijaba en mí como si me pidiese perdón. Le cogí la mano diciéndole:

—¡Perdóname, porque ni siquiera sabía lo que me decía!

—Pero yo sí lo sabía lo que tú decías y sé que decías la verdad.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Qué es necesario que nos vayamos á San Petersburgo,—me contestó,—pues ahora no hay nada que hacer aquí.

—Cómo quieras.

—¿Me perdonas?—me preguntó cogiéndome

entre sus brazos y besándome.—Fui culpable contigo...

Aquella velada toqué durante largo rato el piano, mientras que Sergio se paseaba por el salón murmurando entre dientes y en voz muy baja algunas palabras. Tenía esa costumbre y con frecuencia le preguntaba que era lo que decía, y sin dejar su cavilación, me repetía aquello mismo que mascullara antes. La mayor parte de las veces eran versos, otras algún absurdo, pero ese mismo absurdo me revelaba cuál era el estado de su alma.

—¿Qué es lo que estás murmurando ahí?— le pregunté aquella noche.

Se paró, se quedó pensativo y sin dejar de sonreír me respondió recitando unas palabras de Lermontoff:

¡Insensato, invocaba la tempestad cual si en la tempestad pudiese reinar la paz!

—¡Es más que un hombre!—pensé.—¡Cómo adivina todas las cosas! ¡Es imposible no amarle!

Me levanté, y cogiéndole la mano empecé á

andar á su lado, procurando llevar el mismo paso.

—¡Y bien!—exclamó sonriendo y mirándome.

—¡Y bien!—repetí, y no sé qué arranque de nuestras almas nos hizo arrojar uno en brazos del otro.

Al cabo de dos semanas, y antes de las fiestas, llegamos á San Petersburgo.



VII

Todo pasó como un sueño ante mis ojos, lo mismo el viaje á San Petersburgo, después de permanecer una semana en Moscou, que las visitas que hicimos á sus parientes y á los míos, la instalación de una nueva casa, el viaje, el cambio de vida y el conocimiento de nuevas caras. Era todo ello tan variado, tan nuevo, tan alegre y lo animaba tanto para mí su amor y su presencia, que la vida tranquila del campo se me presentó en aquellos momen-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1475 MONTERREY MEXICO

tos á mis ojos como una cosa que se veía allá á lo lejos en lontananza; como una especie de vacío. Con gran asombro de mi parte observé que, en vez de aquel orgullo mundano, de aquella frialdad que, sin conocerlos, me inspiraban temores al tratarse de ciertas personas, todas éstas me recibieron con una afabilidad tan llena de naturalidad (y no fueron los parientes sólo, sino hasta los desconocidos) que se me figuraba que no pensaban más que en mí y que todos me habían esperado encontrando placer en ello. Al mismo tiempo, y contra lo que esperaba, en algunos círculos sociales, y hasta entre aquellos que tenía por más distinguidos, descubrí que mi marido estaba muy bien relacionado y tenía amistades de las que jamás me había hablado, y con mucha frecuencia me parecía extraño y hasta desagradable oírle formar juicios y emitir opiniones muy severas acerca de algunas personas á las que yo creía muy buenas. No acertaba á explicarme por qué las trataba con tanta severidad y desvío, ni por qué procura-

ba evitar relaciones que á mí me parecían muy halagüeñas para nosotros. Creía que cuantas más personas decentes se conocía era mejor, y para mí todas lo eran.

—Veamos antes cómo vamos á arreglar algunas cosas,—me dijo un día poco antes de abandonar nuestros campos,—aquí somos unos Cresos en pequeño y allá abajo estaremos muy distantes de ser ricos, así es, que os conviene permanecer en la capital aunque no sea más que hasta las Pascuas y no frecuentar mucho la sociedad, porque de no hacerlo así, nos veríamos en algún apuro, y yo no habría querido para tí...

—¿Y para qué frecuentar las reuniones?—le respondí.—Basta con que vayamos á los teatros, á visitar á nuestros parientes, á oír óperas y buena música, y de ese modo antes de Pascua podremos estar de regreso.

Apenas llegamos á San Petersburgo, cuando todos esos buenos propósitos quedaron relegados al olvido al verme lanzada de pronto en un mundo completamente nuevo, tan ven-

turoso, al disfrutar de tantos placeres como me rodeaban, así como al ser tantos objetos de un interés para mí hasta entonces desconocidos como se me ofrecían. Y así que de un solo salto, y hasta sin tener conciencia de ello, negué todo mi pasado y eché por tierra todos los planes que ese mismo pasado hiciera nacer. Esto no había sido en verdad, hasta allí, más que una broma, y en cuanto á la vida misma, no había empezado aún; pero en cuanto á la verdadera, era aquella. ¿Y que será en el porvenir,—me preguntaba.—Los quebraderos de cabeza, los comienzos del aburrimiento que me perseguían en el campo, desaparecieron de pronto y como por encanto. El amor que profesaba á mi marido se hizo más tranquilo; y por otra parte, en aquel nuevo ambiente en que me movía, no se me ocurrió nunca la idea de que me pudiese amar menos. Y, en efecto, no podía dudar de ese amor, por que en el acto comprendía todos y cada uno de mis pensamientos, participaba de mis sentimientos y realizaba mis deseos. Habíase des-

vanecido allí su inalterable serenidad, ó bien era de tal naturaleza, que no me causaba los mismos enojos. Comprendía que al lado del antiguo amor, que nunca dejó de profesarme, experimentaba á mi lado otro encanto. Con frecuencia, después de marcharse una visita, después de hacer algún nuevo conocimiento ó al terminar una reunión, temiendo en mi fuero interno haber cometido alguna indiscreción ó falta al desempeñar mi papel de dueña de la casa, solía decirme:

—¡Vamos! ¡Muy bien! ¡bravo! ¡Ten valor, que esto marcha muy bien!

Estaba asombrada de lo que veía y oía.

Al poco tiempo de llegar, escribió á su madre, y cuando me invitó á que añadiera algunas líneas, no quiso dejarme ver lo que enviaba á decir; lo que quise, naturalmente, averiguar y leí lo siguiente: «No reconoceriais á Katia,—había escrito,—y ni yo mismo la conozco. ¿En dónde adquirió esa encantadora y graciosa seguridad, *esa afabilidad*, hasta ese trato social y ese aire tan amable? Y todo esto

lo hace tan sencillamente, con tanta gentileza como bondad. A todo el mundo admira y encanta, y en cuanto á mí no me canso de admirarla y, á ser esto posible, creo que la amaría aún mucho más.

«¡He aquí lo que soy!» pensé y esto me produjo tanta alegría y me hizo tanto bien que me pareció que la amaba aún más. El éxito que logré ante todos nuestros conocidos fué una cosa absolutamente inesperada para mí. En unos lados me decían que había agrado mucho á mi tío; en otros, que era mi tía la que no sabía donde ponerme; alguno me decía que no había mujer que me igualase en San Petersburgo y alguien llegó á asegurar que no dependía más que de mí el ser la señora más buscada y apreciada en la sociedad. Entre las personas que más me halagaban descollaba una prima de mi marido, la princesa X***, mujer del gran mundo, que no era muy joven y que habiéndome hecho simpática de pronto para ella, me prodigó los cumplimientos más halagüeños y los más apropósito para trastor-

narme la cabeza. Cuando, por vez primera, aquella pariente me propuso que fuese á un baile y manifestó su deseo á mi esposo, éste se volvió hacia mí sonriendo imperceptiblemente, no sin malicia y me preguntó si quería ir. Incliné la cabeza haciendo un signo de asentimiento y me puse muy encarnada.

—Se diría que se trata de una criminal que confiesa que es aquello que codiciabas—observó echándose á reír bondadosamente.

—Me dijistes que no nos convenía frecuentar mucho la sociedad y que no te gustaría,—repliqué sonriendo también y dirigiéndole una mirada suplicante.

—Si realmente lo deseas, iremos.

—Vale más que no vayamos.

—Pero ¿qué es de veras que tienes ganas de ir?—repitió y no le contesté.

—Frecuentar la sociedad no es en sí un gran mal,—siguió diciendo;—lo que es malo, ó malo son las aspiraciones mundanas no satisfechas. Indudablemente conviene que vayamos é iremos,—añadió sin vacilar nada.

—Si te he decir la verdad, confieso que realmente tengo grandísimo deseo de ir á ese baile.

Fuimos al baile y el placer que experimenté excedió en mucho á cuanto había esperado. En el baile, más que en ninguna otra parte, me pareció que yo era el centro al rededor del que se movía todo; que solo por mí se había iluminado aquel salón, tocaba la música y congregaba toda aquella concurrencia que se extasiaba en mi presencia. Todos, empezando por el peluquero y la doncella que estaban en el tocador, hasta los bailarines y hasta los más ancianos que se paseaban por los salones, figurábaseme que me decían, ó que, al menos, me lo daban á entender, que estaban locos por mí. La impresión general que produje en ese baile, y que más tarde me comunicó mi prima, se resumía diciendo que no me asemejaba en nada á las demás mujeres y que se veía en mí algo especial, peculiar mío, que recordaba la sencillez y el encanto del campo. Semejante éxito me envaneció de tal manera, que confesé

con toda franqueza á mi marido cuánto deseaba asistir, en lo que quedaba de invierno, á dos ó tres bailes más, «y esto, añadí, hablando un poco contra mi conciencia, con objeto de hartarme de una vez.»

Con muy buena voluntad accedió á ello mi marido, y hasta me acompañó, al principio con alegría, muy satisfecho con mis éxitos y olvidando completamente, al menos así lo parecía, y no haciendo caso de lo que en otro tiempo estableciera en principio. Más adelante empezó á aburrirse y á cansarse de la clase de vida que llevábamos; pero esto no era, sin embargo, bastante claro á mis ojos, porque, si bien notaba la grave mirada que me dirigía algunas veces, no comprendíase el significado que tenía. De tal manera me desvanecía aquel amor que imaginaba yo haber despertado de pronto en tantos extraños; de tal modo me embelesaba aquel perfume de elegancia, de placer y de novedad, que aspiraba allí por primera vez, que la influencia moral de mi marido, que hasta entonces me había como aplas-

tado, se desvaneció de pronto; me agradaba tanto y tanto, no sólo caminar en este mundo á la par de él, sino hasta sentirme colocada más elevada que él para en seguida amarle con más fuerza é independencia que antes, que no acertaba á comprender que fuese con poca satisfacción como Sergio me veía gozar de aquella vida mundana.

Experimentaba en mi fuero interno nuevos sentimientos de orgullo y de íntima satisfacción, cuando al entrar en un baile observaba que todas las miradas se fijaban en mí, y que mi marido, como si tuviese cargo de conciencia al hacer gala de sus derechos de posesión sobre mi persona, se apresuraba á abandonarme y se confundía entre los grupos formados por los fracs negros. «¡Espera!»—pensaba yo con frecuencia buscando con la mirada en el fondo del salón su rostro casi desapercibido y á veces semi enojado,—espera, que cuando volvamos á casa, ya te diré y verás por quién quise aparecer tan bella y elegante, y sabrás á quien amo por cima de todos cuantos me ro-

deaban esta noche.» Y, lo digo sinceramente, me parecía que mis éxitos me regocijaban por él, y también porque me permitían sacrificarlos á él solo. Una sola cosa. pensaba, podía ofrecerme peligros en aquella vida mundana; ese peligro consistía en que uno de los que trataba en las reuniones y bailes, se prendase de mí, y que Sergio tuviese entonces celos; pero ara tanta la confianza que tenía en mí, parecía tan tranquilo é indiferente, y todos aquellos jóvenes me parecían, comparándolos con él, otras tantas nulidades, que ese peligro, el único que, á mi modo de ver, podría ofrecerme aquella vida mandana, no me asustaba en modo alguno. Y, á pesar de todo, producíame una satisfacción tan grande y de amor propio que hacía que encontrase que en el mismo amor que profesaba á mi marido se encerraba bastante mérito, al mismo tiempo que daba á mis relaciones con él seguridad más grande y algo como más libertad para hacer ó dejar de hacer.

—Observé que conversabas de una manera

muy afectuosa con NN,—le dije una madrugada al volver de un baile, amenazándole con el dedo y nombrándole á una de las señoras más conocidas de San Petersburgo, con la que, en efecto, había estado hablando aquella noche. Quería molestarle un poco, porque, precisamente en aquel instante, estaba muy callado y como meditabundo y enojado.

—¡Ah! ¿Y por qué me dices semejante cosa? ¿Y qué es lo que dices, Katia!—exclamó apretando los labios y frunciendo el entrecejo lo mismo que si en aquel momento sufriese un fuerte dolor físico.—Eso no está bien por tu parte y tratándose de mí. Deja esas conversaciones para otras personas y no para nosotros, pues podría alterar completamente la buena inteligencia tan necesaria, y confío en que ésta volverá á ser lo que antes.

Estas palabras me confundieron y me quedé silenciosa.

—¿Volverá á aparecer? ¿Qué te parece Katia, á tí?—me preguntó.

—No se alteró esa buena inteligencia ni se

alterará jamás,—dije, y efectivamente, entonces estaba convencida de que era así.

—¡Que Dios lo haga!—añadió.—Ahora ya es tiempo de que volvamos á casa.

Fue esta, sin embargo, la única vez que me habló así, y el resto del tiempo me pareció que todo marchaba tan bien para él como para mí; ¡y yo estaba tan alegre! ¡tan satisfecho! Si alguna vez Sergio llegaba á aburrirse ó cansarse, pronto me consolaba pensando que durante mucho tiempo, y por complacerle, me había yo aburrido en el campo; y si nuestras relaciones habían sufrido algún cambio, figurábaseme que recobrarían su encanto cuando al llegar al verano nos encontrásemos á solas en nuestra casa de Nikolski. De ese modo pasó todo el invierno, sin que yo me diese cuenta de ello y, no obstante todos los planes formados, permanecíamos en San Peterburgo durante las Pascuas. El domingo siguiente, cuando íbamos á emprender el viaje, todo estaba empaquetado, y mi marido, que había termi-

nado la compra de todos los regalos, flores y cuanto nos hacía falta en el campo, se mostró en estado de ánimo más favorable, parecía más amable y alegre. En eso estábamos cuando se presentó inopinadamente nuestra prima á visitarnos y á pedirnos que aplazásemos nuestro viaje hasta el sábado, con objeto de poder asistir á un té que daba la condesa R***, Me dijo que ésta me había invitado varias veces y que el príncipe M***, que á la sazón se halla en San Petersburgo, había manifestado en uno de los últimos bailes que tenía grandes deseos de conocerme, y que con ese objeto asistiría al té, y que decía en todas partes que yo era la mujer más linda de Rusia. Al té debía asistir lo más importante y conocido de la capital, pero la reunión estaría incompleta si yo no concurría. Mi marido, entre tanto, se hallaba al otro extremo del salón hablando con no sé quién.

—De manera, que supongo que contamos con vos, Katia,—me dijo mi prima.

—Queríamos marcharnos pasado mañana al

campo,—respondí vacilando y mirando hacia donde estaba mi marido, y al cruzarse sus miradas con las mías, se volvió con mucha viveza.

—Le convenceré para que os quedéis,—siguió diciendo mi prima,—y el sábado iremos á hacer que se enloquezcan las cabezas, ¿no es así?

—Eso trastorna nuestros planes, porque ya lo tenemos todo recogido,—respondí empezando á convencerme.

—Sería mucho mejor que aquella misma noche fuese Katia á hacer su reverencia al príncipe,—dijo entonces mi marido desde el otro extremo de la sala y con un acento tan irritado y tan categórico como no lo había oído nunca.

—¡Vamos! Parece que se vuelve celoso; pues es la primera vez que le veo así,—observó mi prima con alguna ironía.—No se trata sólo del príncipe, querido Sergio, sino de todos nosotros, y en ese concepto es como la invita la condesa de R***.

—Eso depende de mi esposa,—respondió Sergio con mucha frialdad, y se marchó.

Pude observar que parecía más agitado que de costumbre. y esto me apenó y no di ninguna contestación á mi prima. En cuanto ésta se marchó fuíme en busca de mi marido, al que encontré paseando por la habitación. y dando vueltas en todos sentidos. No me vió ni me oyó porque entré andando de puntillas. «A la cuenta se acuerda de su querida casa de Nikolski»,—me dije contemplándole, «y se figura en su imaginación el café de la mañana en el salón inundado de luz, sus campos, sus mozos de labranza y la velada en el saloncito seguida de la cena. Daría todos los bailes del universo, añadiré decididamente, y todos los elogios de los príncipes del mundo por volver á recobrar su animación y dulces caricias.» Quería decirle que no pensaba asistir á aquel té y que no tenía deseos de semejante casa, cuando de pronto se volvió. Al verme frunció el entrecejo y la mirada de agradable ensimismamiento que tenía cambió de repente y por comple-

to. De nuevo aparecieron en su rostro las huellas de una sagacidad llena de penetración y una tranquilidad protectora. No quería que se viese en él la sencilla naturaleza humana, sino que quería seguir siendo para mí el semi-dios sobre su pedestal.

—¿Qué tienes, amiga mía?—me preguntó volviéndose negligentemente y con mucha calma hacia mí.

No respondí porque me dominaba el despecho al ver que se ocultaba de mí y que no quería presentarse á mis ojos tal cual le amaba.

—¿Quieres ir el sábado á ese té?—me preguntó.

—Tenía deseos de ir, pero aún no es cosa convenida, y además, todo está ya recogido,—añadí.

Nunca me había mirado ni hablado con tanta frialdad.

—No marcharé antes del martes y mandaré que abran los equipajes,—dijo;—y por consiguiente, no nos iremos hasta que tú lo dispon-

gas. Hazme el favor de ir á ese té. En cuanto á mí, no emprenderé el viaje.

Lo mismo que siempre que le dominaba algún pensamiento que le agitaba, paseábase por la habitación con paso desigual y sin mirarme.

—Decididamente no te comprendo,—le dije saliéndole al paso y siguiéndole con la mirada.—¿A qué viene que me hables de un modo tan extraño? Estoy pronta á sacrificarte ese placer, y tú, con una ironía que jamás empleaste conmigo, me dices que vaya.

—Está bien. ¿Es decir que entonces *te sacrificas* y recalcó con fuerza estas palabras,—y yo también me sacrifico; ¿para qué más? Cambate de generosidad. He ahí una cosa á la que espero se la podrá dar el nombre de felicidad en familia.

Era aquella la primera vez que oía salir de su boca palabras tan duras y tan burlonas. Su burla no me alcanzó y su dureza no me asustó, pero fueron contagiosas para mí. ¿Era efectivamente él, siempre enemigo de emplear

ciertas frases en nuestras relaciones íntimas y siempre tan franco y tan sencillo, el que se expresaba de aquella manera? ¿Y por qué? Precisamente porque había querido yo sacrificarme á su cariño, más allá del cual no podía ver nada más, porque hasta en aquel momento y ante aquel pensamiento comprendí cuánto le amaba. Nuestros papeles estaban cambiados y era él el que abandonó toda franqueza y sencillez, y yo quien las había buscado.

—Estás muy cambiado,—le dije suspirando.—¿Se puede saber de qué soy culpable á tus ojos? No es mi ida á este té lo que hace que te pongas así conmigo; es algún pecado más antiguo. ¿A qué conduce el no hablar con toda sinceridad? Antes no temías emplear la franqueza conmigo. Hablemos claros. ¿Qué tienes que decir en contra mía?

No me importa lo que puede decirme, pensé para mis adentros, con secreta satisfacción, puesto que no puede, en lo que hice este invierno, reprocharme nada. Y me fui á colocar

en el centro del salón para que tuviese que pasar por mi lado y lo miré, pensando que se acercaría á mí, me besaría y así concluiría todo. Esta fué la idea que se me ocurrió, y hasta, lo confieso, se me hacía un poco cuesta arriba el no tener que demostrarle que estaba en un error; pero se detuvo en un extremo del salón y mirándome, me dijo:

—¡Qué! ¿No lo comprendes?

—No.

—Y sin embargo, ¿cómo decírtelo? Me horroriza lo que por primera vez me pasa, sí, me da horror; y lo peor es, que no puedo por menos de experimentarlo.

Y se calló, asustándole quizás á él mismo la ruda entonación que iba adquiriendo su voz.

—¿Qué es lo que quieres decir?—le pregunté al mismo tiempo que lágrimas de indignación empañaban mis ojos.

—Me asusta y horroriza la idea de que, habiéndote encontrado muy linda el príncipe, se te haya ocurrido, á pesar de eso mismo, y ol-

vidando á tu marido y lo que te debes á tí misma y á tu dignidad de mujer, el que quieras ir á su encuentro y que no comprendas lo que tu marido debe sentir en tu lugar, puesto que tú no tienes ese sentimiento de dignidad. Lejos de ser así, acabas de manifestar á tu marido que quieres *sacrificarte*, lo que equivale á decir: «Consideraría como una felicidad muy grande el agradar á su alteza, pero hago el *sacrificio* de renunciar á ello.»

Cuanto más hablaba, más se enardecía con el sonido mismo de su propia voz, y esta resonaba mordaz, dura, violenta. No le había visto nunca de aquella manera, ni me figuré que se pudiese poner así. Se me agolpó la sangre al corazón y tuve miedo; empero, al mismo tiempo contribuyeron á trastornarme el sentimiento de una ignominia inmerecida y de un amor propio ofendido, y casi habría tenido deseos de vengarme de él.

—Hace mucho tiempo que esperaba ese estallido,—dije.—Habla pues.

—No sé lo que esperabas,—siguió diciendo

Sergio,—pero yo podía esperar que sucediesen cosas aún mucho peores, viéndote todos los días encenagarte en ese fango, en esa ociosidad y en ese lujo de esa estúpida sociedad, y esperaba... Sí, confiaba en que sucedería lo que me cubre de vergüenza y me hace sufrir un dolor como jamás pasé por ellos. Sí, sentí vergüenza por mí mismo cuando tu amiga, revolviendo en mi corazón con sus manos llenas de cieno, tuvo el valor de hablar de mis celos ¡mis celos! ¿Y de quién? De un hombre al que ni tú ni yo conocemos! Y tú, como si lo hicieses á propósito, no quieres comprenderme y deseas sacrificarlo en mi obsequio. ¿A quién? ¡Gran Dios! ¡Qué vergüenza para tí! ¡Qué vergüenza por tu rebajamiento! ¡Y dices que esto es un sacrificio!—repitió.

«Ahí tenéis lo que es la autoridad de un marido», pensé; «ofender y humillar á su mujer cuando ésta no es culpable de nada absolutamente en este mundo. He ahí en lo que consisten los derechos de un marido, pero jamás me someteré á eso.»

—No, no te sacrifico nada,—repliqué en alta voz después de haber hecho esas reflexiones, sintiendo que se me dilataban las narices, y que la sangre dejaba de colorear mi rostro. —Sí, sí, el sábado iré á ese té, ya lo creo que iré.

—Y que Dios haga que te diviertas mucho; mas ten presente que entre nosotros todo ha concluído,—exclamó Sergio dejándose llevar por un acceso de ira que no pudo contener.—Al menos así no me martirizarás más. Fui un loco que...

Temblábanle los labios é hizo un esfuerzo muy visible para contenerse y no acabar lo que había empezado á decir. En aquellos momentos le temía y le odiaba, y habría querido decirle muchísimas cosas y vengarme de todas sus injurias; pero tenía la seguridad de que si llegaba á abrir la boca, no habría podido contener mis lágrimas, y comprometido mi dignidad en su presencia. Salíme silenciosamente de la habitación, más apenas dejé de oír sus pasos, cuando de pronto me quedé so-

brecogida de terror al pensar en lo que habíamos hecho pareciéndome una cosa tremenda el que, tal vez para toda la vida, quedase destruida la unión que constituía mi felicidad y quise retroceder. ¿Habríase tranquilizado lo suficiente para comprenderme, cuando le tendiese la mano sin decirle ni una palabra y le mirase? ¿Se daría cuenta de mi generosidad? ¿Calificaría mi sincero dolor de disimulo? ¿O bien en recompensa á mi rectitud me acogería por lo que quizás llamara mi arrepentimiento? ¿No me concedería el perdón con una orgullosa tranquilidad? ¿Y por qué Sergio, al que yo había amado tanto, me ofendió de un modo tan cruel?

No volví á su cuarto, sino que me encerré en el mío, en el que permanecí mucho tiempo á solas y llorando, acordándome con terror de todas y de cada una de las palabras de nuestra postrera entrevista, sustituyendo con el pensamiento otras palabras, añadiendo otras palabras, añadiendo otras mejores para acordarme después otra vez, y con terror, al que

se unía el sentimiento de mi ultraje, de todo lo ocurrido. Cuando por la noche estábamos tomando té, y en presencia de C, que se encontraba en casa, me hallé al lado mi marido, comprendí que desde aquel día se había abierto entre nosotros un abismo profundo. C*** me preguntó cuando emprenderíamos el viaje y no tuve tiempo para responderle.

—El martes,—contestó mi marido,—tenemos que ir al té que da la condesa de R***.—¿Verdad que irás?—añadió encarándose conmigo.

Me asustó la entonación de aquella voz; sin embargo, parecía tan tranquila como de ordinario, y miré tímidamente á mi marido. Las miradas de éste se fijaban en mi rostro y estaban impregnadas de malicia y de ironía y su acento era mesurado y frío.

—Sí,—respondí.

Más tarde, aquella misma noche, cuando, nos quedamos solos, se acercó á mí y tendióme la mano.

—Perdóname,—me dijo,—todo lo que te dije antes.

Cogí aquella mano, y un intento de sonrisa contrajo mi rostro, mientras que las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos; pero Sergio, lo mismo que si temiese alguna escena sentimental, retiró la mano y se fué á sentar á un rincón apartado. «¿Será posible que crea aún que tiene razón?» pensé; y mientras que mis labios se entreabrían con la intención de dar una explicación cordial y de pedir que no fuésemos al té.

—Hay que escribir á mi madre, avisándola que hemos aplazado nuestro regreso, porque tal vez estaría inquieta,—dijo.

—¿Y cuándo quieres que nos vayamos?—me preguntó.

—El martes despues del té.

—Confío que no será en mi obsequio,—dije mirándole á los ojos, pero los suyos se limitaron á mirarme y no me dijeron nada como arrastrados lejos de mí por una fuerza secreta. De pronto me pareció que su rostro tenía

una expresión desagradable y que estaba aviejado. Fuimos á aquella reunión, y en la apariencia nuestras relaciones habían vuelto á ser buenas y afectuosas, pero, en el fondo, eran muy diferentes del pasado.

En aquella reunión me hallaba sentada en el centro de un círculo formado por varias señoras, cuando se me acercó el príncipe, y no tuve más remedio que ponerme en pie para hablarle. Una vez levantada, busqué involuntariamente con la mirada á mi marido, y le ví que me contemplaba desde el otro extremo del salón y que después se volvía. Fué tanta la vergüenza y tan grande el dolor que experimenté, como una turbación enfermiza y sentí que la sangre se me agolpaba á la cabeza enrojeciendo mi rostro y hasta mi cuello, al verme objeto de las miradas del príncipe. No pude hacer más que permanecer allí escuchando lo que decía, al mismo tiempo que me examinaba de pies á cabeza. No fué muy larga nuestra conversacion, pues no había sitio en ninguna parte para que se pudie-

se sentar á mi lado, y además, puede que comprendiese que no estaba á gusto en su presencia. Hablamos del último baile, del sitio en que yo había pasado el verano, y al separarnos manifestó deseos de conocer á mi marido, y ví que poco después se encontraban y se ponían á hablar en un extremo del salón. El príncipe debió decir á Sergio algo referente á mí, porque observé que, sin dejar de hablar, se sonreía mirando hacia donde yo estaba. Mi marido se puso en seguida muy encarnado, saludó y fué el primero que se alejó. Enrojecí también y me avergonzó la idea que podía haber concebido el príncipe de mí, y sobre todo de mi marido.

Se me figuró que todos se habían fijado en mi timidez y embarazo mientras tanto que estuve hablando con el príncipe y fijándose además en lo que éste había dicho. Dios sabe, me dije, «cómo habrá podido interpretarlo; ¿quién sabe si, por una casualidad, se ha enterado de la discusión que tuve con mi marido?» Mi prima me acompañó á casa, y por el

camino hablamos las dos de él, y no pude por menos de contarla todo lo que había pasado entre nosotros con motivo de aquella malhadada reunión. Me tranquilizó diciéndome que era una de tantas disputillas, que son muy frecuentes, pero que no significan nada y no acarrean ninguna consecuencia, explicándome bajo su punto de vista el carácter de mi marido, al que, dijo, encontraba poco comunicativo y muy orgulloso. Estuve de acuerdo con ella, pareciéndome después de esto que comprendía mejor su carácter apreciándolo con más calma.

Más tarde, tan pronto como me hallé á solas con mi marido, se me figuró que era un verdadero crimen aquel juicio que hiciera acerca de su carácter y me pesó en la conciencia como tal. Comprendí también entonces que el abismo que se había abierto entre nosotros se iba ensanchando y profundizando cada vez más. A partir de ese día, nuestra vida y nuestras relaciones recíprocas

sufrieron un cambio completo, y los momentos que pasábamos á solas no me parecían tan agradables como antes. Eran muchas las cuestiones de que no queríamos tratar, y nos era mucho más fácil hablar en presencia de un tercero que cuando estábamos á solas frente á frente. En cuanto la conversación aludía en lo más mínimo, sea á la vida del campo, sea á un baile, dijérase que ante nuestros ojos se elevaban unos fuegos fatuos con fantástica danza, y hasta nos causaba cierto embarazo el mirarnos. Dijérase que comprendíamos ambos hasta qué punto nos separaba un abismo y que, además, temíamos aproximarnos. Estaba persuadida de que era un orgulloso y arrebatado, y que me era necesario mostrar gran circunspección para no tropezar con sus debilidades. Y él, por su parte, tenía la convicción de que yo no podía vivir lejos de la vida bulliciosa de la alta sociedad, y que la vida del campo no me convenía y que era preciso resignarse á un gusto tan detestable. De este modo evitábamos, cada uno por nuestra

parte, toda conversación que, de cerca ó de lejos, hiciese referencia á esos temas, y nos juzgábamos falsamente. Hacía mucho tiempo que, á nuestros propios ojos, habíamos dejado de ser el uno para el otro los seres más perfectos de este mundo, y empezábamos á hacer comparaciones recíprocas con cuantos nos rodeaban y secretas apreciaciones acerca de nuestros caracteres.



VIII

Antes de emprender el viaje estuve algo enferma, y en vez de irnos á la campiña nos instalamos en una población inmediata, desde la que mi marido fuese solo á visitar á su madre. Cuando se marchó estaba yo lo suficientemente buena para haberle podido acompañar, pero me aconsejó que no me moviese, como si tuviese miedo de que se resintiese mi salud. Comprendí que, en el fondo, no era mi salud lo que temía, sino que estaba convenci-

do de que no sería buena para nosotros la permanencia en el campo. No insistí, pues, y me quedé. Al verme sola comprendí cuán grande eran el aislamiento y el vacío que me rodeaban; pero cuando regresó me apercibí de que su presencia no añadía nada nuevo á la existencia que llevaba anteriormente. Aquellas relaciones de antaño, en la época en que si no le comunicaba mis sensaciones y pensamientos se me figuraba que me oprimían como si fuesen otros tantos crímenes; en aquella época en que tenía yo todos sus pensamientos y todas sus acciones por otros tantos modelos de perfección; entonces, cuando cualquier cosa nos hacia reír bastando para ello el mirarnos; pues bien, todo eso se había modificado, cambiándose insensiblemente por otras cosas, de una manera tal, que ni nosotros mismos nos dábamos cuenta de semejante metamorfosis. En el fondo, cada uno de nosotros tenía desde entonces quehaceres, ocupaciones é intereses separados que procurábamos que no fuesen comunes. Ni siquiera nos causaba la

menor turbación el vivir, por así decirlo, en dos mundos completamente distintos y enteramente extraños el uno al otro. Nos fuimos acostumbrando á ese pensamiento, y al cabo de un año había desaparecido todo embarazo mutuo cuando por casualidad nos mirábamos. Habían desaparecido sus niñerías, sus accesos de alegría cuando nos encontrábamos á solas, y aquella indulgente indiferencia con que consideraba todas las cosas y contra la que antes algunas veces me rebelara. Tampoco había sobrevivido aquella mirada profunda de otros tiempos y que me turbaba y me regocijaba al mismo tiempo. Desaparecieron también aquellos besos, aquellos alegres arranques de que tanto nos agradaba participar y hasta nos veíamos muy raras veces porque le ocupaban mucho sus negocios y estaba casi siempre fuera de casa y yo no temía la soledad ni me quejaba de ella, sino que, por el contrario, me había lanzado al torbellino de la vida social, y sin que experimentase para nada necesidad de una vida más íntima. Entre nosotros, sin

embargo, no había nunca altercado ni escenas violentas. Me esforzaba para satisfacer sus deseos y él hacia lo mismo, y se habría dicho que seguíamos amándonos el uno al otro.

Cuando nos encontrábamos á solas, lo cual no nos sucedía muchas veces, no experimentaba á su lado ni alegría, ni agitación, ni embarazo, lo mismo que si hubiese estado á solas con mis pensamientos. Sabía, no obstante, que el que estaba á mi lado no era ningún advenedizo, alguien á quien no conocía, sino, por el contrario, un hombre excelente, mi marido, al fin, al que conocía tan bien como á mí misma.

Tenía la persuasión de saber de antemano lo que iba á hacer ó decir, su manera de ser y cuando hacía ó decía aquello con que yo no había contado ó pensaba lo contrario de lo que me figurara, me parecía sencillamente que se había equivocado; así que no esperaba nada por su parte. En una palabra, que era mi marido y nada más. Figurábaseme que las

cosas eran tales cuales las veía, y que no debían suceder de otra manera; que no podían existir y que no habían existido nunca más que aquellas relaciones entre nosotros. Si se ausentaba, sobre todo en los primeros tiempos, creía que me quedaba en el mayor aislamiento, y si estaba muy lejos de él parecíame que comprendía cuán grande era el valor de su apoyo, y al verle regresar arrojábame con alegría á su cuello; pero apenas transcurrían dos horas cuando se me olvidaba aquella alegría y no sabía qué palabras decirle. En esos cortes instantes en los que renacía entre nosotros una ternura muy moderada y tranquila, imaginaba que no era eso, que no era aquello lo que tan poderosamente llenara mi corazón, y creía que leía en sus ojos la misma impresión. Comprendía que esa ternura tenía cierto límite que ni él ni yo queríamos franquear. Esto me apenaba algunas veces, pero no tenía ya tiempo de sobra para pensar seriamente en cosa alguna, fuese la que fuese, y procuraba olvidar esa pena con una variedad

de distracciones de las que tal vez no me daba cuenta de una manera clara, pero que se me ofrecían perpetuamente. La vida agitada de sociedad que en un principio me aturdió con su esplendor, su barullo y con las satisfacciones que producía á mi amor propio, dominó muy pronto, y por completo, todas mis inclinaciones, convirtiéndose en una costumbre que me subyugó ocupando en mí alma todo aquel lugar que en ella debía llenar el sentimiento. Por esto evitaba, siempre que podía, quedarme á solas con mi conciencia, temiendo profundizar demasiado mi situación. Tenía empleado mi tiempo desde la hora más temprana de la mañana hasta la más avanzada de la noche; ese tiempo no me pertenecía, ni aún en el caso en que no tuviese que salir. No encontraba ni placer ni aburrimiento, y si me figuraba que todo debía haber sucedido siempre del mismo modo.

De este modo pasaron tres años y durante ese tiempo nuestras relaciones siguieron siendo las mismas, cual si se hubiesen inmoviliza-

do ó petrificado y como si no pudiesen mejorar ni empeorar. En el curso de esos tres años ocurrieron en el seno de nuestra familia dos acontecimientos importantes pero; ni el uno ni el otro produjeron cambio alguno en nuestra manera de ser. Esos acontecimientos fueron el nacimiento de mi primer hijo y la muerte de Tatiana Semenovna. Se apoderó de mí en los primeros tiempos el sentimiento maternal con tal fuerza y con un arranque tan inesperado que creí que iba á empezar para mí una nueva vida; pero al cabo de dos meses, y cuando empecé á salir, ese sentimiento que se fué amenguando, se convirtió en costumbre y en el frío cumplimiento de mi deber. Por el contrario, mi marido, en cuanto nació ese primer hijo, volvió á ser el hombre de los tiempos pasados de carácter dulce, pacífico y apegado á la casa que concentró en su hijo toda su antigua ternura y toda su pasada alegría. Con mucha frecuencia, cuando entraba vestida ya para ir al baile en la habitación de mi hijo, para darle la bendición de la noche, en-

contraba á mi marido y observaba la mirada de reproche, la mirada severa y sostenida que me dirigía y de pronto me avergonzaba. Aterrábame esa indiferencia con que veía á mi hijo y me preguntaba: «¿Seré más mala que las otras mujeres? Pero ¿qué le he de hacer?» pensaba. Era cierto, quería mucho á mi hijo, mas no podía permanecer todo el día sentada á su lado por que me cansaba y aburría, y en cuanto á fingir por nada de este mundo habría querido hacerlo.

La muerte de su madre produjo á Sergio una pena muy grande haciéndosele muy doloroso vivir en Nikolski después de esa pérdida; así lo dijo, y por más que yo la hubiese sentido mucho y participado además de la pena de mi marido, al presente habría sido más agradable y descansado para mí el vivir en el campo, pues hablamos pasado la mayor parte de esos tres años en la capital y no estuve en el campo más que una sola vez durante dos meses y el tercer año emprendimos un viaje al

extranjero y en él nos quedamos en el verano para ir á tomar las aguas.

Tenía yo entonces veintitún años y nuestra fortuna, así lo creía, se hallaba en un estado floreciente; de la vida de familia no esperaba más que lo que me había dado y creía que me estimaban todos aquellos que conocía. Disfrutaba de una salud excelente; mis trajes y tocados eran de los mejores que se veían en las aguas, sabía que era linda, el tiempo era soberbio y no sé que atmósfera de elegancia y de belleza me envolvía de tal manera que todo me parecía en alto grado alegre y bonito. Y no obstante, no estaba tan alegre como en otros tiempos en Nikolski cuando comprendía que mi felicidad se encerraba en mí misma, cuando era dichosa porque merecía serlo y que mi dicha podía ser aún mayor. Sucedíame á la sazón una cosa muy distinta pero que no era menos buena. No tenía nada que esperar ni que temer y mi vida, así al menos me lo parecía, estaba en su apogeo y mi conciencia

me parecía que no tenía nada que turbase su tranquilidad.

Entre los jóvenes que descollaban aquel año en el balneario no había ni un solo, fuese quien quisiese, al que hubiese yo distinguido más que á los demás y lo mismo me ocurría con el anciano príncipe de K..., nuestro embajador, que me hacía la corte con alguna asiduidad. Uno porque era demasiado joven y el otro demasiado viejo, uno era un inglés que tenía el cabello rubio, otro un francés barbudo y todos ellos me eran completamente indiferentes pero al mismo tiempo los consideraba como indispensables, pues con sus rostros insignificantes pertenecían á la misma clase y respiraban la atmósfera elegante de la vida á que me lanzara yo. Había, sin embargo, uno entre ellos, un italiano, el marqués de D... que me llamó la atención mucho más que todos los otros y que hizo que me fijase en él por la manera atrevida como expresó en mi presencia el entusiasmo que le inspiraba. No desperdiciaba ninguna ocasión para hallarse á

mi lado, bailar conmigo, acompañarme en mis paseos á caballo ó al casino, aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban para decirme que era muy linda. Desde mi ventana veíale muchas veces dar vueltas al rededor de nuestra casa y en más de una ocasión la asiduidad desagradable con que me dirigían miradas sus ojos centelleantes, me había hecho enrojecer y volver la cara.

Era joven, bien quisto, elegante y lo que tenía más notable era que en su mirada, lo mismo que en su sonrisa y en cierta expresión de su frente, se parecía á mi marido al que, no obstante, aventajaba. Me chocó esa semejanza por más que defiriese en el conjunto, en la boca y en la mirada, en la forma un tanto alargada de la barbilla y que en vez del encanto que comunicaban á mi marido la expresión de una bondad y de una calma ideales, en el italiano había algo de grosero y casi bestial. Se me ocurrió la idea de que me amaba apasionadamente y algunas veces me acordaba de él con orgullosa compasión y me suce-

dió que traté de calmarle procurando atraerle al término medio de una confianza posible y semi amistosa; pero rechazó mis tentativas de la manera más conmovedora, y siguió con gran disgusto por mi parte, asediándome con los testimonios de su pasión, muda aún, pero que amenazaba á cada momento con hacer explosión. Por más que no lo confesase, aquel hombre me inspiraba temor y, hasta cierto punto contra mi propia voluntad pensaba, muchas veces en él. Mi marido había trabado amistad con él y hasta más íntima que con los demás conocidos, ante los cuales se limitaba siempre á ser el marido de su mujer, mostrándose además frío y altanero.

Al terminar la temporada de las aguas me puse mala y durante dos semanas no salí de casa y cuando por primera vez lo hice para ir á un concierto, me dijeron que, durante mi reclusión había llegado lady C á la que hacía mucho tiempo que estaban esperando y que tenía mucha fama por su belleza. A mi alrededor se formó un gran círculo] de personas

conocidas que me dispensaron una alegre acogida, pero fueron en mayor número las personas que se agrupaban alrededor de la belleza recién llegada. A mi lado no se hablaba más que de ella y de su hermosura. Me la enseñaron y vi que, en efecto era hermosísima, pero, sin embargo, me impresionó desagradablemente la suficiencia que se revelaba en los rasgos de su rostro y así lo manifesté. Aquel día cambiaron mis impresiones y todo lo que hasta entonces habíame parecido agradable me causó aburrimiento. Al día siguiente lady C. organizó una excursión á un castillo inmediato y no quise ir. Conmigo no se quedaron más que muy contadas personas y decididamente todo cambió de aspecto ante mis ojos. En aquel momento todo, hombres y cosas, me pareció estúpido y fastidioso; tenía muchas ganas de llorar, de terminar cuanto antes mi cura y de volverme á Rusia. En el fondo se deslizó un sentimiento malsano por más que no quise confesármelo. Dije que mi salud es-

taba muy quebrantada y dejé de asistir á las reuniones del gran mundo y únicamente salí sola algunas veces por las mañanas para tomar las aguas ó bien para pasear por las cercanías con L. M., una de mis amigas rusas. Mi marido, entre tanto, se había marchado hacia algunos días á Heidelberg en donde esperaba el fin de mi cura con objeto de volvernos á Rusia y no iba á verme más que de vez en cuando.

Un día lady C se llevó á todas las personas conocidas á una gira campestre y por nuestra parte L. M. y yo nos fuimos después de comer al castillo, y mientras que al paso de nuestro coche seguíamos el tortuoso camino que serpenteaba entre las hileras de seculares castaños á través de los cuales se descubrían á lo lejos esas deliciosas y elegantes cercanías de Baden, iluminadas por los postreros rayos de un sol poniente, nos pusimos á hablar seriamente, lo que hasta entonces nos había sucedido nunca. L. M., á la que yo conocía hacía mucho tiempo, se me presentó por primera

vez bajo el aspecto de una mujer muy linda y espiritual con la que se podía hablar de todo y que contaba con el agrado de la sociedad. La conversación versó sobre la familia, los hijos y la vida tan nula, que se llevaba en el lugar en que nos hallabamos y sobre los deseos que teníamos de hallarnos en Rusia en nuestras posesiones, en el campo, y no sé como fué, pero, de pronto, se apoderó de nosotras una impresión dulce y triste. Dominadas completamente de esos sentimientos tan serios llegamos al castillo detrás de cuyos muros reinaban la sombra y la frescura y en la cima de las ruinas se quebraban aún los rayos del sol, resonando además sus anchurosas bóvedas el menor eco de los pasos y del rumor de las conversaciones. A través de la puerta se desarrollaba, como dentro del marco, el cuadro de esa naturaleza del paisaje de Baden, encantador y, no obstante, frío á los ojos de nosotros los rusos.

Estábamos sentadas para descansar y contemplábamos en silencio la puesta del sol.

Oyéronse voces de algunos que hablaban y hasta me pareció que pronunciaban mi nombre de pila. Me puse á escuchar y percibí con claridad algunas frases. Eran voces de personas á las que conocí; las del marqués de D y de un francés amigo suyo, al que también conocía.

Hablaban de lady C. y de mí. El francés nos comparaba á las dos y analizaba nuestra belleza sin decir nada que pudiese ofendernos, y sin embargo, se me agolpó la sangre en el corazón cuando oí sus palabras. Explicaba detalladamente lo que le parecía bien en la una y en la otra. En cuanto á mí, decía, tenía ya un hijo y lady C. no había cumplido aún los veinte años; la mata de mi pelo era más hermosa, pero la de lady C. tenía más gracia; lady C. tenía más aire de gran señora, mientras que la vuestra,—añadía hablando de mí,—es una de esas princesitas rusas que con tanta frecuencia se presentan aquí. Terminó diciéndo que hacía muy bién no intentando

luchar con lady C. y que, si entablaba la lucha en Baden, sería derrotada.

—Confieso que eso me daría mucha pena.

—A no ser que quiera consolarse en vuestra compañía,—dijo el francés con una risa burlona y cruel.

—Si se marchase la seguiría,—dijo groseramente la voz con acento italiano.

—¡Dichoso mortal! ¡Puede amar aún!—replicó á burla su interlocutor.

—¡Amar!—exclamó el italiano y se calló un momento—¡No puedo dejar de amar! Sin amor no hay vida. No hay nada más bueno que convertir la vida en una novela y mi novela no se corta por el centro sino que llega siempre hasta el desenlace, y con esta novela me sucederá lo que con todas las demás.

—¡Buena suerte, amigo mío!—dijo el francés.

No pude oír nada más por que se alejaron dando la vuelta á la esquina y el ruido de sus pasos se perdió al otro lado. Bajaron la escalera y á los pocos minutos salieron por una

puerta lateral y se quedaron muy sorprendidos al vernos. Me puse muy encarnada cuando el marqués de D. se acercó á mí y hasta me asusté en el momento en que, al salir del castillo, me ofreció el brazo. No pude negarme á aceptarlo y andando tras L. M., que se apoyaba en el del amigo del marqués, nos dirigimos hácia el carruaje. Estaba resentida por lo que el francés había dicho de mí, por más que en mi fuero interno reconocía que había dado forma á los sentimientos que me dominaban; pero las palabras del marqués me confundían y sublevaban por su grosería. Torturábame el pensamiento de haber oído semejantes palabras y al mismo tiempo ya no le tenía miedo. Sentía cierto disgusto al tenerle tan cerca de mí y sin mirarle, ni responderle y haciendo esfuerzos para colocar mi brazo de manera que no pudiese escuchar sus palabras, seguía andando apresuradamente detrás de L. M. y del francés, mientras que el marqués me decía no sé que acerca de la belleza del paisaje y de la alegría que experimentaba

al haberme encontrado, añadiendo algunas palabras que ni siquiera escuché. Entre tanto pensaba yo en mi marido, en mi hijo, en Rusia y experimentaba sentimientos que participaban de la vergüenza, la compasión y el deseo de apresurar el regreso á casa, á mi solitaria habitación del hotel de Baden con objeto de meditar á mis anchas acerca de lo que, desde hacía un momento, sublevaba mi alma. L. M. iba, empero, muy despacio y faltaba que recorrer mucho camino para llegar al sitio en que se hallaba el carruaje, y me pareció que mi pareja acortaba intencionadamente el paso como si intentase quedarse á solas conmigo.—«Esto no puede ser!»—dije, y me decidí á seguir el camino con un paso más rápido; pero el marqués me contuvo de una manera que no dejaba lugar á dudas y hasta me estrechó el brazo en el momento mismo en que L. M. desaparecía tras un recodo del camino y nos quedamos completamente solos. Al observarlo me sobrecogió un temor muy grande.

—Dispensadme,—le dije con mucha frialdad: quise retirar el brazo, pero el encaje de la manga se me enganchó en uno de los botones de su chaqué. Inclínose entonces un poco poniéndose á desengancharlo y sus dedos, sin guantes, tocaron mi brazo. Un nuevo sentimiento, que no era de terror ni tampoco de placer, hizo que sintiese en mi espalda un helado estremecimiento. Le miré al mismo tiempo con la intención de que mi fría mirada expresase todo el desprecio que me inspiraba su conducta, pero, según parece, esa mirada no expresó tanto ese sentimiento, y los del terror y la agitación. Sus ojos ardientes y húmedos, fijos en mí, me contemplaban apasionadamente mientras que sus dos manos apoderáronse de las mías asiéndolas por las muñecas y sus labios entreabiertos murmuraron algunas palabras: dijéronme que me amaban, que lo era todo para él y sus manos oprimieron con más fuerza las mías. Sentí como fuego en mis venas, empañáronse mis ojos y temblé y las palabras que habría querido murmurar se me

anudaron en la garganta. De pronto sentí un beso en mi mejilla y entonces temblorosa y helada, me quedé inmóvil en mi sitio y mirándole. No tenía fuerzas para hablar ni para obrar y dominada por un profundo terror confiaba en no sé qué.

Todo esto tuvo la duración de un momento, pero ¡qué momento más terrible! En aquel instante le aprecié por entero, tal cual era y analicé su rostro con una sola mirada, su frente estrecha y baja, su nariz recta y de bastante corrección con abultadas ventanillas, su barba fina, el bigote retorcido en las puntas con cosmético, sus mejillas afeitadas con mucho cuidado y su cuello moreno como su cutis.

Le odiaba, le temía, era un extraño para mí y, sin embargo, en aquellos momentos resonaron poderosamente en mí la turbación y la pasión de ese hombre execrable, de un extraño!

—¡Os amo!—murmuró con aquella voz que tanta semejanza tenía con la de mi marido y

en el acto me acordé de éste y de mi hijo, como de dos seres queridos que hubiesen existido y para los cuales todo había concluido. De pronto, y desde un recodo del camino, se oyó la voz de L. M. que me llamaba. Recobré el perdido ánimo, desasí mi mano de entre las suyas sin mirarle siquiera y huí, ó poco menos para reunirme con L. M. con la que subimos al coche. Le miré entonces y ví que se quitaba el sombrero sonriendo y diciéndome no sé qué, sin dejar de sonreír, y sin que pudiese sospechar lo atroz de la tortura porque me estaba haciendo pasar en aquellos momentos.

¡Qué desgraciada me pareció la vida en aquellos momentos! ¡Qué desesperado el presente y que sombrío el porvenir! Púsose L. M. á hablarme y no comprendí ni una palabra de lo que me decía, pareciéndome que me hablaba únicamente por compasión, para disimular el desprecio que la inspiraba. Lo mismo en sus miradas, que en cada una de sus palabras creía observar ese desprecio y esa compasión

ultrajante. El beso abrasaba aún mis mejillas con una vergüenza que me parecía el choque con un hierro candente y el recuerdo de mi marido y de mi hijo, eran para mí insoportables. Creí que, al quedarme sola en mi cuarto, podría meditar acerca de mi situación; pero me pareció que la soledad era una cosa atroz. Ni siquiera tomé el té que me sirvieron, y sin darme cuenta de lo que hacía, decidíme á marchar aquella misma noche, aprovechando el primer tren para marcharme á Heidelberg á reunirme con mi marido. En el momento en que, acompañada de mi doncella, estuve sentada en el solitario vagón y el tren se puso en movimiento y respiré al aire fresco que penetraba á través de las ventanillas, cuyos cristales había bajado, comencé á recobrar el ánimo, cesó mi abatimiento, me representé de una manera más clara, mi presente y mi porvenir, toda mi vida de casada, desde el día en que nos marchamos á San Petersburgo, se me presentó de pronto bajo un nuevo aspecto y llenó mi conciencia de reproches.

Recordé por vez primera los comienzos de nuestra existencia en el campo y mis planes, y por primera vez mi espíritu se hizo esta pregunta: ¿Cuáles no fueron mis alegrías en aquellos primeros tiempos? Y me creí culpable respecto á mi marido. Pero en seguida me dije: ¿Por qué no me había contenido á tiempo? ¿Por qué disimuló en mi presencia y á qué cortar toda explicación y ofenderme? ¿Por qué no usó conmigo el poder de su amor? ¿O era que no me amaba? Pero que fuese ó no culpable, no por eso dejaba yo de sentir en la mejilla la huella vergonzosa del beso de aquel extraño, figurándoseme que era aún recientísimo. Cuanto más me acercaba á Heidelberg, más clara se presentaba á mis ojos la imagen de mi marido, más terrible por la inminencia de volverle á ver. Se lo confesaría todo é inundaría mis ojos con las lágrimas del arrepentimiento, pensé, y no podrá por menos de perdonarme. Mas no sabía aún qué sería ese *todo* que pensaba decirle, y no tenía la seguridad de que me perdonase. Así que, cuando

entré en la habitación de mi marido y ví su rostro sereno, en el que se revelaba el asombro que le causaba mi presencia, me hallé en un estado que no me permitió decirle nada ni confesarlo todo y pedirle perdón. Pesaban sobre mí una desesperación indecible y un profundo arrepentimiento.

—¿Qué idea fué la que se te ocurrió?—me preguntó.—Mañana pensaba haberte ido á buscar. Pero ¿qué tienes? ¿Qué es lo que te sucede?—añadió en cuanto me vió desde más cerca y mostrándose casi asustado.

—Nada,—respondí haciendo grandes esfuerzos para contener mis lágrimas—decidí venir cuanto antes y vine. Ahora vámonos, mañana mejor que pasado á Rusia.

Se quedó silencioso durante un momento, observándome con mucha atención.

—Cuéntame entonces lo que te ha pasado,—me dijo al cabo.

Sin quererlo me ruboricé y bajé los ojos, mientras que en los suyos se traslucía no sé qué presentimiento de ultraje y de enojo. Te-

nia miedo á los pensamientos que podían ocurrírsele y con una fuerza de disimulo de la que yo misma no me había creído capaz, me apresuré á decirle:

—No me ha sucedido nada más sino que se apoderó de mí una tristeza y un aburrimiento muy grandes, y como estaba sola me acordé mucho de tí y de la vida que llevábamos. ¡Cuánto tiempo hace que soy culpable contigo! Ahora puedes llevarme á donde quieras. ¡Sí, sí, soy culpable para contigo desde hace mucho tiempo,—repetí, y otra vez se escaparon las lágrimas de mis ojos.—¡Volvámonos al campo y para siempre!—exclamé.

—¡Ah! Te ruego, amiga mía, que no representes esas escenas tan sentimentales,—me dijo con mucha frialdad.—No me parece mal que vayas á vivir al campo, porque precisamente nos hallamos ahora bastante apurados de dinero; pero que esa vida sea continua allí, eso ya es un sueño. Lo mejor que puedes hacer es tomar una taza de té,—añadió poniéndose en pie para llamar á la doncella.

Se me figuró que era lo que, sin duda, pensaba de mí, y me consideré ofendida por las malas ideas que le atribuí, cuando su mirada, impregnada como de indignación y de vergüenza, se cruzó con la mía. ¡No, no quería ni podía comprenderme! Le dije que iba á ver al niño y le dejé solo. Se me hacía tarde para hallarme á solas y dar rienda suelta á mi dolor y poder llorar... llorar... llorar mucho...



XI

La casa de Nikolski, durante tanto tiempo fría y desierta, recobró su animación y revivió, pero lo que no revivió fué aquello que había dejado de existir: la madre de Sergio ya no estaba con nosotros y nos hallábamos solos y en aquellos momentos, además de no convenirnos la soledad, se convertía para nosotros en enojoso estorbo. El invierno fué muy malo para mí, tanto más, cuanto que estuve

enferma y no logré restablecerme hasta después que nació mi segundo hijo. Mis relaciones con mi marido continuaron limitándose á las de una fría amistad, lo mismo que en los tiempos que vivíamos á San Petersburgo; pero en el campo, todo, absolutamente todo, lo mismo el suelo que las paredes, los techos y los muebles, me recordaba lo que Sergio fuera siempre para mí y lo que había perdido. Entre nosotros existía algo como el recuerdo de una ofensa no perdonada; habríase dicho que deseaba castigarme. ¿Cómo pedirle perdón sin decirle por qué falta se lo pedía? Me castigaba únicamente no entregándose á mi como en tiempos pasados, no dándome su alma entera, pero á nadie, ni en ninguna circunstancia, entregaba esa alma del mismo modo que si careciera de ella. Algunas veces se me ocurría la idea de que fingía ser así para atormentarme y que, á pesar de ese fingimiento, seguía viviendo en él el mismo sentimiento de otro tiempo, y me esforzaba para hacer que lo manifestase; pero siempre que

sucedía esto eludía toda explicación franca. Habríase dicho que sospechaba era yo capaz de disimular y que temía como á un ridículo toda manifestación de sentimentalismo. Tanto sus miradas como su aire parecían decirme: «Lo sé todo y no hay necesidad de decirme nada: todo cuanto pudieras confiarme lo sé ya. Me consta que dices una cosa y que obras de una manera distinta á lo que dices.» Al principio ofendíame ese temor que mostraba de ser franco conmigo; mas luego fuime acostumbrando y diciéndome que aquello, más que falta de franqueza, era carencia de la necesidad de ésta.

A mi vez, mi lengua no habría bastado para decirle de pronto todo lo que le amaba; para pedirle que leyese las preces conmigo ó llamarle cuando me ponía á tocar el piano, y comprendía que se habían establecido entre nosotros de una manera tácita ciertas reglas de conveniencia. Vivíamos cada uno por nuestro lado, él con sus ocupaciones, en las que yo no tenía necesidad ni deseo de tomar parte, y

yo con mi hastío y sin hacer nada, lo que no le afigía ni le lastimaba como en otros tiempos. En cuanto á los niños, eran aún demasiado pequeños para que pudiesen servir de lazo entre nosotros.

Llegó la primavera, y Macha y Sonia fueron á casa para pasar una temporada en el campo, y en Nikolski hubo que hacer grandes obras de reparación, porque nos fuimos á Pokroski, que continuaba siendo la misma vetusta casa con su terraza, su gran mesa, el piano en su sala luminosa y mi antigua habitación con sus cortinas blancas y mis ensueños de muchacha, que se habría dicho quedarían olvidados allí.

En aquella habitación veíanse dos camas; una que había sido la mía, y á la que por las noches me acercaba para bendecir al moñetudo Kokocha (1) que jugaba con sus piececillos, y otra camita en la que se entreveía la carita de Vasica (2) apareciendo entre las ropas. Mu-

(1) Apócope familiar de Nicolás.

(2) Diminutivo de Ivan.

chas veces, después de haberlos bendecido, me quedaba en aquel cuarto tan tranquilo, y de pronto, de todos los rincones de sus paredes ó desde el fondo de sus cortinajes, se elevaban las olvidadas visiones de mi juventud y empezaban á repetir los estribillos de infantiles canciones. ¿Qué había sido de aquellas visiones? ¿Qué había sido de aquellas tiernas y dulces canciones? Todo cuanto me arreviera á esperar se había realizado, pues mis ensueños, los más confusos y complicados, habíanse convertido en realidades, y esa misma realidad, triste y pesada, era la que constituía mi vida, tan difícil y despojada de alegrías. Y, sin embargo, á mi alrededor, ¿no seguían siendo todas las cosas iguales á las que antes fueron? ¿No era aquel mismo jardín, los mismos bancos, senderos é iguales terrazas? Allá abajo, al pie de la torrentera, seguía pareciendo que el canto de los ruiseñores salía de las aguas del estanque, las lilas florecían como antaño y como en tiempos, la luna, con sus plateados iluminaba la casa, y, á pesar de

esto, ¡estaba todo tan cambiado para mí! ¡Cambiado mucho más de lo que podía decirse! Lo mismo que en los pasados tiempos hablábamos tranquilamente con Macha sentándonos en el salón; pero la buena de Macha fruncía el entrecejo, su rostro se ponía amarillento, mientras que en sus ojos no brillaban como antes la alegría y el contento y la esperanza, sino una tristeza engendrada por la simpatía y rayana en la compasión. Había cambiado esto también, y no nos extasiábamos hablando de él, sino que, á la sazón, le juzgábamos; no admirábamos tampoco lo felices que éramos, ni sentíamos, como anteriormente, la necesidad de contar al mundo entero lo que pensábamos, sino que, cual conspiradoras, hablábamos muy bajito y diciéndonos las cosas al oído, y además, por centésima vez nos preguntábamos por qué todo estaba tan triste y cambiado. En cuanto á él, seguía siendo lo mismo, y únicamente el pliegue que dividía su frente se había hecho más profundo, su cabello, hacía las sienes, estaba más encaneci-

do, y su mirada inteligente, profunda, que continuamente rehúsa encontrarse con la mía, estaba como empañada por una nube. Seguía yo también siendo la misma, pero no había en mí amor, ni necesidad de amar. Sentía en mí más necesidad de trabajar y más satisfacción en mí misma. Se me presentaban como en una lejana lontananza y como imposibles mis arranques religiosos de otros tiempos, lo mismo que mi antiguo amor hacia él y aquella plenitud de vida que experimentara al mismo tiempo. No comprendía á la sazón la que en tiempos me pareciera tan luminoso y verdadero; la dicha de vivir para los demás; ¿para qué para los demás? ¡Cuando no quería vivir ni para mí misma!

Desde la época en que fuimos á San Petersburgo había abandonado completamente la música, pero al presente mi antiguo piano y las partituras que antes me agradaran tanto, me devolvieron la afición de antaño. Un día que no me encontraba bien me quedé sola en casa, mientras que Sonía y Macha se fueron

con Sergio á visitar las obras que estaban haciendo en Nikolski. Habían servido el té y bajé al salón y mientras que estaba esperando me senté al piano. Abrí la sonata *quasi una fantasia* y me puse á tocar. No se veía ni oía á alma viviente y las ventanas que daban al jardín estaban abiertas de par en par y en la sala resonaron aquellos acentos tan conocidos y de una solemnidad tan triste y penetrante. Acabé la primera parte, y de una manera inconsciente, obedeciendo al mismo tiempo á antigua costumbre, volví la cabeza para mirar al rincón en que tenía la costumbre de escucharme. No se hallaba allí, sin embargo; una silla, que hacía mucho no habían cambiado de lugar era la que ocupaba su rincón favorito. Por el borde de una ventana asomaba el extremo de una mata de lilas que se recostaba sobre el fondo luminoso de la puesta del sol y la frescura del aire penetraba á través de las abiertas vidrieras. Me apoyé de bruces sobre el piano cubriéndome la cara con las manos y me puse á soñar. De este modo per-

manecí durante largo rato acordándome con pena de los antiguos tiempos que habían huido para siempre y procurando escudriñar con temor lo que eran los venideros, pero se me figuraba que, en adelante, nada existiría para mí ni tampoco lo desearía ni lo esperaría. «Y es posible que haya sobrevivido á todo esto!» pensé levantando con terror la cabeza y con objeto de olvidar lo que tanto me apenaba puse otra vez á tocar, pero siempre el mismo andante. «¡Dios mío, murmuré, perdóname si es que soy culpable ó devuélveme todo aquello que embellecía mi alma ó dime que es lo que debo hacer!» ¿Cómo debo vivir?

Se oyó un ruido de ruedas en la praderita que se extendía ante la escalinata y al poco rato oí en la terraza un paso discreto que me era muy familiar y que se detuvo de pronto. No fueron empero los sentimientos de antaño los que evocó aquel paso tan conocido. Cuando acabé de tocar oí otra vez á mi espalda ese mismo ruido de pasos y una mano se apoyó en mi hombro.

—¡Qué buena idea se te ocurrió al tocar esa sonata!—exclamó.

No respondí nada.

—¿No tomas el té?

Moví negativamente la cabeza sin volverme hacia él para que no pudiese ver en mi rostro las huellas de la agitación que aún me dominaba.

—Ahora llegarán Macha y Sonia que vienen á pie por la carretera, porque el caballo se mostró algo indócil,—me dijo.

—Las esperaremos,—dije, y me marché á la terraza confiando en que Sergio me seguiría para reunirse conmigo; mas no lo hizo, sino que, preguntándome por los niños se marchó á verlos. Una vez más su presencia, la entonación de su voz, tan cariñosa y sencilla, me sirvieron para convencerme de que no todo estaba perdido para mí. «¿Qué puedo desear más?», me dije. «Es muy bueno, cariñoso, tan excelente padre como buen marido; ¡no sé siquiera lo que me falta!»

Me acerqué á la barandilla y me senté bajo

el toldo de la terraza en aquel mismo banco en que me sentara la noche de la explicación decisiva. El sol se hallaba cerca del ocaso y empezaba á oscurecer y una nube de primavera se destacaba sobre el fondo azulado del cielo en el que brillaba ya una estrellita. El viento había cesado y no se movía ni una hoja ni un tallo de hierba. Era tan penetrante el perfume de las lilas y de los cerezos, que habría dicho que hasta el aire estaba florido esparciéndose sus bocanadas por el jardín y la terraza, unas veces debilitándose y otras adquiriendo mayor fuerza dando deseos de cerrar los ojos, de no ver ni escuchar nada para limitar toda sensación á la de aspirar aquel perfume embriagador. Las matas de rosas y de dalias aún sin hojas, estaban alineadas, apoyadas en sus tentemosos destacándose el fondo negro de la tierra recién removida de sus cuádras y parecía que elevaban al aire con lentitud sus cabezas. Por su parte los ruiseñores enviaban á lo lejos sus intermitentes cadencias y se les oía volar muy inquietos para

cambiar de sitio. En vano hice esfuerzos para calmarme, pues me pareció que esperaba y deseaba alguna cosa. Al poco rato bajó Sergio y se sentó á mi lado.

—Creo que va á llover y que se mojarán Macha y Sonia,—dijo.

—Sí,—contesté, y ambos nos quedamos silenciosos otra vez durante largo rato.

Mientras tanto la nube, que no encontraba la oposición del viento, habíase ido extendiendo poco á poco sobre nuestras cabezas y la naturaleza parecía más tranquila, más perfumada, más inmóvil por así decirlo. De pronto cayó una gota de agua y sonó en el toldo y otra se aplastó deshaciéndose sobre los menudos guijarros del sendero y, casi enseguida, un chaparrón de gruesas gotas que lo refrescó todo y, adquiriendo violencia por momentos. Ranas y ruiseñores se callaron lo mismo que si estuviesen de acuerdo y no se oyó más que el zumbido del agua, por más que quedase como ahogado bajo el ruido de la borrasca y, sin embargo, se le percibía en el aire. Había

además no sé que pájaro, oculto á la cuenta bajo un dosel de ramas secas, que no lejos de la terraza lanzaba al aire sus trinos con un ritmo siempre igual, basado en dos notas nada más. Sergio se puso en pie como si tuviese intención de marcharse.

—¿A dónde vas?—le pregunté deteniéndole.
—¡Se está tan bien aquí!

—Es preciso que las mande chanclos y paraguas.

—No creo que sea necesario porque ese chaparrón pasará en seguida.

Se puso de acuerdo conmigo y nos quedamos juntos al lado de la balaustrada del balcón y apoyé la mano sobre el antepecho húmedo y escurridizo y asomé la cabeza y una lluvia fresca é intermitente me remojó el cabello y el cuello. La nube, que era más luminosa ya y cada vez más clara, se deshizo en agua sobre nuestras cabezas y al ruido regular de la lluvia sucedió muy pronto el de las gotas que iban disminuyendo y que caían del cielo ó el aire hacía desprender de las hojas.

De nuevo las ranas empezaron su monótona canturía; de nuevo los ruiseñores sacudieron sus alitas y empezaron á cambiar sus trinos desde detrás de las húmedas matas y tan pronto á un lado como á otro, y todo se presentó sereno á nuestros ojos.

—¡Qué bien se vive así!—exclamó Sergio inclinándose sobre la balaustrada y pasando la mano por mis húmedos cabellos. Aquella caricia tan sencilla me causó el efecto de un reproche y tuve deseos de llorar.—¿Qué más necesita un hombre?—siguió diciendo.—Estoy tan contento en este instante que no me falta nada y soy completamente dichoso.

«No me hablabas así cuando el hacerlo habría constituido una dicha para mí, pensé, y por muy grande que fuese la tuya, decías entonces que me querías más y más aún. Y ahora estás tranquilo y contento cuando mi alma está llena de un arrepentimiento que hasta cierto punto, no se puede contar y de lágrimas que no se desahogaron!...»

—Para mí también la vida es buena,—con-

testé; pero estoy triste precisamente porque la vida es tan buena para mí. Me siento tan desalentada, tan desesperanzada como si me faltase algo y, no obstante, ¡se está aquí tan bien y hay tal tranquilidad! ¿Será, pues, posible que á tí no te suceda el que se mezcle alguna pena á los goces que la naturaleza te concedió como si, por ejemplo, echases de menos algo del pasado?

Separó la mano que apoyaba en mi cabeza y durante un momento quedóse silencioso.

—Sí, antes me sucedió también á mí eso mismo,—dijo como recopilando sus recuerdos.

—Sí, yo también pasé noches enteras alimentando deseos y esperanzas ¡y qué hermosas noches fueron aquellas! Pero entonces lo tenía todo por delante y hoy lo tengo todo á mi espalda. Al presente estoy satisfecho con lo que hay y esta es, en mi concepto, la perfección,—dijo á manera de conclusión y con una seguridad y una firmeza tales que, por muy doloroso que fuese para mí comprendí que era la verdad.

—De manera que no deseas nada,—observé.

—Nada que sea imposible,—me replicó adivinando mi pensamiento.—Y tú fíjate en la manera como te mojaste la cabeza,—añadió acariciándome como á una niña y pasándome otra vez la mano por el pelo,—y se conoce que tienes celos de la hojarasca y de la hierba que la lluvia mojó. Querías ser hierba, hojas y lluvia; pero no aspiro á tanto sino que gozo sencillamente viendo todo lo que es bueno, joven, dichoso...

—¿Y no echas de menos nada del pasado? —seguí preguntándole al mismo tiempo que sentía que, por momentos, era más grande el peso que me oprimía el corazón.

Se quedó pensativo un momento y de nuevo guardó silencio. Comprendí que deseaba responderme con entera franqueza.

—No,—me respondió lacónicamente.

—Esto no es verdad. No es cierto,—exclamé encarándome con él y fijando mis miradas en sus ojos.—¿No echas de menos el pasado?

—¡Nol—repitió una vez más.—Lo bendigo, pero no lo echo de menos.

—¿Y no desearías volver á él?

Se volvió poniéndose á mirar al jardín.

—Tengo tan pocos deseos de volver á él como de pedir que me pongan alas. Eso no puede ser.

—¿Y no querías reconstituir ese pasado? ¿No me echas nada en cara? ¿No tienes tú nada que reprocharte?

—Jamás y esto es lo mejor que puede suceder.

—¡Oyeme!—dije cogiéndole la mano para obligarle á que se volviese hacia mí.—¡Oyeme! ¿Por qué no me has dicho nunca lo que deseabas de mí con objeto de que hubiese podido llevar la vida tal cual la deseabas? ¿A qué concederme una libertad de la que no supe hacer buen uso? ¿Por qué dejaste de enseñarme? Si lo hubieses querido, si me hubieses dirigido, nada, absolutamente nada habría sucedido,—añadí con una voz que cada

vez era más enérgica y que expresaba un frío reproche y despecho, pero no el amor de otros tiempos.

—¿Y qué es lo que no habría sucedido?—
dijome con sorpresa y volviéndose hacia mí.
—No ha sucedido nada, sino que todo está bien, muy bien,—dijo á manera de conclusión y sonriendo.

«¿Sería posible que no me comprendiese ó lo que era peor aún que no quisiese comprenderme? pensé, y algunas lágrimas se escaparon de mis ojos.

—Y no habría sucedido que, no siendo culpable, me ví castigada con tu indiferencia y hasta con tu desprecio,—exclamé de pronto.
—Y lo que no habría sucedido fuera al verme, sin ninguna culpa por mi parte, verme privada de pronto por tí de todo aquello que me era más querido.

—¿Qué es lo que estás diciendo, amiga mía?
—exclamó como si no comprendiera lo que le decía.

—Permíteme que concluya. Me privaste de

tu amor, de tu confianza y hasta de tu estimación, y esto porque me figuré que habías dejado de amarme después de lo ocurrido. Es preciso que ahora te diga de una vez todo lo que me tortura,—repliqué interrumpiéndole aún.—¿Era yo culpable de que no conocía la vida y de que tú permitieses que me fuera enterando sola de toda ella? ¿Y soy yo culpable al presente, que al cabo concluí por comprenderlo todo sin ajena ayuda y saber lo que se necesita en esta vida, al presente que pronto hará un año que lucho por volver á tu lado, de que tú no cesas de rechazarme haciendo como que no comprendes lo que deseo? ¿Y si las cosas se arreglan de tal manera que no haya que reprocharte nada y yo siga siendo culpable y desgraciada? ¡Sí, tú quisieras arrojarme otra vez á esa vida que haría mi desgracia y la tuya!

—¿Y en qué te fundas para decir que yo hago eso?—preguntó con una sorpresa y un terror que no tenían nada de fingidos.

—¿No me decías, ayer sin ir más lejos, y me

lo estás repitiendo continuamente, que no me hallo á gusto aquí y que era necesario que marchásemos á pasar el invierno en San Petersburgo, población á la que ahora execro? En vez de alentarme,—seguí diciendo,—evitaste toda franqueza conmigo, toda palabra sincera ó dulce. Y en seguida, el día en que caiga, me reprocharás por esa caída y la condenarás alegremente.

—Detente, detente,—me dijo con acento tan frío como severo,—no está bien lo que dices. Lo más que demuestra es que estás prevenida en contra mía, que no me...

—¡Que no te amo!—exclamé.—¡Dilo! ¡Dilo! y un torrente de lágrimas se escapó de mis ojos, y sentándome en el banco me cubrí la cara con el pañuelo.

«He ahí como me comprende», pensé, procurando contener los sollozos que me oprimían la garganta. «Esto es hecho, no queda nada de nuestro antiguo amor; me lo dice una voz en mi corazón.» No se acercó á mi ni me consoló,

habiéndole lastimado lo que le dijera. Su voz era tranquila y seca.

—No sé qué es lo que tienes que reprocharme,—empezó á decir, como no sea que no te amo más que antes.

—¡Cómo antes me amaste!—murmuré sin separar el pañuelo de la cara y humedeciéndolo con amargas lágrimas.

—Y en eso todos somos culpables: el tiempo, nosotros mismos, todos por igual. A cada época corresponde una fase distinta del amor,—dijo, y se calló.—¿Y quieres que te diga la verdad ya que me exiges que te sea franco? Del mismo modo que en aquel año en que te conocí pasé noches sin sueño pensando en tí y reconstituí mi propio amor que iba creciendo en mi corazón. Así que precisamente lo mismo en San Petersburgo que en el extranjero pasé unas noches horribles procurando quebrantar, aniquilar aquel amor que me atormentaba de una manera indecible. No supe quebrantarlo, pero al menos rompí lo que en

él me torturó, y á pesar de todo seguí amándote, sólo que con otro amor distinto.

—¡Y llamas á eso amor, cuando solo fué un suplicio!—repliqué.—¿Por qué me permitiste que frecuentase la sociedad, si esto te parecía tan pernicioso que por ello dejaste de amarme?

—Es que no es la sociedad la culpable, amiga mía.

—¿Y por qué no hiciste uso de tu poder? ¿Por qué no me ataste y no me mataste? Eso quizás habría sido mucho mejor para mí hoy, pues no habría perdido todo aquello que constituye mi dicha y sufrido una vergüenza menos.

Y otra vez empecé á sollozar cubriéndome el rostro, y en el mismo momento llegaron Macha y Sonia alegres y mojadas, riendo y chillando alegremente. Al entrar en la terraza y ver que nosotros estábamos allí, se callaron marchándose en seguida. Durante largo rato estuvimos sin decirnos una palabra, y cuando nos quedamos solos lloré con toda mi

alma y me quedé como más aliviada. Le miré y le ví que estaba sentado, teniendo apoyada la cabeza en la mano, como si al parecer quisiese decirme alguna cosa para responder á mi mirada, pero se limitó á suspirar volviendo á su primera postura. Me acerqué á él y le hice separar la mano con que se cubría el rostro, y entonces su mirada meditabunda se fijó en mí.

—Sí,—dijo como respondiendo á su pensamiento,—para nosotros, y especialmente para vosotras las mujeres, es de todo punto necesario haber acercado á los labios la copa de las frivolidades de la vida antes de probar lo que esta misma es. Sin esto no se cree jamás en la ajena experiencia. En aquella época no habías adelantado gran cosa en el estudio de la ciencia de las seductoras y graciosas frivolidades. Te dejé, pues, que te enterases de ella, pues no tenía el derecho de prohibírtelo, por lo mismo que para mí hacía mucho tiempo que esa hora había pasado.

—¿Por qué me dejaste vivir en el seno de

esas frivolidades si era verdad que me amabas?

—Porque te habrías negado á ello, ó mejor dicho, no habrías querido creerme. Era necesario que te convencieras por tí misma, y así lo has hecho.

—Razonas mucho, y esta es señal de que tu cariño no es muy grande,—observé.

Nos quedamos ambos muy silenciosos.

—Es muy duro lo que acabas de decirme, pero es, sin embargo, la verdad,—me dijo poniéndose de pronto en pie y empezando á pasearse por la terraza;—sí, esa es la verdad. He sido, sí, culpable,—añadió parándose delante de mí:—ó bien no debí permitirme amarte, ó al menos haberte amado más sencillamente.

—Olvidémoslo todo, Sergio,—dije tímidamente.

—No, es que lo pasado no vuelve jamás. No se vuelve nunca atrás,—y su voz se quebrantó al decir esto.

—Todo volvió,—le dije á mi vez apoyando

una mano en su hombro, y cogiéndomela la estrechó entre las suyas.

—No, no he dicho la verdad cuando pretendí que no echaba de menos lo pasado; sí, echo de menos ese amor de antaño, y lloro ese amor que ahora ya no puede subsistir. ¿Quién es el culpable? No lo sé. El amor puede existir aún, pero ya no es el mismo: su sitio está aquí en el corazón, pero hállase ya dolorido; no tiene ni fuerza ni sabor; el recuerdo y el agradecimiento no se desvanecieron, pero...

—No hables de esa manera,—le dije interrumpiéndole.—¿Será posible que sea lo que dices?—le pregunté mirándole cara á cara. Su mirada era serena, tranquila, y al cruzarse con la mía perdió su profunda expresión. En el mismo momento en que le hablaba comprendí que lo que deseaba y el objeto de mi pregunta no eran irrealizables. Sonreíase con una sonrisa tranquila, con la de un anciano, me pareció.

—¡Qué joven eres aún y qué viejo soy yo!

—exclamó.—Y ya no hay en mí aquello que tú parece que quieres buscar. ¿A qué hacerse ilusiones?—añadió sin dejar de sonreirse.

Estaba á su lado y callada y me figuraba que mi alma iba poco á poco recobrando su tranquilidad.

—No intentemos repetir la vida pasada,—siguióme diciendo,—ni queramos engañarnos el uno al otro mintiendo, que algo es, si Dios lo permite, no tener ni inquietud ni turbación. Hemos hallado lo que necesitamos y bastante parte obtuvimos en la dicha. Ahora lo que nos conviene es abrir el camino y ahí tenemos á quien...—dijo señalándome á la nodriza que llevando á Vassia en sus brazos se había acercado á nosotros quedándose junto á la puerta de la terraza.—Eso es lo que debemos hacer, querida mía,—añadió inclinándose y besándome la cabeza. Y no fué un amante el que me besó, sino un antiguo amigo.

Desde el fondo del jardín continuaba elevándose siempre más potente y penetrante la frescura de la noche; los sonidos lejanos se es-

parcían con más solemnidad por el aire y les sucedía una profunda tranquilidad y en el cielo iban en aumento por momentos las estrellas que centelleaban como otros tantos diamantes. Miré á Sergio, y de pronto experimenté en el fondo de mi alma como un alivio inmenso, algo semejante á lo que me habría pasado si me extirparan un nervio moral desarreglado y que me hacía sufrir. Así comprendí claramente y con calma que el sentimiento que me había dominado durante esa fase de mi existencia, había desaparecido para siempre lo mismo que la fase que lo representaba, y que retornar á todo ello no sólo era imposible, sino que además me fuera penoso y hasta odioso. Con lo sucedido había bastante. ¿Había sido tan bueno aquel tiempo pasado que me parecía encerrar tales alegrías? ¡Había tenido una duración tan larga, tan larga!

—Creo que es hora de que tomemos el té,—me dijo con mucha dulzura, y juntos nos fuimos al salón.

En la puerta volví á encontrar á Macha

acompañada de la nodriza. Tomé al niño en mis brazos, tapele los piececillos y le estreché contra mi corazón, y rozando apenas su carita con mis labios le besé. Medio dormido como estaba movió los bracitos, extendiendo los dedos regordetillos y abriendo los ojos adormilados lo mismo que cuando se busca ó se quiere recordar alguna cosa. De pronto su mirada se fijó en mí brillando en ella un destello de inteligencia, y sus labios gruesos y rojos se entreabrieron con una sonrisa. «¡Eres mío!» pensé con una especie de tensión deliciosa que circulaba por todos mis miembros, y le volví á estrechar sobre mi pecho con alguna dificultad para no hacerle daño. Empecé luego á besar sus piececillos fríos, su pecho y su cabeza, en la que se veían algunos pelitos. Sergio se acercó á mí y tapó rápidamente la cabecita del niño, y descubriéndola luego, exclamó:

—¡Ivan Sergueitch!—y le tocó en la barbilla.

A mi vez tapé á Ivan Sergueitch, porque na-

die, excepción hecha de mí, debía contemplarle durante mucho rato. Miré á mi marido y ví que sus miradas reían al fijarse en mí, y desde hacía mucho tiempo, desde una época lejana, era la primera vez que experimenté una gran alegría y un sentimiento muy agradable contemplándole.

Fué en ese día cuando concluyó la novela con mi marido, y el antiguo cariño se quedó al lado de aquellos recuerdos queridos que no podían volver y el sentimiento de un nuevo cariño al padre de mis hijos, y á éstos, inauguró el principio de otra existencia dichosa sobremanera y cuya felicidad no se agotó aún á la hora presente, y me convencí hace mucho tiempo de que la realidad de la dicha está en el hogar y en los puros goces de la familia.

FIN

54954

PO
.S
M3